Joan Perucho

LAS HISTORIAS NATURALES

Entre la novela histórica (con las guerras carlistas de fondo), y la novela fantástica, *Las historias naturales* debe su importancia en la historia de la literatura sobre todo a su innegable calidad. El hilo argumental se centra en la figura de Antonio de Montpalau, una apasionado de la ciencia que se enfrenta a un extraño y arduo reto: clasificar un ave en apariencia mamífera, la avutarda géminis. Eso pondrá en suspenso sus firmes convicciones, que acabarán por zozobrar cuando entre en contacto con un vampiro. La recreación de las guerras carlistas y el descubrimiento del amor actuarán como líneas argumentales paralelas de las aventuras de Montpalau, quien tendrá que recurrir a los métodos folklóricos y tradicionales para poner en jaque al vampiro.

Joan Perucho

Las historias naturales

ePub r1.0

Titivillus 16.02.16

Título original: *Les històries naturals*

Joan Perucho, 1960

Traducción: José Corredor Matheos

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

Al contemplar este fenómeno, yo confieso que no me tengo en menos que el más pintado, pero juro a tal que antes de travarla con tal ente, haría bien mis mementos.

Apologia de los Palos,

de BARTOLOMÉ JOSÉ GALLARDO

Pero ahora, con la declaración de la mayoría de nuestra excelsa Reina Doña Isabel II, empieza una nueva era que entrega todo lo pasado al dominio de la Historia.

Memorias Documentadas,

del Teniente General

DON MANUEL LLAUDER,
marqués del Valle de Ribas

Je rencontrai un jour, dit M. Decremps, dans un café de Londres, un bas Breton, nommé Kuffel, que j'avois connu autrefois au collège. Après les premiers compliments d'usage, je lui demandai à quoi il s'amusait dans ce pays-là; il me répondit qu'il passait presque tout son temps à l'académie. Je vous félicite de très grand coeur, lui dis-je alors, je voudrois bien avoir le même bonheur que vous.

Encyclopédie Méthodique

PRIMERA PARTE

I

El naturalista

El sol, a través de la vidriera, tomaba unos tonos dorados, azules, amarillos o rojos, según la pequeña forma geométrica que lo filtraba; y caía, en diagonal, a la gran sala, para reflejarse en el ojo de la monstruosa «scolopendra martirialis». Fuera, las finas columnas de la galería ascendían erectas, un tanto torturadas por el yeso de las guirnaldas, y servían de marco al jardín botánico, en donde cada planta y arbusto tenía un breve rótulo, escrupulosamente caligrafiado. A veces, cuando corría un poco de viento fresco, se percibía un rumor vegetal, insinuante y dulce, mezclado con un ruido de cartulinas que se restregaban las unas con las otras; entonces, de manera inesperada, el autómata, impelido por algún resorte que se disparaba, intentaba tocar la guitarra y movía los labios silenciosamente, sin ningún éxito. Lo habían arrinconado en la galería, hacía ya algún tiempo, cuando disminuyó la gran pasión por la mecánica recreativa, y fue sustituido por la nueva máquina de estampación de indianas.

El ojo colgaba casi fuera de su órbita. El iris brillaba con una cierta fosforescencia en la media penumbra, pero cada día, a la misma hora, cuando la luz venía a tocarlo, se ponía duro y preciso, y toda la masa de cristal adquiría una significación maligna y obsesiva. Podían verse reflejadas las sedas de las tapicerías que recubrían las paredes de damasco dorado, con pequeñas manchas de humedad algo florecidas por los años, y la alfombra de Bangkok, regalo del archiduque de Austria, cuando éste escapó de Barcelona poco tiempo antes de la gran

catástrofe. Más allá, el ojo se esforzaba por seguir el graciosísimo vuelo detenido del «áurea picuda», tan coquetamente adornada de bellos colores, o ponderaba el pelaje apelillado del «simius saltarinus», comprado a Jefuda, el judío, por Jaime Salvador, el gran botánico que comenzaba a burlar astutamente, por amor a la ciencia, los preceptos del Santo Oficio. El ojo recogía en particular la imagen del «otorrinus fantásticus», animalito muy feroz, que disparaba, a regular distancia, unas pequeñas pero mortíferas púas, como saetas envenenadas. Provenía de Asia. Mucho más allá del ojo y fuera de su alcance, estaban las vitrinas llamadas «macabras», con restos humanos reducidísimos: cabezas, orejas, labios extrañamente disociados de la estructura del rostro, vagos recuerdos de protuberancias fálicas, todo con una repulsiva cualidad de organismo viviente. Provenía de las selvas americanas. El ojo, sin embargo, exasperaba su violencia ante las fláccidas «tænia intestinalis», que, sumergidas en un líquido amarillento e indefinible, dentro de botes de cristal, se movían con pausa y cadencia a la más pequeña trepidación. En noches de luna llena, una sombra se recortaba contra los cristales de la galería, y, sin explicación satisfactoria, penetraba en la amplia estancia del museo y se dirigía hacia las formas viscerales…

Del techo colgaba, sin peso casi, ligera y delicada, una gran lámpara de Venecia, llena de reflejos; y podían verse en las paredes cuadros de ignorados artistas que representaban a Linneo, Arnaldo de Vilanova; el maestro Jaime Salvador, de joven; el caballero de Lammark-Boucher y de la Truanderie, así como el de su primo Antonio de Montpalau, noble barcelonés, propietario de excelentes colecciones de historia natural y del palacio en donde éstas se albergaban, y el cual, por su arrogancia, su posición y su dulce habla, desasosegaba los sueños matrimoniales de las doncellas aristocráticas de la ciudad. En un ángulo de la sala, precisamente encima de una librería pequeña, colmada de infolios y manuscritos, un diploma de la Junta de Comercio nombraba con todos los

honores a Antonio de Montpalau y de la Truanderie miembro selecto de la benemérita y doctísima corporación.

Tosió discretamente, como excusándose. Después, con natural elegancia, rondó entre los cadáveres, observando algún que otro detalle. Se dirigió a la puerta y salió al vestíbulo. Una vez en la escalinata dio una ojeada al *Courrier des Sciences*, y desde allí, también por una ventana del patio, a un fragmento de la graciosa «áurea picuda». Los palafreneros, después de hacer dar la vuelta al carruaje habían enganchado los caballos, y el cochero, con la portezuela abierta, aguardaba respetuosamente. Había sido una gran idea, sin duda, y muy de acuerdo con su sentido del progreso, instalar la plataforma giratoria, para que el coche, una vez libre de los caballos, pudiese, en el reducido vestíbulo, dar la vuelta y quedar listo para la partida.

Dio las gracias a Amadeo, y dijo:

—No, quiero estirar un poco las piernas.

Ahora, el problema era, exactamente, si la «avutarda géminis» debía ser clasificada entre los mamíferos o no. Jaime Salvador, con toda su sabiduría, no se había manifestado, y en la reunión del último miércoles, en la Junta, se había podido apreciar que el parecer de los ilustres colegas era absolutamente discordante. Se necesitaría, acaso, consultar a Madoz y Fontaneda, quien, desde Sevilla, mantenía contactos con naturalistas de las Américas. ¡Quién sabe! Todo era cuestión de experimentación. Sin un ejemplar auténtico de la «avutarda géminis» era verdaderamente imposible pronunciarse. Aparte esto, no cabía más que la hipótesis; o, como decían los colegas de edad provecta, fantasías. Es preciso partir de los datos de la razón y de la observación científica. Sí, aquella noche escribiría a Madoz y Fontaneda, conocido por «el Divino».

Atravesó la calle de Lledó y la placita de San Justo, y se internó en un laberinto de calles tortuosas, de caprichoso trazado. De vez en cuando debía arrimarse a un muro, para

dejar paso a un carruaje o para esquivar los cestos chorreantes de los pescaderos, que, descalzos y haciendo equilibrios entre la gente, pasaban con la mercadería sobre sus cabezas.

Prosiguió su camino hasta llegar a las obras de apertura de la nueva calle que el conde de España, unos años antes, había dedicado a la nefasta memoria de Fernando VII. Allí estuvo un rato, contemplando las casas que estaban siendo derruidas y las que, simultáneamente, se edificaban. Pensó que, en el futuro, había de meditar sobre los posibles avances de la construcción, ya que era evidente que los maestros de obras trabajaban con una rutina y, sobre todo, con unos métodos de los tiempos de Mari Castaña.

Fue a parar al Llano de las Comedias, donde grupos de menestrales y de payeses comentaban los acontecimientos de la guerra carlista. Había ciegos que vendían romances, y unas mujeres despechugadas ofrecían por dos ochavos el retrato del general Mina y la litografía iluminada de su estómago devorado por un cáncer.

Faltaba poco para mediodía. El sol acariciaba las fachadas de las casas y el empedrado de la Rambla de Santa Mónica. El cielo era límpido y de un azul transparente. En un esfuerzo titánico, el «áurea picuda», en su rigidez, intentaba entonar su canto irresistible, en homenaje al caballero de Montpalau; pero la acústica no era favorable, y la gente, aparte de las canciones de moda de significación política, sólo se complacía en escuchar los aires de la *Fattucchiera*, de Vicente Cuyás, joven de veintiún años, que moría tristemente, el mismo día y a la misma hora en que su ópera era aplaudida con delirio en El Principal.

Permaneció un momento triste y pensativo. Recordaba haber leído, no sabía dónde, que los elegidos de los dioses mueren jóvenes. Pero el espectáculo, aunque fuese *in mente*, de la juventud sacrificada le deprimía. Procuró desviar sus pensamientos hacia el campo preferido, y consideró cuan largo y dificultoso era aún el camino para conseguir la completa

clasificación de las especies animales. Si, al menos, el régimen del país fuese estable y las gentes serviles no se pusieran de acuerdo para hacer triunfar la reacción y la intolerancia. Se sintió, súbitamente, inflamado por sus convicciones liberales.

Había llegado al Baluarte de las Pulgas. Más allá del cuartel de las Atarazanas, la tropa maniobraba, y por su aspecto y por las precauciones que tomaba la guardia se apreciaba que algo no marchaba en la ciudad. Los soldados vestían uniformes de color azul y colorado, con cartucheras de cuero pintado de blanco y gorros altísimos. Cada dos por tres había revueltas y alborotos, ejecuciones o asesinatos. El país estaba en plena efervescencia. Todavía podían verse ruinas y edificios ennegrecidos por el fuego. El pueblo llano cantaba:

Salieron seis toros.

Todos fueron malos.

Por este motivo

conventos quemaron.

Se apoyó en la balaustrada y contempló la mar en calma. Se divisaban seis navíos, uno de los cuales enarbolaba pabellón británico. Pasó una «gavinis comunis», chillando, en vuelo rasante. Se hizo un silencio perfecto. Allá arriba, en Montjuich, tremolaba la bandera. Surgieron unos acordes arrebatadores, pero inaudibles, absolutamente inexistentes. Aparecía la imagen de Riego, y el himno, y la Constitución de 1812. Podía verse a los carlistas y la ciudadela y al general O'Donnell desplomándose, con la sangre que fluía, lenta y absurda. Fluía, vertiéndose sobre los adoquines. Pasaban los milicianos y las canciones patrióticas, y se gritaban vivas a la reina. Volaban «gavinis comunis» y «avutarda géminis», la especie indeterminada, chillando, moviendo las alas sobre los pórticos de la casa de Xifré, recién estrenados. Se saboreaba el gusto salobre del mar, y un optimismo delirante alternaba con un fúnebre pesimismo. Todo el mundo movía las alas y gritaba. Sólo la ciencia permanecía impasible, más allá del

bien y del mal. Sólo la ciencia. Conjuraba las sombras y la ignorancia, y las reducía a luz y a progreso. Había, sin embargo, sombras que parecían irreductibles; sombras que provenían de parajes montañosos, informuladas todavía, pero que esperaban el momento propicio para concretarse, y que algunas veces se habían insinuado, lívidas y espectrales, detrás de los cristales o en forma de murciélago.

Dio media vuelta y se sacudió los codos de la levita. Caminó baluarte allá, hacia el Llano de Palacio. Se oyeron unos disparos lejanos, aislados. Del lado de Gracia subía una humareda, negra y espesa, preludio de la libertad o del oprobio. Un instante después sonó una descarga.

Un pinzón vino volando y se detuvo en un abrevadero. Bebía ávidamente y con movimientos graciosos. Después dio dos o tres saltitos y se limpió las plumas con el pico. Se dio cuenta de que le contemplaba de hito en hito.

Entonces fue cuando percibió el canto del «áurea picuda». Era algo armonioso e inefable, algo como el amor y la fraternidad humana o como el amor a la ciencia, y venía del cielo o de las Islas Encantadas.

Cuando abrió los ojos, el pinzón había desaparecido.

II

La planta carnívora

El antifaz puede ser negro o rojo. Las cinturas se oprimen bajo la violencia del corsé, aunque éste no sea indispensable. Una sonrisa aparece detrás del ópalo de una copa. Hay grandes espejos en los muros; espejos que dejan entrever, durante un instante, la gracia matinal de una nuca horripilada o la cabeza inclinada sobre el *billet d'amour*, o el bigote engomado. Precisamente ahora comienza el gran *duetto*, la grande, la emocionada escena del amor; imposible, con ruinas italianas como telón de fondo, y con besos furtivos, miradas lánguidas, guantes olvidados en los palcos proscenios. Al final es posible que prospere el alboroto del pistoletazo con rojas rosas vivas sobre el almidonado de la pechera. No suele ser frecuente, sin embargo. La sociedad, aunque se trate del estamento noble, es provinciana. Vale más pensar en navíos, en los *schipchandlers* del barrio de Rivera, en el oro que viene de las Antillas y en las primeras fábricas de vapor. Existe una gran tradición de capitanes y de pilotos. Son cuatrocientas singladuras: ni una más ni una menos. En las fachadas pueden verse las banderas multicolores del código de señales: nube rosada que envuelve la brújula, la goleta, el cordaje, el pejepalo, nombres de bajeles como *La Estrella Polar*, diarios de navegación sin estrenar y las cartas a la familia. Los obreros entran en las fábricas a las cinco de la mañana, y se llevan la comida, y hacen el recorrido a pie por calles solitarias. Los aprendices de comercio se amodorran sobre los mostradores, y se afanan con la media cana y a encomiar el género. Salen solamente los domingos, con un real en el bolsillo, y han de regresar antes de la cena, a

la hora del rosario. Se cuenta también, naturalmente, con el estamento militar y los hombres de ciencia y el clero. Suenan, majestuosos, los órganos de la Seo, y se organiza una lenta procesión, con cirios encendidos, charanga y las corporaciones, entre ellas la Real Academia de Ciencias y la Universidad, trasladada recientemente desde Cervera.

El aire se estremeció. Una gran risotada del diablo, con exhalaciones de azufre, hizo trizas, por percursión, el calidoscopio traído expresamente de Palermo, tierra de ópticos. Diminutas figuras fantasmales corrían entre los fragmentos de cristal, saltaban los obstáculos, para desaparecer finalmente. Apareció la señal del Alfa y la Omega.

Entonces, Antonio de Montpalau se abrochó un botón del chaleco de seda lionesa, obsequio de su prima materna la baronesa de Néziers. Después, tomando con dos dedos un cristal de roca y observándolo a contraluz, dijo a Novau:

—Realmente, el problema de si la «avutarda géminis» es mamífero tiene un interés excepcional para mí. Es un animal misterioso. Existe un precedente, claro está, en el «vampiris diminutus», dicho de otro modo y vulgarmente «murciélago». Corren muchas leyendas sobre este animalito, verdaderamente curiosas y notables, sobre todo en los Balcanes, que hacen referencia a la imaginada y no comprobada capacidad succionadora que este mamífero tiene para la sangre humana.

Novau, capitán de marina mercante muy experimentado, estaba un poco nervioso. Conservaba todavía el recuerdo de la desagradable inmovilidad, un tanto impertinente y angustiosa, del ojo de la «scolopendra martirialis». Era como si en el interior de la retina apareciese una terrorífica escena de la selva misteriosa. Escupió por un colmillo.

Estaban sentados en el Jardín Botánico. El aire era fresco y perfumado; y la luz, de un color verde suavísimo. Desde aquel rincón podían distinguir perfectamente al autómata, detenido en una inexplicable gesticulación, así como el artefacto textil, algo oxidado por las lluvias.

—La «avutarda géminis» proviene de las Américas —prosiguió Antonio de Montpalau—. Según algunas informaciones, no garantizadas del todo, posee unas excepcionales cualidades terapéuticas para el mal de piedra, la diarrea galopante y la inflamación del bazo. La segunda vértebra de la cola, comenzando a contar por la extremidad del apéndice, posee, una vez bañada en licor rebajado de mandrágora, unas virtudes de las cuales yo, personalmente sin comprobación experimental, me permito dudar. Un tío valenciano de mi amigo Arnulfo de Viladomat afirmaba, que una vez habiendo pernoctado en Pernambuco un Jueves Santo contempló, con permiso del Ordinario, la curación multitudinaria de unos negros atacados por la malaria, lo cual no sería particularmente interesante si no hubiera intervenido, a instancias del curandero oficial, la virtud curativa de la citada «avutarda géminis». Naturalmente, como comprenderás, no creo en estas historias, y me propongo, desde ahora, demostrar científicamente la falsedad de todo aquello que sea simplemente fantástico.

En este momento se percibió una extraña vibración que parecía provenir de un árbol muy próximo, de follaje esplendoroso y espesísimo. Primero, las ramas comenzaron a oscilar y fueron descendiendo a medida que la vibración se fue haciendo más fuerte, Novau tuvo un sobresalto y se levantó precipitadamente de la silla de mimbre.

—Es la hora del almuerzo —dijo nuestro caballero, perfectamente inmutable—. Se trata de una curiosa especie de arbusto carnívoro. No temas. He hecho muchos sacrificios para poder aclimatarla a nuestra tierra. Winckelmann, un naturalista alemán, de probado prestigio, me escribió, hace ya tiempo que el gabinete de Física de Su Real Majestad pagaría, en el acto, diez onzas de oro para poseer un pequeño esqueje.

Mientras pronunciaba estas palabras, Antonio de Montpalau dio unas palmadas, con mucha pulcritud, y acudió Silverio, el lacayo encargado de las plantas. Traía una enorme

ratonera de alambre, con una gran multitud de ratas de alcantarilla dentro, que chillaban rabiosamente.

Silverio abrió la ratonera a poca distancia del tronco, y se apartó prudentemente. Fueron saliendo las ratas, vacilantes, aturdidas por la vibración, y seguidamente se desplomaron con rapidez las voraces ramas. No escapó ni una. Lentamente, el árbol volvió a recuperar su posición; y, una vez digeridas las ratas, se abrieron las hojas y cayeron al suelo los diminutos esqueletos color de marfil viejo.

Siguió un largo silencio. De la galería del palacio vecino de los Bonaplata llegaron unos aires de pavana, tocados delicadamente al clavicordio por Ramoncito, el heredero del linaje, que tuvo un hijo de tapadillo con Pepita la camarera, aquella que enviaron a la masía de Sarriá, precipitadamente, y murió de sobreparto.

El clima de beatitud era perfecto. La planta carnívora se dejaba acariciar dulcemente por la brisa y el atractivo melódico. Todo adquiría un cariz intemporal.

Novau hizo un esfuerzo para despabilarse y bostezó ampliamente. Isidro Novau y Campalans era, como hemos dicho, un capitán de marina mercante muy competente, pero algo silencioso. Medio pariente de los Montpalau, descendía de una ilustre estirpe que, como la de nuestro protagonista, había tomado partido, en los años de desgracia, por la causa del archiduque. Cuando era niño pasó largas temporadas con una tía abuela, en la villa de Lloret; de entonces data su obsesión marinera. Cursó los estudios de náutica en Barcelona y en Cádiz, y navegó como piloto por los mares de las Antillas. Antes de conseguir el título y el puesto de capitán sufrió tres naufragios, en los cuales estuvo a punto de despedirse, de una vez para siempre, de su querida tía abuela. Un día que navegaba hacia Malta, y estaba de guardia sobre cubierta, tuvo la oportunidad, no otorgada a todo el mundo, de ver, cara a cara, el espantable pez Nicolás, el famoso *pesce Cola* de los genoveses. A la mañana siguiente, cuando se

levantó, pudo ver, al mirarse en el espejo, que tenía, si no toda, la mitad de la cabellera blanca como la nieve, cosa que favoreció notablemente su físico. Ahora residía en Barcelona, como huésped de su pariente Antonio de Montpalau, curándose de una complicada enfermedad contraída por no probar, durante mucho tiempo, vianda fresca.

—Mañana, querido primo —dijo Antonio de Montpalau —, iremos a la finca de Gracia. De paso pulsaremos las opiniones liberales, y veremos cómo están las cosas en esa afamada villa.

—Como quieras —respondió Novau—. Creo que el viaje me probará.

Pareció como si quisiera añadir algo, pero no dijo nada. Al otro lado de la planta carnívora, bajo las arcadas de la galería, una sombra se movía lentamente. Creyó que se trataba de un defecto óptico. Pero ya había desaparecido.

Los dos caballeros se pasearon entre las fanerógamas. De tanto en tanto, cogían un guisante de olor y aspiraban su fragancia. Se acercaba la hora de ir a almorzar.

Cuando abandonaron el Jardín Botánico para entrar en el comedor les sorprendió un intenso olor a azufre. Sobre la alfombra, Antonio de Montpalau vio los fragmentos del calidoscopio. Quedó un buen rato meditabundo.

Detrás del antifaz, negro o rojo, la sombra emitía una risa macabra. Se iba deshaciendo en el aire, misteriosamente.

III

El café de «La Libertad»

Gracia es una villa de gran tradición liberal, la cual, años más tarde, se concentraría y personalizaría, simbólicamente, en su famosa campana y en el popular semanario evocador de la gloriosa torre del reloj. El marqués de Sallent, en sus memorias, nos describe la villa, menestral y progresista, como un baluarte inexpugnable de la libertad. «Basta —dice— un graciense, inflamado por sus convicciones, con un arma al brazo y una pared a su espalda, para poner en fuga a los odiosos pelotones de las fuerzas ocultas de la reacción.» El marqués de Sallent murió en una emboscada carlista, peleando como un león, en las cercanías de Campdevánol. El periódico *El Joven Observador*, que publicaba la Junta de Berga, comentó que, con su muerte, la Revolución había perdido a uno de sus capitostes más abominables y feroces, y se congratulaba —por ella misma, como por su paternal Majestad — de tan señalada victoria.

Hacía un día espléndido. El caballero de Montpalau y su primo salieron por la mañana de Barcelona hacia Gracia. La atmósfera era milagrosa, tersa como la seda, y los contornos de las cosas se recortaban con una precisión extraordinaria.

Estaban ya acomodados en el carruaje. Novau portaba bajo el brazo un estuche de caoba barnizada, con unas iniciales de oro artísticamente incrustadas. Lo depositó, con gran cuidado, en el portaequipajes.

—Son las pistolas —dijo. El caballero de Montpalau no contestó de manera explícita y se limitó a afirmar con la cabeza. No obstante, le pareció que su primo se excedía.

Salieron por la Puerta Nueva, camino de las huertas. Los caballos comenzaron un trote ligero, retozonamente, y Amadeo, de cochero, se sentía tan feliz que no pudo evitar el canturrear melódicamente por lo bajo.

Los huertos se extendían a un lado y a otro de la carretera, y de vez en cuando aparecía una dorada masía de piedra, amplia y majestuosa, con geranios en las ventanas. Se respiraba una paz campestre y todo el mundo se sentía muy alegre.

Cuando se aproximaban a Gracia distinguieron un grupo de milicianos que almorzaban al pie de la carretera, bajo un emparrado. Tenían un gran porrón de vino tinto sobre la mesa. Uno de ellos les hizo señal de que se detuviesen. Examinó el salvoconducto del capitán general, y los dejó pasar.

Llegaron a Gracia sin novedad. Atravesaron la población a la carrera, llenando las calles del gran alboroto que producía el carruaje, y volvieron a salir al campo de nuevo, por el lado opuesto, dirigiéndose hacia la montaña donde la familia de Montpalau poseía, desde tiempos remotísimos, la finca conocida por el nombre de su masía, Cal Perdiu. Esta finca estaba compuesta por un gran edificio, con esgrafiados en la fachada y un gran reloj de sol bajo la cámara, donde se leía la leyenda, un poco pedestre: «Vivo con el sol».

Fueron recibidos por la mujer del colono, que salió secándose las manos con el delantal y dando muestras de gran alborozo. Dos o tres perros vinieron a olisquear los pies de los caballeros, para retirarse luego, indiferentes.

Montpalau invitó a su primo a entrar en la casa. El interior estaba fresco, como recién regado, sumergido todo en una penumbra muy agradable. La mujer abrió las ventanas y corrió unas pesadas y antiguas cortinas. Aparecieron entonces

amplias estancias, salas inmensas con consolas y cómodas llenas de filigranas, sobre las cuales reposaban, dentro de grandes campanas de cristal, fantasías de flores de coral con conchas diminutas y cintas de colores desvaídos. El tiempo se depositaba lentamente, con un dulce rumor, como impalpable ceniza, sobre los muebles, sobre los retratos de los tíos y las primas, que sonreían inmóviles a través de los años, recordando cacerías y escopetazos perdidos, o miradas inquietantes y cartas amarillentas, o el nacimiento de un heredero y el fuego de las discordias civiles y aldeas agrestes. El tiempo se depositaba lentamente en capas tenuísimas, superponiéndose silenciosamente, agrisando los colores y los atardeceres de invierno. Recorría las estancias desiertas y sedimentaba la ceniza del recuerdo en cada superficie, en los mil y un pliegues de muebles y damascos.

Después de dar una vuelta por las desiertas habitaciones, Montpalau se puso a conversar con Isidro, el colono, sobre los diversos cultivos que era preciso modificar, y le dio unas instrucciones que la Junta había hecho imprimir, para difundirlas entre los payeses del Principado, sobre la conveniencia de emplear los métodos modernos, que en la agricultura se hacían tan necesarios. Discutieron largamente, uno por uno, los artículos y las observaciones que incluían las instrucciones, hasta que, por último, nuestro caballero llegó a vencer brillantemente la irracional resistencia del payés, aferrado como estaba a prácticas antiguas y antieconómicas. El opúsculo de la Junta de Comercio llevaba el siguiente titulo: *Instrucción o Memoria histórica-crítica-práctica sobre el fomento y progreso de la agricultura por medio de la fertilización de la tierra*.

Entretanto, Novau había ido practicando unos cuantos ejercicios metódico-deambulatorios por los huertos, y observaba ahora, pensativo, la gran alberca llena de ranas. Cuando le llamó su primo guardó la pipa en el bolsillo e hizo un amplio ademán con el brazo. Se sentía inexplicablemente contento y libre.

Seguidamente, los dos caballeros, en mangas de camisa, y ayudados por Isidro y seis mozos, se pusieron a cortar con coraje, hasta reunir como cosa de medio tonel de hierbas medicinales, especialmente cultivadas en la finca, tales como cidra, acedera, cardamomo, clavo y mechoacán. El caballero de Montpalau deseaba enviarlo, como presente, a su amigo el doctor en medicina Sansón Corbella, con la esperanza de serle útil en sus experimentaciones encaminadas a obtener un remedio para el mal de Pott.

Almorzaron en el amplio comedor, donde les fueron servidos unos platos excelentes: sopa de albondiguillas, una bandeja de tordos con olivas, una liebre *aux fines herbes* y unos pies de cerdo con nabos tiernos. Para postres, apenas pudieron probar una cesta de ciruelas claudias; después encendieron unos cigarrillos antillanos, de aroma profundo y aterciopelado, y se pusieron a contemplar Barcelona, allá al fondo junto al mar.

Se despidieron de Isidro y de su mujer. Antonio de Montpalau ordenó a Amadeo que les condujese, de nuevo, a Gracia: al café de La Libertad. Irrumpieron una vez más en la villa, con gran estrépito, y se detuvieron delante del número cuatro de la calle de la Virtud.

El café de La Libertad era un establecimiento un tanto siniestro. Habitualmente se reunían en él los elementos más exaltados de la población; se pronunciaban discursos políticos y se firmaba algún que otro inflamado manifiesto. Las paredes estaban pintadas de color granate oscuro; en su mismo centro, enmarcadas por una guirnalda de flores ovalada, decorada al temple, aparecían representadas escenas alegóricas de la industria, el comercio y la navegación, personificadas en damas de carnes rosadas y tiernas, púdicamente envueltas en velos ondeantes. Todas ellas rendían homenaje a otra dama, más augusta, que sonreía en el lienzo de pared opuesto a la puerta de entrada: la Libertad. Pensada, pronunciada, soñada, masticada, eructada y vivida, esta damisela transitaba, funámbula, por encima de las cabezas de los clientes. Sonreía

y saludaba. Con mano delicada escribía graciosamente su nombre de tono pomposo, singularmente heroico: la Libertad.

El establecimiento estaba lleno de bote en bote. El aire era viciado, espeso, ligeramente azulado por el humo de los cigarros que se consumían continuamente. Se devoraba y comentaba en voz alta, entre otros periódicos, *El Vapor*, *El Guarda Nacional*, *El Guirigay* y *El Constitucional*. Este último incluía en sus titulares los versos siguientes:

Soy liberal exaltado,

y sin nada que perder;

en cuanto alce la cabeza

nunca más la bajaré.

Los dos primos pidieron café. Montpalau contemplaba la sala y escuchaba las conversaciones. De vez en cuando, sin embargo se acordaba de la «avutarda géminis», y se ponía a pensar en el misterio de aquel pájaro raro y maravilloso. Hizo un esfuerzo para oír un canto inaprensible.

Entró un hombre envuelto en una larga capa negra. Permaneció cerca del mostrador bebiendo unas copas de aguardiente de Valls. Después se volvió y dio unos pasos hacia delante, en dirección a Antonio de Montpalau. Todo fue muy rápido. Súbitamente abrió la capa y disparó con una pistola. Nuestro caballero tuvo el tiempo justo de dejarse caer de lado, esquivando el tiro, en un acto reflejo.

Se produjo una confusión indescriptible. Al espanto producido por la detonación sucedió una indignación enfurecida, desbordada. Novau saltó sobre el agresor, pero éste, aprovechando el desconcierto que había provocado, escapó a través de las mesas. Cuando Novau consiguió llegar a la puerta había desaparecido.

Montpalau se incorporó pálido como un muerto. Inmediatamente, se vio rodeado por gente solícita, noblemente airada.

Una dama acudió, inmaterial y etérea. Transparente, alada, pensada, dicha, escrita y soñada, se posaba junto al agredido con voz de «avutarda géminis», con arrullo de mamífero indeterminado, rodando por el espacio, por el Universo, en estado de gracia de Libertad y de Justicia, las dos ruedas dentadas del Progreso, haciendo tambalear las sombras inconcretas, lívidas y espectrales, así como a aquellos ojos de poseso, y sobre todo aquella cicatriz en la mejilla sin afeitar y las sombras malignas, extrañamente agrestes que descendían a menudo sobre las formas viscerales.

Afortunadamente, el criminal intento había fallado. Montpalau, ayudado por su primo y por Amadeo, se trasladó al carruaje. En la calle se habían reunido grupos de curiosos que clamaban contra la reacción. Un pollero ofreció a Montpalau, con maternal insistencia, un pollito tierno del Prat, para que se hiciese con él un caldo reconfortante.

—Pobrecito —decía—. Le han helado la sangre. —Y hacía una mueca de venganza, que quería ser horrible, fulminantemente condenatoria.

Emprendieron el regreso, mustios y preocupados. Se ponía el sol, y el cielo se tornaba rojo y traslúcido, de una irrealidad aterradora. Se oía un croar lejano, detenido, como suspenso en el aire, ingrávido.

De tanto en tanto atravesaban una nube de mosquitos. Altos arbustos bordeaban el camino. Unos mulos caminaban pausadamente, haciendo sonar los cascabeles con dulzura.

Novau encendió la pipa, en silencio. Antonio de Montpalau seguía pensativo. Algún hoyo profundo hacía inclinar peligrosamente el carruaje. Se hacía el silencio.

De pronto, divisaron, en un recodo del camino, las luces de Barcelona.

IV

Teoría del dip

A la mañana siguiente, Antonio de Montpalau permaneció en cama por orden del doctor Sansón Corbella. Una medida puramente preventiva. Le recomendó reposo moral y físico durante un término de veinticuatro horas justas. Desde el lecho, incorporado sobre cojines, nuestro caballero podía contemplar cuando le apetecía el jardín botánico, puesto que la habitación, situada en el primer piso, daba al patio. El día era lluvioso y borrascoso, con ventoleras intensas e intermitentes. Los muros de la galería chorreaban agua, y el pavimento, de pequeñas baldosas rojas, parecía de charol.

El fiel Novau le hacía compañía, leyéndole, a petición suya, diversos libros. Para divertirse un poco viendo qué cara ponía, Montpalau le pidió, por favor, que leyese algún fragmento de un tratado que no fuese de náutica: por ejemplo el misterioso *Tratado de Generación*, manuscrito anónimo, medieval, que por pura casualidad había encontrado nuestro héroe en la cámara de una casa de campo. El intrépido capitán buscó el manuscrito, siguiendo las indicaciones de Montpalau, y después de quitarle el polvo con minuciosidad golpeándolo fuertemente, se puso a leer al azar: «El dip ha natura de maleficio e ha ensí muchas propias naturas e se coge e vive de la muerte. Y como él quiera entrar en algún lugar va muy suave y sigilosamente, y si ve que los sus pies hacen ruido se los quita por encantamiento. Y todavía ha otra natura que si él puede ver al hombre antes que el hombre a él incontinente el hombre pierde toda la su fuerza y va derecho a la su sangre. Y

todavía ha otra natura que él ha tan fuerte el cuello que no lo puede volver sin volver los pies. Y no vive sino por la sangre y no puede ver ajos, perejil, verdolagas ni Santas Cruces en su cuello ni ver espejos. Y todavía ha otra natura ya que puede ser hormiga, abeja, araña, gallo, lobo, asno salvaje, cigarra, can, víbora, cisne, cuervo, león, comadreja, calandria, sirena, aprismi recatures, tigre, unicornio, pantera, hiena, pavo real, golondrina, erizo, víbora, pelícano, castor, pájaro carpintero, cigüeña, halcón, buitre, águila, caballo, ballena, vulpeja y zorra, fénix, elefante, papagayo perdiz y gavilán».

Novau calló, aguardando, interrogador, el comentario de su primo. Este permanecía silencioso, con la mirada perdida, como si se esforzara en resolver algún enigma.

La lluvia había amainado. En cambio, el viento ululaba de manera siniestra en las chimeneas y alrededor de las veletas de las torres. Arrancaba las hojas de los árboles y las hacía saltar por encima de las tapias de los conventos hasta las plazas solitarias y las callecitas abandonadas, de nombres deliciosos y evocadores. Batía puertas y ventanas, con estrépito de vidrios rotos, y hacía volar los gorros de la Milicia Nacional. A veces detenía los correos y las diligencias retrasaban por mil motivos la salida, como ahora, frente a la Fonda de las Cuatro Naciones, donde monsieur Ferdinand de Lesseps esperaba impaciente el momento de emprender el viaje hacia Manresa, villa donde estaba instalado el Estado Mayor del barón de Meer. Cónsul de Francia en la ciudad, gran amigo de Antonio de Montpalau, Lesseps, comenzaba a acariciar un gran proyecto de ingeniería totalmente irrealizable y quimérico. Era aficionado a las estampas y a los viajes, y en su habitación, colgadas en las paredes, tenía seis grabados en acero, envidiados por Montpalau, que llevaban los siguientes rótulos: «Marché aux poissons à Rotterdam», «Vue du lac de Bienne», «Interieur de la cathédrale de Moscou», «Monuments égyptiens», «Vue du chemin de fer de Little Falls à Utica», «Église de Froitskoy sur le canal Fontonka à Saint Pétersbourg».

Entretanto, la sombra se había desplazado un poco hacia la derecha, en el rellano de la escalera. Impalpable e informe, se esforzaba en abrir la puerta del gabinete de Historia Natural. Se deslizaba silenciosamente, ahogando los reflejos de los espejos y de los dorados, y desapareciendo a veces. En su absoluta inmovilidad, la graciosa «áurea picuda» o el «simius saltarinus» parecían envejecidos y apolillados, camino de una definitiva decrepitud. La sombra se desplazaba, y había momentos en que a través de un reflejo ahogado, aparecía, como de una litografía fantástica, la imagen lluviosa de un castillo en ruinas, entre altas montañas y nubes amenazadoras, y un pueblecito minúsculo en el tenebroso valle, donde en prados húmedos se celebraban espeluznantes y abominables escenas. Debajo, parecía entreverse: «Vue d'une ville et d'un château-fort en ruines».

Se oyó una tos rápida y seca. Novau continuó ahora, pero en otro volumen, la ininteligible lectura:

«La presente generación del dip contada y minutada bajo el grado 42 poli según las tablas argólicas y horas estimables y por no haberse podido tener muestra alguna ha sido necesario para lo animodar, de tal modo que habiendo precedido la de las lumbreras en el grado de piscis y teniendo la mejor fortuna la exaltación pero por hallarse debajo del rayo del sol es quemada y de mí dejada aparte conformándome con la mejor fortuna que de la misma señal tenía el demonio y en la presente generación mira el dicho grado aunque el sea estable en la estación segunda y por dicho efecto valeroso punto y potente conforme doctamente escribe Crese Dosip en las revoluciones ptolomeo de ast. Iud. Planeta».

Después de esta retahíla interminable y desesperanzadoramente hermética, Novau sintió que se le encogía el corazón. Intuía, aunque oscuramente, algo nefasto y, por así decirlo, balcánico. Quería pensar en la mar, en el agua limpia de la mar, en la espuma y en la marea de la proa cuando el navío navega a toda vela. Pensaba, sobre todo, en la figura de un iceberg, en la blancura inmaculada de un iceberg,

bajo el viento gélido de Islandia. Volvió a leer: «Para discurrir algún poco sobre las direcciones conocidas y que han de recorrer brevemente dicho que en el tiempo de la infección siente lo ascendente ofendido del señalado por maléfico y sucesivamente yendo a la cuadratura de la luna le sobrevendrá mal que puede ser en el aspecto del venéreo no se librará prestamente que sucederán después algunas direcciones de mucha consideración, sólo que del año segundo irá derecho a la sangre».

Llamaron a la puerta. Entró un criado que traía, haciendo equilibrios, una gran bandeja con chocolate y sequillos. Lo depositó todo en una mesa redonda de tres patas, ricamente decorada en marquetería y con pinturas de escenas bucólicas. Antes tuvo que quitar unas grandes pilas de libros y unas balanzas de precisión, que colocó sobre una cómoda. Lo hizo todo con gran delicadeza y gesticulación enfática. Era de Lérida y se llamaba Ramón.

Los dos primos mojaron los sequillos en el chocolate mientras la tarde iba declinando. Ramón encendió unos quinqués de Sajonia y corrió unas pesadas cortinas.

Antonio de Montpalau, después de limpiarse los labios con una servilleta de hilo, dijo:

—Como puedes comprender, querido primo, todo esto son puras historias. Lo que has leído hace referencia a un ser extraño llamado dip. Pero ¿qué es un dip?, me preguntarás. ¿Quién ha visto por ventura alguna vez a un dip? Un supuesto ser que se transforma sucesivamente en araña, abejorro, buitre, caballo o elefante.

Hizo una pausa. Bebió un sorbo de agua que se sirvió de un jarro de cristal.

—No, mi querido primo. Hoy, la ciencia se esfuerza precisamente en deshacer estas leyendas, nacidas en tiempos de ignorancia y de error. La crítica científica es inexorable. Admito que hay casos hasta hoy inexplicables y que nos

esforzamos en esclarecer. Pero la ciencia, basada en la razón y en la experimentación, dirá la última palabra. Te lo aseguro.

Nuestro héroe hablaba con una manifiesta vehemencia. Novau creyó descubrir, además, una sombra de inquietud.

—Te creo —respondió—. Te creo, querido primo. A pesar de ello, no olvides que estás hablando con un hombre que, entre otras cosas, ha visto el pez Nicolás…

Nuestro joven naturalista hizo un gesto como queriendo expresar la inoportunidad de la respuesta.

—¡Vamos, Novau, no me hagas reír! Lo que viste no fue sino el efecto de una alucinación producida por el hecho de ingerir un exceso de alimentos en conserva. Tu caso lo hemos discutido detenidamente con el doctor Sansón Corbella, considerando todos los pros y contras. Se trata de un caso perfectamente definido.

Los dos primos siguieron charlando durante un rato. Mientras tanto, la noche descendía cautelosamente sobre la ciudad, con una seguridad felina.

La ciudad estaba a oscuras. Sólo alguna que otra lucecita se esforzaba por iluminar débilmente.

El silencio se hacía denso y opaco. Algunas veces se percibía confusamente el rumor de las patrullas de la Milicia Nacional, o bien, inesperadamente, el estallido profundo y lejano de una detonación. Después, todo volvía a la calma.

La sombra, más allá, en un punto indeterminado, hizo un esfuerzo y se densificó rápidamente, concretándose y empequeñeciéndose. Se produjo como una visión desenfocada, borrosa. Durante unos instantes se percibió una extraña vibración encantada, maléfica, obsesiva, que daba vueltas en torno de algo invisible, para dar paso, lentamente, a una neblina tenuemente iluminada. Continuó así durante algunos segundos, y desapareció.

Un poco más tarde, en un vuelo inexplicablemente rápido y seguro, un murciélago, o quién sabe si una «avutarda géminis», se disparaba ciegamente hacia la inmensidad de la noche.

V

El toro diabólico

El príncipe Félix María Vicente Andrés Lichnowsky, conde de Wenderberg y señor de Woschut, a los veintitrés años de edad sintió en su corazón gran fervor y entusiasmo por la causa realista; y, militar de profesión en el ejército de la antigua Prusia, corrió a ofrecer su espada al pretendiente Carlos, cuando éste levantó las provincias vascas contra el gobierno francmasónico y librepensador de Madrid. Educado en el ambiente cultural del castillo de Graetz, cerca de Troppau, y en el del palacio de Krzyzanowitz, en Ratibor, heredero de una de las más vastas fortunas de toda Alemania, el príncipe era aficionado a las letras y tocaba delicadamente y con gusto el flautín, instrumento de moda en aquellos tiempos en las múltiples cortes reales. Participó en diversas campañas carlistas y se distinguió, por su valor, durante la expedición de don Carlos a Cataluña, circunstancia que le permitió conocer al que sería más tarde conde de Morella, el famoso Ramón Cabrera, con quien le unió, desde entonces, una gran amistad. Después del fracaso político de dicha expedición, Lichnowsky fue destinado al Estado Mayor del Conde de España, en Cataluña, y sirvió de enlace entre éste y Cabrera, que operaba al otro lado del Ebro. Esto le dio oportunidad para conocer palmo a palmo el país y familiarizarse con la lengua catalana, que era la que hablaban habitualmente los dos «tigres» de la época: el de Berga y el del Maestrazgo. Lichnowsky, después de los fusilamientos de Estella y de la traición de Maroto, permaneció fiel a la causa carlista y a su rey, y prosiguió una lucha desesperada y caballeresca, muchas veces desmentida

por las felonías cometidas por los voluntarios del llamado «Pep de l'Oli» o del «Llarg de Copons». El príncipe, cuando no se encontraba al frente de su disciplinado escuadrón de caballería, en que aparecía con el uniforme de guerrera azul y boina y pantalones encarnados, adoptaba innumerables disfraces, tales como trajinante, contrabandista, payés de la ribera, etc. Su fama creció rápidamente, y se le comparaba, en cuanto a popularidad, aunque con un carácter completamente diferente, con el hábil conspirador y hombre de acción liberal Aviraneta.

Estas noticias eran difundidas y comentadas prolijamente tanto por los periódicos cristianos como por el de Berga, claro que en sentido contrario. Aquella mañana, Antonio de Montpalau acababa de dejar *El Constitucional*, donde, a continuación de una nota calumniosa alusiva al príncipe Lichnowsky, se insertaba una oda artístico-patriótica de un poeta de creciente notoriedad, Joaquín Rubio y Ors, y que firmaba «Lo Gayter del Llobregat». Una de las estrofas decía así:

De antiguo trovador la muda lira

Yo arrancaré de su húmedo sepulcro,

Y al genio, que llorando entre sus losas

Divaga, invocaré,

Y despertando los que el mundo admira

Sombras sagradas, nombres ya en la gloria,

Condes y antiguos reyes, sus famosas

Batallas cantaré.

Antonio de Montpalau recordaba con añoranza, a propósito de estos versos, al compañero y mentor de su adolescencia, el admirado poeta Eudaldo de Puig, cuya carrera fue truncada imprevistamente por la muerte. Lo conoció en una fiesta literaria celebrada en el colegio de Cordelles, poco

antes de su definitiva clausura, cuando el poeta estaba en su plenitud; les presentó el propio rector, el padre Narciso Riera. Pensaba en la impetuosidad de éste cuando hizo el elogio proemial del Imperial y Real Seminario de Nobles de Cordelles, con la elegancia de su castellano académico.

—Tendrán los Señores Colegiales de este su Colegio, no sólo la protección para el aplauso, sino también para la virtud el ejemplo que estimule la gallardía de sus nobles corazones a dar la mano al ocio y puerilidades ajenas de su nacimiento; y a emprender generosos la carrera de la heroicidad por el estudio de las buenas letras, para no degenerar de la nobleza del nombre y de la Casa en que lograron su primera educación. Y yo podré prometerme, no la sombra como otros piden para sus obras, pues no la hay en esta Casa, toda luminosa, toda resplandeciente; en fin, como que tiene por uno de sus blasones el Sol en el mayor auge de sus inextinguibles lucimientos. Prométame, sí, mucha luz, mucho favor y aquel amparo y protección que todos necesitamos.

Después de esta evocación, nuestro joven naturalista abandonó definitivamente sus recuerdos, para pasar a su gabinete de trabajo, donde redactaba un catálogo, ilustrado con dibujos a la pluma, de su herbario. Trabajó de firme durante toda la mañana, y terminó plenamente satisfecho.

Por la tarde, como era domingo, determinó ir con Novau al Torín, donde el capitán italiano Cantalupo se elevaba en globo aerostático. Dejaron el carruaje cerca de la aduana, y atravesaron las calles de la Barceloneta, abarrotadas. Las azoteas, así como la cercana playa estaban también llenas de gente que se disponía a contemplar gratuitamente el espectáculo.

En la entrada de la plaza de toros había unos carteles, bien visibles, que anunciaban el programa y los precios de los asientos: dos reales las entradas de sol y tres las de sombra. Dentro, en medio de la plaza, unos hombres estaban inflando el globo, y el capitán Cantalupo, vestido de frac daba órdenes

mientras iba de un lado para otro. Nuestros amigos se acomodaron en la primera fila, después de pagar un suplemento especial al encargado. La plaza estaba colmada de espectadores.

A las cinco en punto, para conocer la dirección exacta del viento, el capitán Cantalupo soltó unos cuantos globos pequeños de diversas formas y colores, tales como peces, muñecos, ranas, etc.; y, una vez el globo aerostático estuvo hinchado del todo, hizo una reverencia al público y saltó al interior de la barquilla de mimbre. Era el momento de la gran emoción.

Una banda comenzó a tocar una marcha jubilosa. El globo aerostático se iba elevando, y los espectadores gritaban y aplaudían. De la barquilla del globo colgaban unos saquitos llenos de arena que servían de lastre. El capitán Cantalupo, a unos cincuenta metros de altura soltó tres o cuatro de ellos y lanzó a la plaza una nube de prospectos colorados, amarillos y azules que se esparcieron por todas partes. Hubo carreras, y todo el mundo intentaba coger alguno. Montpalau se levantó y con la ayuda del sombrero consiguió hacerse con uno colorado. En letra impresa decía: «A Barcelona». Y debajo los siguientes versos:

Al cabalgar veloces en el viento

Bella ciudad que sobre ti se extiende

Ardor divino nuestro pecho enciende

Raudas alas prestando al pensamiento.

Celestial ilusión de almo contento

Exalta nuestro ser, que pronto atiende

Libar tu aroma que ligero asciende

Oloroso vergel de amor asiento.

Nadar en luz y ver, pues Dios lo quiso,

Arriba un cielo, abajo un paraíso.

El globo iba ascendiendo, empequeñeciéndose, y tomó la dirección de Horta. Todo el mundo hacía comentarios admirativos y se cruzaron apuestas sobre el lugar donde iría a caer.

Durante la segunda parte del programa sucedió un hecho insólito, que impresionó vivamente a nuestro protagonista.

Se habían anunciado tres toros, que la gente aguardaba con impaciencia, ya que suponía un broche perfecto, dado el lugar donde se desarrollaba el espectáculo. Como Antonio de Montpalau no sentía la menor atracción por esta sangrienta fiesta, quiso retirarse, pero fue convencido finalmente por las súplicas de su primo, que deseaba contemplar las incidencias de la corrida y las reacciones del público. Como buen naturalista le repugnaba la visión de la sangre derramada inútilmente.

Salió el primer toro, y después de las filigranas de costumbre fue despachado y retirado de la arena entre grandes exclamaciones contradictorias. El cielo se había ido encapotando y tomaba un aspecto nada tranquilizador. Súbitamente, una sombra misteriosa se cernió sobre la plaza, descendiendo en un incomprensible movimiento oscilatorio.

Entonces, un toro negro como el carbón salió raudo, en dirección hacia el centro de la arena. Se detuvo un momento, jadeante, atrayendo la mirada fascinada del público. Se volvió como buscando a alguien o algo. Adelantó unos pasos. Y, de manera imprevista, se lanzó disparado hacia nuestros amigos; saltó la barrera e, incorporándose sobre las dos patas traseras, se quedó mirando de hito en hito durante unos instantes a Antonio de Montpalau. Dos ojos de fuego, clavados en el rostro de nuestro protagonista.

Todo el mundo quedó aterrado. La sombra misteriosa se espesó. Se percibía la respiración profunda del toro. Era evidente, obvia, la oscura presencia del diablo. Apareció la señal del Alfa y la Omega.

De súbito, la bestia diabólica dio un salto y desapareció. Nadie supo cómo ni por dónde. Los empleados de la plaza corrían desalentados y lívidos, buscando por pasadizos y callejones. Se produjo un gran tumulto y llegó a temerse que se repitieran los acontecimientos del año 35, de triste memoria.

Se atribuyeron estos hechos inexplicables a la mala organización del espectáculo. *L'Eco del Comerç*, a la mañana siguiente publicó una crítica durísima contra las autoridades, y se preguntaba cómo, en el tiempo del progreso, podían suceder hechos de semejante naturaleza. Era realmente lamentable.

VI

Aires de París

La teoría de los perfumes es complicada y vastísima. Requiere además una larga experiencia y una cierta voluptuosidad sensorial. Un buen perfumista ha de poseer entre otras cualidades, un gusto seguro, una cultura refinada, una inteligencia ágil, un trato privilegiado y asiduo de las damas, un instinto despierto y un olfato educado y preciso. Con este bagaje puede intentarse fortuna en la discriminación de los perfumes, de los cuales hará falta pulsar el matiz exacto y difícil y distinguir los vicios o la impureza. Es cosa sabida que raro es el perfume que aparece en su única y simple corporeidad. Los hay, naturalmente, directos, cuya evocación será posible inmediatamente por la nomenclatura; otros que, después de una delicada aspiración, requieren una concentración espiritual que no se da, o al menos no es fácil de conseguir, sino después de aislarse unos momentos, con los ojos cerrados. Estos últimos son los más difíciles, y hay de ellos una variedad infinita. Se podría dividirlos, sin embargo, en dos inmensos grupos: los gélidos y los cálidos. Entre los primeros, que suscitan sombra y frescor, pueden recordarse con complacencia los que materializan, por así decirlo, el mar y la montaña, o un bosquecillo determinado, o unos sencillos arbustos de la más íntima preferencia: el espliego, el romero e incluso el pino, todo mezclado. Los cálidos giran en torno a la identificación de personas, especialmente del sexo femenino, y son combatidos por los predicadores y, en general, por el clero, por descubrir en ellos sensualidad y erotismo. Basta una sola gota de estos perfumes, en un pañuelo de encaje, para producir

tempestades devastadoras en el corazón de los enamorados. Como una mariposa, esta gota vuela por los aires, inalcanzable y cruel, precipita rápidamente al infortunio y al llanto.

El infortunio y el llanto. El príncipe Lichnowsky, que vivaqueaba a las afueras de Vimbodí, aspiraba la fragancia de un pañuelo de seda y se abandonaba a un desorden sentimental provocado por la evocación de una bella figura femenina. Surgía enmarcada por un medallón ovalado, en cuyo anverso, protegido por un cristal, un rizo de color castaño perfilaba las iniciales de la dama. De tanto en tanto se oía el relincho de un caballo, y el príncipe prestaba atención. La dama regresaba con un aire de pavana, vaporosa y ligera, como el perfume o como la lágrima en el pañuelo. «La belle nuit d'amour». El nombre era sugestivo y se debía a monsieur de Vendres, hábil perfumista del barón de Néziers; y la dama lo adquiría, con púdica vacilación, vencida desde luego definitivamente cuando vio que otra dama, elegante y bella, se anticipaba en la compra con encantadora naturalidad. Fue un encuentro casual. Resultó que se hicieron muy amigas, pero la dama enmarcada por el medallón permaneció, en el más puro anonimato, en París, sujeta a la tiranía de un marido brutal, mientras que la amiga partía hacia Barcelona, que visitaría de paso para Mallorca, la isla encantada, en compañía de un músico famoso. Se llamaba Aurora Dupin, y firmaba sus libros, ya que era escritora de fama, con el espiritual pero equívoco seudónimo de «George Sand». El músico famoso, que componía unas sonatas para piano extraordinariamente sensibles, se llamaba, como todos saben muy bien, Frédéric Chopin.

Antonio de Montpalau recibió la noticia dos días antes, a través de una carta de su parienta la baronesa de Néziers. Seguidamente lo contó en la tertulia del marqués de La Gralla, donde provocó una pequeña revolución. Se determinó, después de extensos comentarios, no escandalizarse demasiado por la situación irregular de la pareja, dado que no se presentaban en Barcelona excesivas ocasiones de recibir a huéspedes tan

singulares. Acordaron hacer caso omiso de este enojoso extremo y recibir a los viajeros con los honores que su rango requería. El marqués de La Gralla anunció a los contertulios su intención de organizar, en su palacio, una fiesta artístico-científica, para la cual esperaba la brillante colaboración de todos y, en especial, la de su hijo José Ignacio, quien daría a conocer su último y desconcertante invento: el arpa neumática.

Todos aplaudieron con entusiasmo. Antonio de Montpalau fue delegado para resolver los pequeños problemas del alojamiento, ya que por no estar casados, nadie podría, como es natural, alojarlos en su casa, ni dar carácter oficial a acto alguno. Se mencionó la fonda de Las Cuatro Naciones como la más adecuada y más moderna, aunque no eran particularmente satisfactorios en aquel tiempo en Barcelona los servicios de hostelería; y Francisco Avinyó y Barba, el físico, quien era, además, estampador de indianas en Pueblo Nuevo, afirmó que pagaría un refresco, a la llegada de los viajeros en el café del Perú.

Antonio de Montpalau, después de una entrevista con Ferdinand de Lesseps, quien, por su cargo, prefería mantenerse al margen de todas estas cuestiones, concertó el hospedaje y cuidó de ciertos detalles que por su exquisitez habían de agradar a unos temperamentos tan sensibles como los de la famosa pareja. Con la ayuda del capitán, Novau visitó los navíos que hacían el trayecto a Mallorca, e inventarió los que reunían las condiciones más cómodas y seguras.

Mademoiselle Dupin y Frédéric Chopin llegaron a Barcelona envueltos en una nube de polvo, procedentes de Arenys de Mar, en la diligencia de Mataró. Entretanto, el príncipe Lichnowsky, con su escuadrón de caballería, rumiaba una carga, especialmente destructora y peligrosa, contra uno de los convoyes del gobierno a Solsona, la villa asediada; y el «áurea picuda», la del canto inefable, hallaba un bosque de alcornoques adecuadísimo para anidar lejos de la mirada malvada del hombre. Entonó su canto inaudible.

Antonio de Montpalau se adelantó e hizo una profunda reverencia. Sonaron cascabeles en la montaña, y gamuzas entre la niebla pirenaica, y luces errantes como falenas perdidas giraban al ritmo de un aristón.

Había descendido de la diligencia la esperada pareja, agradablemente sorprendida del recibimiento. Seguidamente se los condujo a la fonda de Las Cuatro Naciones.

La baronesa de Néziers, en su brumosa villa de La Rochelle, sonreía complacida. Se habían formado unas nubes color salmón que un viento del noroeste empujaba hacia el sur. Aspiró la fragancia de una rosa y llamó a «Dentelle», la perrita *cocker*, que levantaba, cínicamente, una de las patas traseras sobre los macizos de flores.

Horas más tarde, en el café del Perú, tuvo lugar el refresco anunciado. Se sirvieron unos platos de crema, al estilo del país, con bizcochos, *bufats* de Vendrell, pastelillos de Tortosa y una horchata de chufa valenciana que, de tan espesa, se podía cortar. Asistió únicamente mademoiselle Dupin, ya que Chopin —según dijo— no se encontraba bien. Quedó encantada por la amabilidad y galantería de la concurrencia, y manifestó su entusiasmo por la horchata de chufa del país valenciano.

—*C'est foutrement bon* —dijo.

La concurrencia al oír esta frase quedó con los bizcochos a mitad de camino de la boca, y se preguntó si no lo habría entendido mal.

Aurora Dupin era una dama ni hermosa ni fea, pero tenía *chic* y una gran fascinación. Muy inteligente. Hablaba de una manera espiritual, aparte de los modismos. Chopin, en cambio, era alto, melancólico y no hablaba casi nunca. Saludó, eso sí, muy ceremoniosamente. Formaban una pareja extraña.

Antonio de Montpalau salió aquella noche después de cenar, a pasear un rato y a respirar el aire fresco. Rondó, solitario, por las callejuelas estrechas del barrio aristocrático,

llenas de olor a humedad y suciedad. Oía sus propios pasos resonar sordamente sobre el empedrado.

Caminaba absorto en sus pensamientos. Se sentía un poco triste. En un campanario próximo sonó el bronce con solemnidad. Se iba haciendo tarde. Miró el cielo, y después de abrocharse la levita, dio media vuelta y volvió hacia su casa.

Un gato maulló desesperadamente.

VII

El arpa neumática

El marqués de La Gralla dio una fiesta que hizo honor a su nombre. Además de nuestro protagonista y de los invitados a quienes se dedicaba el acto asistió el selecto núcleo de la tertulia habitual del marqués: Bartolomé Garriga, gramático achacoso, que había conocido a Jovellanos y que, últimamente, se había especializado en toponimia. Por una especial conformación de la boca reía siempre de soslayo. Era un hombre que solía oler a ungüento de botica y era de difícil trato. Seguía Segismundo Ferrer, matemático notable, que tenía entre manos una obra que titulaba *Origen matemático del mundo y de sus criaturas* y que estaba siempre en punta con otro contertulio, el canónigo Pascual Matons, autor de un sermonario católico-liberal que le había costado muchos disgustos por causa de la censura eclesiástica reaccionaria. Recientemente había sido propuesto obispo de Murcia por el gobierno cristino, en agradecimiento a sus servicios prestados a la causa liberal. El periódico *El Joven observador*, de la Junta de Berga (detrás de la cual se amparaba su enemigo personal, el canónigo Torrebadella), le hacía una guerra feroz y despiadada. Estaba también Sansón Corbella, doctor en Medicina, ya conocido del lector, hombre eminente y eruditísimo, que no tenía otra debilidad que las faldas, causa de grandes trastornos conyugales y domésticos; Francisco Avinyó, capitán de industria en Pueblo Nuevo, el cual había pagado el refrigerio del café del Perú, hombre expeditivo y rápido, de gran iniciativa. Y, por último, José Ignacio, el hijo heredero del marqués, joven que a primera vista parecía un

poco cretino, pero que había dado muestras de un ingenio mecánico y musical poco común. Ahora mismo acababa de inventar el «arpa neumática».

Todos estos dignos miembros de la tertulia del marqués de La Gralla se hallaban reunidos en el gran salón de recepción, que se abría únicamente en las grandes solemnidades; como, por ejemplo, cuando años atrás el general Llauder había congregado a las fuerzas vivas de la población en la casa del marqués (reunión que, todo sea dicho de paso, provocó la exasperación de los elementos exaltados y determinó, entre otros sucesos, el asesinato del general Bassa y la huida de Llauder). Estaba tapizado de damasco dorado, con grandes espejos colorados sobre grandes chimeneas de mármol. En un ángulo, cerca del amplio balcón que daba a la calle, podía contemplarse con admiración la gran novedad del momento en los círculos musicales: el pianoforte, que empezaba a desplazar, y sin duda desplazaría progresivamente, al clavicémbalo. Lo habían traído de París, a petición de José Ignacio, en un embalaje especial, y la casa Pleyel había enviado a Barcelona al mismo tiempo, para el montaje, a un afinador, quien se albergó en el palacio, a pan y cuchillo, durante una semana larga.

De cara al pianoforte, sentados en un sofá, se hallaban los invitados de honor, el marqués, Antonio de Montpalau y el canónigo Matons, que aparentaba ignorar la historia de mademoiselle Dupin y monsieur Chopin. Los otros invitados estaban sentados en torno del doctor Sansón Corbella o conversaban de pie, formando grupos. De vez en cuando se acercaban al sofá y cumplimentaban primorosamente a la dama y a su acompañante. Después de una conversación animada y aprovechando una pausa, el marqués hizo una seña a su hijo, mientras anunciaba a los presentes que, en honor a aquella tan distinguida concurrencia, y en especial en homenaje a los afamados artistas que tenían el placer de tener entre ellos su hijo, como ya se había anunciado, ejecutaría unos fragmentos musicales con el arpa neumática, artefacto de

su propia invención, interesado como estaba de conocer la erudita y siempre plausible opinión de amigos tan ilustres.

Seguidamente entraron unos lacayos con peluca, cargados con una especie de silla de brazos, sobre la cual, protegida con una funda, traían un bulto grande e informe. Con grandes esfuerzos lo descargaron, lo colocaron en medio del salón y se quedaron plantados, aguardando órdenes. José Ignacio, entonces, dio unas palmadas. A continuación, como ejecutando una estudiada pantomima, desenfundaron aquel gran bulto. Apareció, rutilante, el arpa neumática. Era una máquina que, en su estructura fundamental, recordaba al arpa corriente, si bien con la diferencia que arrancaba de una gran caja de caoba provista de pedales, y de la cual ascendía un tubo de dimensiones considerables. Finalmente, este tubo se ramificaba en otros más pequeños, recordando vagamente un órgano. Cada una de las cuerdas del arpa coincidía exactamente con la obertura del tubo que le correspondía. En conjunto, su aspecto era fantástico.

José Ignacio hizo una reverencia y se sentó en un taburete ante el arpa, colocando los pies sobre los pedales. Comenzó a pedalear con fuerza, advirtiendo antes que efectuaba la extracción preliminar del aire viciado. Efectivamente, se oyó un ruido fenomenal, de viento que se escapaba por mil agujeros. Una vez concluida esta operación, el heredero del marqués de La Gralla, mientras continuaba pedaleando, posó con delicadeza las manos en las cuerdas del arpa, con una ligera inclinación de cabeza; y, en el momento propicio, comenzó a interpretar con gran inspiración el aria *Casta Diva*, de Bellini, naturalmente sin la parte de los coros.

Fue un momento verdaderamente solemne. La máquina producía un doble sonido simultáneo, de gran efecto. Junto a una especie de vibración metálica se distinguía el grave y aterciopelado soplido del órgano. Era extraordinario.

Se le aplaudió largo rato. José Ignacio recibió las felicitaciones de monsieur Chopin con modestia, y solicitó de

éste que interpretase alguna composición propia al pianoforte. Accedió, por último, pero aplazándolo para más tarde, ya que ahora Segismundo Ferrer se disponía a disertar sobre *El principio matemático de la coagulación en el origen del mundo y de la tierra en particular*. Con voz bien timbrada y gran poder de convicción, Ferrer examinó las distintas coagulaciones matemáticas existentes, comenzando, naturalmente, por la del agua, para acabar con un análisis detallado de la que él proponía denominar «coagulación transmutativa». Por último, para completar la convicción sobre la acción genérica del principio matemático coagulante, Ferrer citó eruditamente a Job: «*Instar lactis me mulxisti, et instar casei coagulari permisisti*».

Esta cita provocó una intervención teológico-científica del canónigo Pascual Matons, quien deseaba inquirir el sentido exacto, en cuanto al principio genérico, de la coagulación matemática, e hizo derivar la controversia hacia un campo exclusivamente teológico, en el cual, su verbo, en virtud de un principio eminentemente dialéctico, brilló a gran altura.

Entretanto, los invitados iban y venían del bufet, de puntillas, procurando no hacer ruido para no estorbar el interesantísimo diálogo. Se hacían repetidos gestos de admirada aprobación, mientras masticaban disimuladamente.

La controversia acabó de manera feliz, ya que ni uno ni otro abatió al adversario. Se produjo una pirotecnia de alabanzas muy variada y estimulante. Mademoiselle Dupin afirmó que aquella reunión no tenía nada que envidiar a las que se celebraban en París. Es más: en éstas se echaba a faltar el *élan* apasionante de la presente. Hablaba con animación, especialmente con Sansón Corbella y con Antonio de Montpalau, quedando muy impresionada cuando le contaron las extrañas aventuras de este último, es decir: el atentado de Gracia y la inexplicable actuación del toro diabólico.

Antonio de Montpalau tranquilizó a la espiritual escritora atribuyendo los singulares acontecimientos a la desordenada

situación del país. Esto, en cuanto al primero; respecto al misterioso comportamiento del toro, le resultó un poco más difícil de justificar, aunque Montpalau expuso la hipótesis del abad Poncet sobre la influencia del trueno y otros fenómenos atmosféricos en el sistema nervioso de las bestias.

Se pidió silencio. Por fin, con gran insistencia de todos los presentes, monsieur Chopin se sentó ante el pianoforte.

Estaba pálido y parecía absorto. Quedó unos instantes dubitativo. Comenzó a tocar, y parecía como si acariciase el teclado. Surgió una música extraordinaria, cuya existencia nadie habría podido sospechar. Algo penetrante y ligero, de una melancolía profunda, delicada y sublime. Una música auténticamente genial.

Ninguno de los asistentes olvidó nunca la gran impresión que le produjo aquella música tan íntima y, al mismo tiempo, tan grandiosa. Fue una semilla que fructificó en los corazones, en silencio. Representaba un estado de cosas latentes, que todos llevaban dentro y que salía ahora, por vez primera, a la superficie.

A la mañana siguiente, Aurora Dupin y Frédéric Chopin partieron hacia Palma, de paso para Valldemosa, en el velero *El Mallorquín*, del armador Trullols. Dejaron en Barcelona unos amigos auténticos, que no los olvidaron nunca, y también un poco de tristeza. Era inevitable.

VIII

Historia natural de Cataluña

El padre Pedro Gil, de Reus, que ingresó en 1574 en la Compañía de Jesús, escribió, cuando contaba veintitrés años de edad, una monumental *Historia Catalana en la cual se trata de Historia o descripción natural de cosas naturales de Cataluña*, que quedó manuscrita durante mucho tiempo. Antonio de Montpalau, por encargo de la Real Academia de Ciencias Naturales, preparaba una edición de dicha obra con notas eruditas. Sabedor de esta circunstancia, el barón de Meer pidió a nuestro protagonista, a manera de informe petrográfico (pues quería construir diversas fortalezas), una transcripción de las partes de la obra que hiciesen referencia a las piedras. Montpalau le transmitió el capítulo VI, que decía:

«De la variedad, gentileza y valor de piedras que tiene Cataluña, tanto para edificar como para otros servicios y efectos: y de algunas piedras preciosas que se encuentran en Cataluña.

»Como Cataluña, conforme está dicho en el precedente capítulo, casi toda ella, o en su mayor parte, sea montuosa, de aquí es que casi en toda ella haya abundancia de piedras para edificar, y en algunos llanos, como son los de Urgel, del Panadés, de Vich y de Cerdaña, etc., donde no hay montañas, tienen tan buena tierra para hacer ladrillos; y provéense también de piedra de las montañas vecinas, y así se hace en Cataluña ordinariamente bellas iglesias, y bellos edificios de murallas, torres y casas. Tanto que todas las ciudades que son once y todas las villas que son cabeza de veguerías; y todas las

villas marítimas y las más o casi todas las villas mediterráneas, y muchos lugares grandes y pequeños, tienen murallas de piedra o de tapia muy buenas, con sus torres de defensa; como en el libro segundo se dirá. Y como de cierta clase de piedra cocida se hace la cal y el yeso: y ésta sea abundante en muchas partes de Cataluña. También como haya en Cataluña mucha arena por razón de los ríos y arroyos, y ribera del mar, de aquí es que los edificios se hacen en Cataluña con más comodidad y mejores que en muchas provincias o reinos de España o de Europa. La variedad de piedra de Cataluña es cosa para alabar al Señor que es creador de ella, porque en el campo de Tarragona y otras partes de Cataluña no obstante que haya piedra para edificar fortísima: pero por otra parte hay piedra de saldo tan blanda que la sierran con sierra de hierro: y la labran y alisan con tanta facilidad, que apenas los picapedreros tienen que cansarse en pulirlas y labrarlas.»

En aquel momento, Antonio de Montpalau se levantó de la silla y, sabiéndose solo, se rascó con fuerza las entrepiernas. Después volvió a ponerse a escribir:

«En Montserrat, Gerona y muchas otras partes, es la piedra fortísima pero de buen lustre, y muy acomodada para edificios, particularmente en Gerona hay piedra en abundancia que asemeja piedra mármol pero es un poco oscura, la cual se labra lisísima y es buena para hacer pilas de agua bendita, obras grandes, bellas y acomodadas para altares y cosas semejantes.

»La piedra que se saca y se extrae de la montaña de Montjuich, la cual está al costado de la ciudad de Barcelona, cosa es notabilísima en toda Cataluña: de la cual ha habido y hay en tanta abundancia, sin disminución de dicha montaña muchos dicen que se ha sacado de Montjuich más piedra que la que tiene dicha montaña, y así dicen que sin duda ha crecido y crece dicha piedra: y que si no creciera ya dicha montaña o sería acabada o al menos notablemente menguada. Es la piedra de Montjuich de diferentes maneras: alguna tan blanda que casi se podría serrar, otra es fuerte, y otra más fuerte, y otra fortísima. Pero toda ella se pica y pule y labra con bastante

facilidad. Es piedra acomodadísima para edificar todo género de edificios, así como torres, murallas, baluartes, iglesias y palacios, como de casas particulares: las cuales se hacen de piedra de asbesto; con fenestras, esquinas y arcos de piedra labrada.»

Aquí, nuestro protagonista se permitió la libertad de añadir una nota crítica negando en absoluto el crecimiento de la montaña de Montjuich, al menos en la forma descrita por el padre Gil, apoyándose en la autoridad de otros eminentes especialistas.

Continuó la transcripción:

«Una piedra llamada lisos hay en las montañas cerca de Tarragona, la cual es fortísima y de color negro, pero bastante acomodada para alisarse y labrarse. Es mucho mejor que la piedra que viene de Gerona. Es a modo de especie de mármol, excepto que el mármol es blanco y esta piedra es negra. De esta piedra está pavimentada alguna parte del pavimento de la Seo de Tarragona; y están hechas parte de algunas capillas de dicha Seo: en especial las de don Antonio Agustí y don Juan Teres, arzobispos de Tarragona.

»Especie de mármol blanco, como está dicho que hay en Gerona; pero es oscuro, y no tan blanco como el mármol que se talla y pule en el Genovesado. En las montañas junto al monasterio de Poblet hay mármol blanco finísimo y blanquísimo, y al cual poca o casi ninguna ventaja lleva el mármol de Genova.

»Jaspe de diferentes colores se encuentra y saca en las montañas cerca de Tarragona: y de dicho jaspe están hechas algunas columnas que están en la Seo de Tarragona en la dicha capilla del señor don Antonio Agustí.

»Pero más excelente jaspe se talla y saca de las montañas junto a Tortosa; el cual jaspe es nombrado brocasello; porque tiene aguas ondeadas y labrados a modo de Brocatello. De este jaspe están hechas muchas columnas y piezas señaladas, y una

mesa y otras cosas que están en la casa de la Diputación de Barcelona, y en la dicha capilla de don Antonio. De este jaspe se hacen aras portátiles para altares muy excelentes y agraciadas, que son llevadas a muchas partes de Cataluña y España e Italia.»

Al margen, Montpalau confeccionó otra nota erudita sobre el Brocatello, la Diputación de Barcelona y la personalidad de don Antonio Agustí, el cual resultaba pariente, por línea materna, del barón de Meer. Esto dio ocasión al comentarista para exaltar la catalanidad del general. Había revuelta, por medio, una extraña historia de «nyerros» y «cadells». Encendió un cigarro, y continuó:

«Alabastro, que es piedra blanca, clara y transparente, se talla en muchas partes de Cataluña. En especial en las montañas junto a Montblanch y Poblet, pero éste no es tan fuerte; en las montañas junto a San Magín es más fuerte y más fino el alabastro. Sirve esta excelente piedra para algunas cornisas de capillas, para algunas imágenes de piedra la escultura de las cuales es a la vista muy agraciada. Para vidrieras, porque si se entresaca del alabastro y se adelgaza bien da luz poniéndolo en fenestras y vidrieras y aunque no da tanta luz como el vidrio; pero es de menos peligro, y no es de tanto costo, y así en la Iglesia de Reus, y otras Iglesias del Campo de Tarragona y de Cataluña, hay vidrieras de alabastro pintadas, o sin pintar, muy claras y muy agraciadas, y resguardan más del viento y del frío que el vidrio. También se hacen de piedra de alabastro aras portátiles para altares muy buenas y muy acomodadas. Sólo tienen una falta que cuando reciben grandes golpes pasan más peligro de romperse que las aras hechas de jaspe o mármol: por ser más frágil y quebradiza la piedra de alabastro, que no de jaspe o mármol.»

Seguía después la descripción y el estudio del cristal y las piedras preciosas, tales como diamantes, esmeraldas, rubíes, perlas, turquesas, amatistas, ágatas, etc., que Montpalau omitió en la transcripción, ya que no le constaba que al barón de Meer le pudiese interesar de manera particular. No obstante, cuando

ya concluía la lectura de esta sección, le saltó a la vista un párrafo que tuvo la virtud de sacarle de sus casillas. Hablaba de cornalinas:

«Cornalinas que en lengua italiana se dicen Cornelinas, y vulgarmente en Cataluña se denominan «estroncasanchs» por el efecto que producen de cortar la sangre cuando alguno tiene flujo de sangre por la nariz o boca o parte oculta; se encuentran en Cataluña y muy finas, en las montañas. Tienen la virtud de ahuyentar a los vampiros.»

Se oyó la maldita risa. Era, como siempre, un presagio funesto.

IX

Una carta misteriosa

A la mañana siguiente, Antonio de Montpalau recibió un mensaje precipitado del marqués de La Gralla, en que le pedía que lo antes posible fuese a verle. Se trataba de un asunto de la máxima urgencia.

Nuestro protagonista halló al marqués excitadísimo. Se paseaba de un lado a otro de su gabinete de trabajo. Iba enfundado en un batín de seda alistado, color tabaco. Cuando lo vio, abrió los brazos y dijo:

—¡Ah, por fin! Siéntese, querido amigo. Gracias por su prontitud en venir. Ha sucedido algo realmente extraordinario. He convocado también, con la máxima urgencia, al doctor Sansón Corbella, al canónigo Matons, al filólogo Garriga y a Segismundo Ferrer. Con su permiso, aguardaré a decirle de lo que se trata hasta que estemos todos. Será, para mí, más cómodo.

Montpalau obedeció, aunque lleno de curiosidad. Al cabo de un rato llegaron Ferrer, Garriga y Corbella. El último en aparecer fue el majestuoso canónigo, a quien el marqués hizo sentar detrás de su mesa, presidiendo la reunión. Quedaba, sin embargo, medio oculto por un magnífico ejemplar de la «koeleria villosa pers», género dedicado al botánico alemán del siglo XVIII Georg Ludwig Koeler, autor de la *Descriptio graminium Galliæ et Germaniæ*. El canónigo colocó su silla un poco más hacia la derecha y, libre de obstáculos visuales, se dispuso a escuchar. En realidad, todos estaban como sobre

ascuas. El marqués, que permanecía en pie, se complació en prolongar un poco más el silencio. Por último empezó:

—Estimados amigos: todos saben que tengo una hermana, viuda del barón de Urpí, que vive con su hija en un pueblecito de la montaña, donde mi cuñado les dejó inmensas propiedades. Después de quedarse viuda, y dado que el matrimonio se quería enormemente, mi hermana, en un rapto de mística devoción a la memoria del difunto, rompió toda relación social y, encastillada en sus nieblas montañesas, ha vivido durante quince años prácticamente dedicada a meritísimas tareas piadosas y a la administración de su patrimonio; y esto, de tal manera que últimamente ya apenas me escribía, alejada como estaba del mundo y de sus pompas. Mi hermana, antes de que se me olvide, vive en un pueblecito cercano a La Mola de Falset, llamado Pratdip.

Montpalau tuvo un sobresalto. Y preguntó:

—¿Cómo ha dicho?

—Pratdip —respondió el marqués, mientras miraba a Montpalau, entre severo e interrogativo. Después, continuó:

—Mi hermana hacía ya dos años que no me escribía. Ayer recibí una carta que no es una simple carta de familia, con los pequeños detalles domésticos e, incluso sobrentendidos, que estas cartas suponen, sino que, estimados caballeros, esta carta es el grito angustioso de una pobre mujer en demanda de socorro, humilde y aterrorizadamente formulada, ante un peligro misterioso y, hasta me atrevería a decir sobrenatural, si mis convicciones científicas no me impidiesen (sea dicho con el perdón de mosén Matons) usar este adjetivo antes de una experimentación *in situ* del fenómeno que investigar. No es preciso que les diga que, como científicos, esta carta nos interesa de manera extraordinaria, y no dudo ni un solo momento en manifestar mi convicción de que, si los hechos afirmados en la susodicha carta son exactos y ciertos, mis queridos amigos, es que la Providencia nos ha puesto en las

manos el suceso del siglo, para lucimiento perpetuo de la ciencia catalana.

Dicho esto, el marqués tomó una carta que, entre otros papeles, había sobre la mesa. Se aclaró la voz, y leyó fuerte y pausadamente:

«A José Martí y Llubra, marqués de La Gralla.

»Querido hermano:

»Sé que cuando recibas esta carta te preguntarás cuál es el motivo que me impulsa, después de tanto tiempo de silencio, a escribirte, y sé que, aunque tu corazón generoso y lleno de amorosa bondad no te lo indique, sería natural que, antes de abrirla, me hicieses los reproches que tan justamente merezco. Perdóname, mi querido hermano, y, dejando de lado las justificaciones que podría darte, pero que ahora no me veo con fuerzas para enumerar, escucha la voz de esta pobre mujer atribulada que, junto con la de su hija y la de los habitantes de todo un pueblo, se dirigen a ti, como a representante de la Ciencia y del Saber, ya que la fuerza y la autoridad han resultado patentemente inútiles, para pedirte, con toda la vehemencia de que soy capaz, que nos auxilies en el terrible peligro a que estamos sometidos.

»Hace aproximadamente un mes que llevamos una vida de sobresalto, angustia y abominación. La gente de esta tierra siempre había aludido, de manera encubierta, a la existencia del Dip; pero era algo tan insensato, tan monstruoso e inverosímil, que jamás ni mi marido (que Dios tenga en su Gloria) ni yo habíamos hecho el menor caso. La tradición se perdía en el tiempo, y todo el mundo hablaba de ello, al menos delante de los forasteros, como de una leyenda maléfica. En la mentalidad de la gente, sin embargo, el verdadero señor de esta tierra seguía siendo el Dip, dotado de perdurable poder de supervivencia a través de los siglos y que, de vez en cuando, venía de no se sabe dónde y reivindicaba la sangre a que tenía derecho para su generación y nutrimiento. El comportamiento del Dip es siempre nocturno, puesto que, según la voz popular,

de día es cadáver. Nadie sabía, no obstante, qué era el Dip, o quién era, ya que también se le atribuyen diversas naturalezas, tales como la de lobo, murciélago, víbora y quién sabe cuántas más. El único remedio conocido en este país es la verdolaga, pero se mustia y, por otra parte, la gente acaba pronto con ellas.

»Excúsame la forma desordenada en que te escribo. Tengo miedo, si no, de volverme loca. El Dip, o quien sea, ha vuelto. Cada mañana aparece un difunto en el pueblo; pero un difunto horrorosamente desangrado. Aparece un cadáver sin sangre y con dos agujeritos en la garganta. Todos, incluyendo el alcalde, el alguacil y mosén Antonio, están bajo el imperio del terror. ¿A quién tocará mañana?, nos preguntamos desesperados. Y, particularmente, cuando yo me hago esta pregunta, pienso —como puedes suponer, querido hermano— en mi hija, tu sobrina, a quien tú tantas veces has tenido sobre tus rodillas.

»Por tu hermana, que te cuidaba cuando eras pequeño, por el recuerdo de esta niña a quien tú querías tanto y, sobre todo, por amor de Dios Todopoderoso, Señor nuestro, no te olvides de nosotros y acude en cuanto puedas con tus luces vivificadoras y privilegiadas a esclarecer este misterio y a ponerle remedio.

»Tu hermana que te implora,

REMEDIOS,

Baronesa de Urpí»

Concluida la lectura, el marqués de La Gralla, a quien la emoción había humedecido los ojos, tuvo ocasión de contemplar la estupefacta inmovilidad de los oyentes.

—Bien, caballeros —dijo—. Creo que ha llegado la hora de manifestar nuestra opinión.

Segismundo Ferrer, espíritu volteriano y que seguramente iba a decir una impertinencia desagradable al canónigo

Matons, pues le miraba agresivamente, fue interrumpido, cuando se disponía a tomar la palabra, por Bartolomé Garriga, el filólogo:

—Un momento —dijo—. Antes de que ningún otro ilustre colega aventure su criterio sobre unos hechos tan singularmente excepcionales, creo que, poseyendo como poseo la ciencia etimológica y toponímica, es mi obligación aclararos el significado del nombre del maléfico personaje que a todos nos preocupa. Efectivamente, la palabra «dip» procede del árabe y equivale a «ser feroz», y es empleada con frecuencia para denominar al chacal, animal ávido de sangre. Una correcta etimología del nombre del pueblecito, Pratdip, sería, pues, por consiguiente, «Prat o Prado del Dip», es decir, «Prado del ser cuya identificación estamos buscando entre todos».

Esta aseveración del filólogo provocó, rompiendo el hielo de estupefacción de los primeros momentos, una tumultuosa polémica. Todos estaban trémulos, emocionados. Se sopesaban los pros y los contras de la situación. Se gesticulaba con energía.

Antonio de Montpalau permanecía silencioso y pensativo. De pronto se puso en pie e impuso silencio:

—Calma, caballeros —recomendó—. Como naturalista no puedo creer en maleficios gratuitos, que la misma Iglesia no admite. Pero nos hallamos ante un caso que es preciso aclarar científicamente. Comportémonos, pues, como científicos. No nos dejemos llevar por nuestras emociones y nuestros sentimientos. Hagamos como siempre: investiguemos. Investiguemos fríamente. Dios nos ha dado una poderosa herramienta insustituible: la razón. Hagamos que ésta esclarezca, como siempre, aquello que al principio parece un misterio. Pero para esto es preciso que la razón o, en otros términos, la Ciencia, ilumine directamente el fenómeno. Es preciso ir a ese extraño lugar y examinar de cerca los hechos

que, de manera tan dramática, han sido expuestos. Es preciso ir a Pratdip.

Todos los concurrentes aplaudieron las sabias palabras de nuestro protagonista, que fue felicitado calurosamente. El marqués de La Gralla dijo que, en realidad, era lo único sensato que se podía hacer y que, como no era posible ir todos en corporación, habría que delegar a alguien de confianza; y que, dado que él no podía ir, como le correspondía por ley natural, así como tampoco casi ninguno de los presentes, a causa de su edad avanzada y de los innumerables achaques que quien más quien menos sufría, había que pedir que aceptase la tácita delegación con que se le honraba a la única persona libre de achaques y que reunía las preciadas condiciones de juventud y sabiduría.

En cuanto hubo dicho esto el marqués, todos los concurrentes pusieron sus ojos en Antonio de Montpalau. Este se levantó de nuevo y, llevándose la mano al pecho, dijo solamente:

—Iré a Pratdip.

Nuestro protagonista fue abrazado entonces por sus compañeros. Un gran amor a la Ciencia y al Progreso los unía. El canónigo Matons le dio la bendición, con paternal y eclesiástica unción. Todos se sentían satisfechos.

Entonces, en un bosquecillo de alcornoques, el «áurea picuda» inició de nuevo su canto fastuoso e inaudible.

X

Botánica, Zoología, Historia

El hecho de haberse convertido en mandatario de la tertulia científica del marqués de La Gralla agudizó en Antonio de Montpalau su sentido de la responsabilidad, riguroso ya de natural. Quiso preparar con todo detalle la expedición, y lo primero que hizo fue indagar la exacta situación geográfica del misterioso lugar donde había de llevar a cabo sus experiencias. Consultó mapas detalladísimos, donde las rutas aparecían bordeando montañas altas y escarpadas, y donde los ríos surgían, subrepticiamente, de raros recovecos, encajonados entre paredes llenas de viscosos líquenes. Podían verse como pequeños paisajes de nacimiento y gargantas umbrías, como vistos a través de una lupa, y se imaginaba su selvática belleza rural como escapada de un libro de estampas.

Estudió la fauna y la flora de la región. Realizó estudios geológicos profundos y meditados. Llegó a conocer los caudales subterráneos de agua sulfurosa más importantes y levantó planos de las filtraciones de vapor maligno que éstas implicaban y que tanta influencia tenían en el comportamiento psíquico de los indígenas.

En una campana de vidrio especial analizó el vuelo del «vampiris diminutus», y estudió las circunvalaciones geométricas de sus trayectos, las cuales habría sido imposible examinar al aire libre, debido a su rapidez. Le interesaba particularmente este mamífero porque la imaginación popular lo asociaba con aquello que, según todas las apariencias, constituía su objetivo científico. En el fondo, Montpalau sabía

que las convicciones del pueblo, desbrozadas de la mítica fantasía inherente, tenían siempre una explicación. Por ese motivo —siempre dentro de un metódico criticismo— se preparaba para cualquier eventualidad, documentándose en el famoso *Tratado de Generación*, en el *Philinion*, de Collin de Plancy, y en la *Dissertation sur les apparitions des anges, des démons et des esprits et sur les revenants et vampires*, del monje Calmet, aprobado por la Sorbona.

Analizó la leyenda balcánica según la cual, así como el agua oculta influye en los seres vivos, de la misma manera un cadáver enterrado actúa en el mundo exterior. La vida vegetal impide que la sangre del difunto se coagule. El sonrosado de las mejillas es como una flor de la muerte que brota como residuo de vida. Su acción sobre los seres vivos se explica porque los vasos capilares del difunto desarrollan un exceso de energía. La vida vegetal, que parecía anulada, reaparece con vigor. El cadáver, no obstante, una vez entra en relación con su víctima, produce en ella un efecto contrario, tal como el imán determina en el hierro la existencia de un polo opuesto. Se establece una acción nerviosa, ejercida a distancia entre el vampiro y el enfermo. Mientras el primero no ha entrado en el período de descomposición, el virus que había busca un organismo que esté en relación armónica con él, para comunicarle el propio contagio. Del mismo modo que el metal enterrado y el agua subterránea buscan la luz, aquél que viva su vida vegetal busca, por encima de todo, la manera de remover vínculos tan queridos. Entonces, el hombre vivo es poseído por la muerte.

Montpalau verificó todas estas cuestiones contra reloj, ya que su intención era partir inmediatamente. Había desarrollado una actividad vertiginosa de comprobación y montaje de las hipótesis más estrafalarias, como referencia marginal a su actividad futura. Novau, que se hallaba muy excitado, manifestó a su pariente el deseo de acompañarle en aquella aventura. Los nuevos aires le probarían. También Amadeo, el cochero, a quien Montpalau utilizaba a menudo como alumno

paciente y forzado en sus monólogos solitarios, y a quien había conseguido inculcar un religioso amor a la Ciencia, manifestó su entusiasmo por la expedición. Lo contó en seguida a la cocinera, y ésta, a su vez, a la totalidad del servicio. Por la noche, mientras mondaba un muslo de pollo que aquélla le había ofrecido delicadamente, vio, en los ojos de sus compañeros, un deferente y admirativo respeto, que le produjo una sensación deliciosa. Había ascendido algunos escalones en la jerarquía social.

Nuestro protagonista, por último, visitó a su amigo el capitán general, barón de Meer. Este, que conocía el asunto que llevaba entre manos Montpalau, le facilitó un salvoconducto especial para todo el Principado. Sostuvieron una larga conversación reservada, encerrados en el despacho de Capitanía. Al despedirse, le deseó buena suerte.

Cuando salía contempló un extraño espectáculo. Unos gitanos húngaros, vestidos con trajes chillones y pintorescos, hacían bailar, al compás de un pandero, a un oso negro y a una cabra de cuernos torturados y enormes. La percusión, repetida y monótona, producía un efecto enervante. La gente, rodeándolos en círculo, contemplaba las evoluciones lentas y sin gracia del plantígrado. No sabía exactamente por qué, pero tuvo la impresión de que la cabra fantástica le miraba con particular insistencia. Le pareció una mirada conocida.

Montpalau decidió partir cuanto antes, es decir, a la mañana siguiente, hacia Pratdip.

SEGUNDA PARTE

I

El itinerario de Mr. de Laborde

Se sale de Barcelona por la puerta de San Antonio, y después de atravesar un campo de cultivo, se deja la mar a la izquierda, para seguir un camino bien trazado, ancho, con frondosos árboles, que dejan entrever, a cada lado, diversos pueblos: Sants, San Baudilio, Sarriá, San Justo y Esplugas. Se llega a Hospitalet y, seguidamente, a San Feliu. Este último es grande y muy poblado, y se cruza por él, a todo lo largo, por una hermosa calle de casas de buen ver. A poca distancia aparece, a la derecha, el pueblo de Molins de Rey; muy pronto se llega al Hostal del mismo nombre; de allí, por una corta avenida de árboles, se encuentra el puente de Molins de Rey, bajo el cual pasa el río Llobregat. Este puente, construido no hace mucho tiempo, es muy sólido, aunque un poco chapucero, y tiene, a cada lado, una acera para la gente que va a pie. Se sale por una avenida parecida a la anterior, al final de la cual, a la izquierda, hay un camino que conduce a Tarragona y a Valencia.

Esta es la descripción que de la salida y afueras de Barcelona hace el gran viajero Alejandro de Laborde, autor del *Itinéraire descriptif de l'Espagne*, obra en que, después de presentar al lector una visión de las diferentes ramas de la administración de la industria de este reino, recomienda especialmente una cosa. «Il est nécéssaire cependant —dice— d'être bien armé en voyageant en Espagne.» El libro obtuvo un gran éxito entre las clases cultas de toda Europa, y en el año 1809 fue preciso publicar una segunda edición.

El polvo era de una calidad inmejorable. Se filtraba por todas partes y se aferraba a la garganta de nuestros amigos. El joven naturalista en compañía de su pariente, el capitán de fragata Isidro Novau, que había asumido el cargo de intendente general de la expedición, siguió el consejo de monsieur de Laborde, y había cargado, junto con el equipaje, y aparte de las pistolas de costumbre, tres magníficos fusiles ingleses, por estrenar, bien engrasados. Además, impresionado por la leyenda balcánica de los vampiros, había comprado en Barcelona diez gruesas de espejos pequeños y cruces pectorales; y se disponía, además, a hacer provisión, al pasar por Villafranca, de la mayor cantidad posible de ajos, siendo como era esta villa, junto con la de Bañolas, el mercado más importante y variado de esta liliácea.

Se internaron por extensos pinares, camino del Ordal. El aire era perfumado. Los pinos tenían un color verde oscuro y ascendían suavemente por las laderas de las montañas. Alguna vez aparecía la roca desnuda, como partida por un fenomenal cuchillo, o un corrimiento de tierras ocasionado quién sabe cuándo, probablemente en época remota, por fenómenos geológicos. Hasta poco antes habían tenido por compañía, visto desde diferentes ángulos visuales, el imponente macizo de Montserrat, del cual decía Alejandro de Laborde, invocando a Humboldt, que era de destacar por «la composition, la conformation, l'arrangement et la position des roches dont elle est couverte. C'est un composé de pierres calcaires, de sable, et d'autres cailloux unis ensemble avec un mortier, et formant l'espèce d'agglomeration connue des naturalistes sous le nom de *pouding*».

Habían dejado atrás el villorrio de la Palma y las ventas del Xipreret y del Lledoner, y subían la cuesta del Ordal. La marcha seguía siendo velocísima, y Novau, que se sentía alegre, como siempre que salía al campo, agitaba su pañuelo cada vez que pasaban por delante de una casa de campo o se cruzaba con gente.

—La naturaleza es buena —dijo—. ¡Viva la naturaleza!

La marcha había disminuido ahora sensiblemente. El camino serpenteaba y se abría paso con esfuerzo en el terreno abrupto y solitario. Aparecían rocas de aspecto granítico y riscos de peligrosa verticalidad. Las caballerías sudaban, bajo el sol, y la piel de los animales brillaba, lustrosa y elástica. Montpalau se apoyaba, con su bastón de puño plateado, en el fondo del carruaje, y contemplaba la extraña configuración de la comarca. Pensaba en un montón de cosas diversas, sobre las cuales se destacaba la «avutarda géminis», desconocida e indeterminada, que a veces se confundía con un ser extraño, deforme y monstruoso. Eludía cuidadosamente su nombre, con disgusto.

Llegaron, por fin, a la cima más alta de la cordillera, desde donde se veía allá, entre la colina, la ciudad condal. Se detuvieron en la Hostería Nueva, donde abrevaron los caballos y comieron sequillos mojados en vino rancio. Unos carreteros que había sentados maldecían como desaforados.

La ruta se hizo un tanto más cómoda, y el paisaje mucho más amable. En Villafranca, Novau compró ristras de ajos en gran cantidad, que cargaron en la baca. Sobrevino algo insólito, absolutamente imposible de precisar: como una tirantez deslumbrante y cegadora, al esparcirse el olor penetrante de las liliáceas. Antonio de Montpalau aprovechó la mercantil ocupación de su pariente para dar una vuelta por la villa, que era plaza fuerte y contaba con gobernador militar, alcalde, ocho concejales, una iglesia parroquial, tres conventos de frailes y uno de monjas. Visitó el altar de la capilla de la Virgen de los Dolores, que era muy famoso en toda la comarca. Contó hasta doce fábricas de aguardiente. El caballero de Laborde opinaba que la villa había sido fundada por el general cartaginés Amílcar Barca, quien le dio el nombre de Carthago Vetus, por su condición de primera colonia cartaginesa en la península.

Almorzaron opíparamente en la fonda del Beco, y prosiguieron después el viaje. Les entró un gran sopor, a causa de la lenta digestión, que les duró hasta mediada ya la tarde.

Atravesaron grandes extensiones de terreno cubiertas de viñedos. El sol, en su curva descendente hacia el horizonte, tocaba al sesgo los graciosos pámpanos, y los racimos se doraban delicadamente. Eran unos pequeños granos sedosos que concentraban la dulzura de la tierra. La mirada se perdía en la vasta extensión de cepas torturadas, cargadas generosamente. De tanto en tanto pasaba un carro por un camino vecinal, o una espiral de humo imprecisa se elevaba tenue, distante e ingrávida. Se respiraba una paz dulce y tranquila, amorosamente aferrada a la tierra. El aire parecía encantado. La carretera estaba protegida por una doble hilera de plátanos enormes, cuyo follaje, de tan espeso, construía idealmente una bóveda de cañón. A veces pasaban junto a una acequia de agua intensamente oscura, con alguna hoja que flotaba en la superficie y aquellos insectos nadadores que los payeses, no se sabe por qué, llaman tejedores. Entonces, las ranas enmudecían súbitamente, y cuando se aproximaba el rumor de las caballerías, se zambullían rápidamente en el agua, con un leve y rápido chapoteo.

Pasada una revuelta de la carretera divisaron los tejados y el campanario de la iglesia de Arbós. La luz era cada vez más crepuscular. Antonio de Montpalau no consideró prudente seguir adelante en estas condiciones y determinó dar por terminada la primera etapa del viaje.

Entraron en Arbós por la puerta de Barcelona. En la hostería quedaron agradablemente impresionados por la extremada limpieza que el ama, una muchacha de buen ver llamada Pepita Freixes, imponía en todas partes. Eligieron las habitaciones y charlaron un rato con Pepita, que era de trato amable y educado. Pepita les hizo mil cumplidos y les sirvió un cordial, muy estimulante y eficaz después de un día de viaje, confiándoles que lo preparaba según una receta secreta que heredó de su madre, que en el cielo esté.

Para ganar un poco de tiempo y despertar el apetito, los dos jóvenes salieron a estirar las piernas por las calles del pueblo. Era éste limpio y pulcro, con las casas pintadas con

una cal blanquísima. Quedaron sorprendidos por la gran abundancia del elemento femenino. Las muchachas, de gran belleza todas ellas, permanecían sentadas a la puerta de sus casas haciendo encaje. Se oía un intenso e impresionante ruido de bolillos. Las encajeras hablaban unas con otras a través de la calle, y miraban sonrientes y con intencionada picardía a nuestros jóvenes y bien plantados caballeros. Estos caminaban un poco avergonzados entre tantas mujeres y, como quien no quiere la cosa, admiraban con disimulo las caras y las manos de las doncellas más bonitas. Acordaron que, si bien monsieur Alejandro de Laborde no decía nada especialmente interesante, la villa de Arbós constituía, y era necesario proclamarlo, uno de los lugares más deleitosos y encantadores del Principado, y adecuadísimo, además, para pasar, sin prisas, unos días de desahogado reposo.

Desgraciadamente, nuestros amigos no podían disponer del tiempo necesario para hacer posible una temporada de plácido descanso, ya que, ésta es la verdad, iban un tanto escasos de tiempo y precisaban llegar lo más pronto posible al término de su viaje. Lamentando esta circunstancia, los dos caballeros regresaron a la hostería, mientras repicaba aún en sus oídos el ruido de los bolillos.

II

Los bandidos

Al despuntar el alba, nuestros amigos reemprendieron el viaje. El frescor matinal fue contrarrestado contundentemente, gracias a unos grandes tazones de leche humeante y unas tostadas enormes con manteca.

También, a gran distancia de allí, se había levantado, a causa del insomnio, el príncipe Lichnowsky. Aquella mañana se sentía particularmente inquieto. Dobló la manta con minuciosidad y, apoyándose en un roble frondoso, encendió un cigarro, mientras contemplaba la salida del sol. Uno de sus hombres, que estaba apostado de centinela en lo alto de una roca cubierta de musgo, vino a decirle algo al oído. El príncipe recogió el sable y, seguido de su subordinado, se internó cautelosamente en el boscaje. Se oyó el canto de una alondra.

Todo estaba silencioso. Los caballos, sin embargo, relinchaban nerviosamente. Amadeo hacia grandes esfuerzos para dominarlos. En aquel momento, Montpalau sacó la cabeza por la ventanilla y preguntó si sucedía algo anormal. Apenas se veía a cuatro pasos de distancia, ya que la oscuridad de la noche comenzaba entonces a ser vencida por la luz. Sólo se oía el relincho de los caballos y su trote alborotado. Novau montó las pistolas.

Habían atravesado el Gornal, por debajo de la pintoresca casa llamada de las Niñas, y se hallaban a medio camino de Bellvei. El paraje era solitario, y a aquella hora de la mañana parecía realmente un desierto. Comenzó a distinguirse el

contorno de las cosas, que salían lentamente, indecisas, como de una guarida subterránea. Súbitamente, se oyó un grito, y, acto seguido, unos cuantos disparos, intensamente luminosos, hechos desde un bosquecillo raquítico.

Por puro instinto, Amadeo fustigó los caballos, que emprendieron veloz carrera. No cabía duda alguna de que les perseguían, ya que, muy pronto, distinguieron a diez o doce jinetes que cabalgaban tras el carruaje. Entretanto se había hecho de día, y pudieron contemplar, claramente, un pelotón de gente armada que avanzaba al galope. Por no ir uniformados, una cosa parecía segura: que no se hallaban ante fuerzas gubernamentales, y que, en el mejor de los casos, podía tratarse de fuerzas carlistas, aunque por su aspecto más bien hacían pensar en el vulgar bandidaje. Antonio de Montpalau y su valeroso pariente no dudaron ni un instante. Comenzaron a disparar sus pistolas, alternativamente desde cada ventanilla del carruaje, con lo cual produjeron una cierta confusión entre los atacantes, los cuales, con toda evidencia, no esperaban una réplica tan decidida.

El hombre se forja en la batalla y en el amor. La batalla ha de ser justa; el amor ha de ser puro. Sin estas condiciones, la virilidad naufraga en la abyección y en el remordimiento. El príncipe Lichnowsky meditaba en estas cuestiones de tan alta nobleza, y veía pasar, ante sus ojos, cabalgadas de nubes en cielos conocidos, sobre tierras amadas tiernamente, muy próximas a su corazón; pero, de hecho, absurdamente lejanas e irreales. Aquella mañana, el príncipe se sentía intranquilo y percibía una vaga certeza de que se acercaba algún acontecimiento, no sabía de dónde: algo que su caballeresco impulso y su alma reprobaban. Lichnowsky había sido educado bajo inflexibles ideales de dura milicia en el castillo principesco de Graetz.

El carruaje avanzaba vertiginoso. Inesperadamente, un carro de heno, atravesado en la carretera, apareció obstaculizando el paso de los fugitivos. Amadeo, sin perder la serenidad, condujo a los caballos fuera de la carretera, campo

a través. Montpalau, entre disparo y disparo ordenó a Amadeo que encaminase el carruaje hacia una colina que había a la derecha. Allí opondrían una defensa en toda regla.

En efecto; una vez llegados a la posición indicada por Montpalau, y armados de los fusiles ingleses de gran precisión, determinaron organizarse según las reglas del mariscal Vauban. Amadeo subió al techo del carruaje, y se instaló detrás de las ristras de ajos; Novau lo hizo entre las ruedas del coche; y nuestro protagonista conservó su posición, en la ventanilla. Establecidas tres líneas de fuego, la situación de los atacantes se hacía un tanto incómoda, ya que el entrecruzamiento de los disparos resultaba, naturalmente, muy eficaz.

Después de una carga infructuosa, que fue contenida por la alta precisión del fuego de nuestros amigos, los desconocidos perseguidores cambiaron de táctica. Descabalgaron y tomaron asimismo posiciones de tiro, alrededor del carruaje, pero a prudente distancia de éste.

Esto no le hizo ninguna gracia a Antonio de Montpalau, por considerar que, de esta manera, adoptando el enemigo una táctica de posiciones, lo mismo se podían pasar allí diez minutos como diez días, cosa naturalmente nada apetecible, dadas las propias circunstancias. Lo ideal habría sido que, ante una resistencia tan bien organizada, el enemigo se hubiese retirado —en orden, si queréis— y abandonado el primitivo proyecto de captura. Cualquier otra cosa no favorecía en absoluto la crítica situación de la defensa.

Tal como había previsto nuestro héroe, al cabo de seis horas la situación no había variado. Es decir, había empeorado. Amadeo gritó que se le acababan las municiones. Novau lanzó un juramento, ya que la forzada y violenta actitud entre las ruedas le producía un entumecimiento en todo el cuerpo y otras molestias menos considerables. Montpalau se preguntaba si no sería mejor intentar, en último extremo, una salida a la

descubierta, a la desesperada. Todo, menos ser cazado como una rata.

Cuando parecía que la fortuna abandonaba a nuestros amigos, se oyó, de improviso, el sonido estridente de un clarín de guerra. Casi simultáneamente, una descarga cerrada dejó despavoridos a los asediantes de la improvisada fortaleza. Detrás de éstos, desde la carretera, avanzaba en formación de combate un batallón de infantería de la reina, encabezado por un valiente brigadier. Los asediantes se vieron cogidos entre dos fuegos; y si bien al principio se dispusieron a resistir, desistieron muy pronto de su intento, ya que el oficial que mandaba la tropa nacional, haciendo una demostración de habilidad y de valor, con seguridad y con orden, en un despliegue arrollador, se disponía a interceptar el único camino por el que podían huir. En vista de esto, los desconocidos agresores montaron sobre sus caballos, que habían permanecido al abrigo de una roca de carácter calcáreo, y emprendieron una desordenada y vergonzosa fuga.

Entusiasmados, Montpalau y sus compañeros vitorearon, puestos en pie, a la tropa, y corrieron a abrazar luego al valeroso caudillo que los había salvado de una muerte cierta. Desde una suave cañada, en el lado opuesto a aquel por el cual habían huido los agresores, un jinete solitario contemplaba la escena.

Un suspiro de alivio, como una mariposa, como una brizna que se deshace, rodó, sin localización posible. El príncipe montó a caballo. Se sentía seguro, como siempre, otra vez. Una rama de pino osciló imperceptiblemente, mientras una ardilla, de nerviosos movimientos, roía un piñón. Ascendió un fuerte olor a tierra mojada.

Nuestros amigos fueron conducidos a Vendrell, villa fortificada, donde se alojaron en el cuartel de la Milicia Nacional. Se les trató solícitamente, haciendo honor a las circunstancias, y el alcalde pronunció un discurso de tono liberal muy subido. Antonio de Montpalau declaró que

ignoraba la filiación de los misteriosos agresores. Le pareció encontrar, sin embargo, una cierta relación, en cuanto al método de ataque imprevisto, con el absurdo atentado de Gracia.

Hablando con el brigadier que les había salvado la vida, Antonio de Montpalau le preguntó si creía que las fuerzas que les habían atacado eran carlistas.

—De ningún modo —respondió éste—. Yo combato a los carlistas por convicción y por profesión. Un ataque al elementó civil es, según el convenio de Eliot, un acto de bandidaje. No olviden, de todos modos, que algunos bandidos se hacen pasar por carlistas.

Continuaron charlando un rato. Las emociones del día, sin embargo, habían sido muy fuertes, y como a la mañana siguiente debían proseguir el viaje, Montpalau decidió retirarse a descansar.

Se despidió del valeroso brigadier, quien partía aquella misma tarde al sitio de Ripoll. De pronto, se le ocurrió escribirle al barón de Meer, para contarle el aguerrido comportamiento del brigadier y proponerle para el ascenso al grado inmediato superior.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó Montpalau—. Es, no hace falta decirlo, para recordarlo siempre, con inextinguible agradecimiento.

—Juan Prim y Prats —respondió el brigadier, al tiempo que saludaba, cuadrándose militarmente.

Aquella noche, Montpalau y sus amigos añoraron el maravilloso cordial de Pepita Freixes, la hostelera de Arbós.

III

Camino de la aventura

Lucía un sol radiante. *El Joven Observador*, sin embargo, que estaba de mal talante, publicó la siguiente alocución:

«Catalanes: La usurpación, convencida de su impotencia y de su próxima muerte, infamante por principio, vil y cobarde por necesidad, en vez de implorar la clemencia de nuestro amado soberano, se ha valido del absurdo medio de la intriga para tratar de sembrar el desconcierto y la vacilación entre nosotros.

»Ha llegado a oídos de esta Real Junta el singular comportamiento de un pretendido naturalista, muy conocido por las nefandas ideas liberales que profesa, el cual, no se sabe por qué razones científicas, pero que nosotros sospechamos, pretende infiltrarse en nuestras filas en compañía de otro personaje y de un criado. Esta corporación, pues, llena del generoso orgullo de ser portavoz vuestro, admiradora de vuestras heroicas virtudes y nunca desmentida lealtad, va a confundir a estos malvados, para demostrarles que en vuestros heroicos pechos no se albergan más que dos altares: Dios y el rey. Adoptará, a este fin, las medidas necesarias. Esta Real Junta os lo participa, confiando en vuestra depurada fidelidad. Catalanes: sus miembros, orgullosos de haber nacido en este país, donde por todas partes brotan laureles que florecen continuamente regados por vuestra heroica sangre, determinados a triunfar o morir con vosotros, seguros que haréis justicia a la pureza de sus sentimientos, denuncian tales maquinaciones que llevan en su seno el sello de la

desesperación. El noble carácter catalán que los anima no responde sino con compasivo menosprecio a tales intenciones desaforadas. La Real Junta de Berga.»

A continuación, como desagravio a las malas intenciones de Antonio de Montpalau —porque de él se trataba, como ha adivinado sin duda el curioso lector—, *El Joven Observador* insertaba el siguiente exaltado:

SONETO

Salve, salve, Monarca idolatrado:

Viva Carlos el grande, el victorioso;

Tu ejército valiente y animoso

Con su sangre tu solio ha cimentado.

El pérfido sectario había osado

Contra ti levantarse presuntuoso;

Pero ya en este día glorioso

Le vemos confundido y aterrado.

Grabe en bronces y mármoles la historia

Los hechos del combate memorable

Que la suerte de España ha decidido;

Y ciñendo el laurel de la victoria,

¡Vuela a Madrid, Monarca incomparable!

Del amor de tu pueblo precedido.

Ignorando la precedente y funesta diatriba que contra él y sus acompañantes había fulminado la Junta de Berga, Antonio de Montpalau, después de haberse rehecho en Vendrell de la emocionante aventura del día anterior, se paseaba con Novau por las calles de Tarragona, con la saludable intención de visitar, aunque fuese sólo de pasada, la famosa catedral, puesto que ya habían perdido un día en experiencias bélicas, y el tiempo pasaba volando. Por cierto que, al pasar por Altafulla,

Montpalau dedicó unos momentos a rendir homenaje a la memoria de Martí Ardenya, científico eximio, hijo ilustre de la villa.

Monsieur Alejandro de Laborde no se mostraba particularmente sensible a las bellezas de Tarragona y a su catedral, y en su estimable itinerario solamente parecía fijarse en el lado desfavorable, tal como es ahora: calles estrechas, suciedad, falta total de avenidas, malas fondas, casas feas y desastradas, etc. La misma catedral le parecía basta, sin carácter y absolutamente risible, si se la comparaba con las francesas.

Nuestro joven naturalista no compartía esta opinión, y contemplaba, arrobado, las afiligranadas bellezas de aquel arte tan singular. Dieron una vuelta por las enormes naves silenciosas y admiraron la grandiosidad del retablo de Santa Tecla, del más puro alabastro. También calibró Montpalau, con ojo de experto, la fastuosidad del sepulcro de aquel arzobispo de que hablaba el padre Gil, D. Antonio Agustí, legado pontificio. Cuando iban a salir del claustro, nuestros amigos oyeron, como si viniese de algún rincón del ábside, un curioso soplido: ¡chuuut, chuuut! Al volverse vieron una lechuza gigantesca, inmóvil, posada en una cornisa del cimborrio, que los examinaba inexpresiva.

Abandonaron la catedral conmovidos por la grandeza de nuestro pasado histórico. Montpalau tuvo la delicadeza de copiar la inscripción de una lápida que se hallaba incrustada en un muro, para enviarla a Bartolomé Garriga:

C. AEMILIO. C. F.
GAL. ANTONIANO
AEDIL. II. VIRO
FLAMINI
AEMILIAE. C. F.
OPTATAE. AN. XVI

El sol hacía salir el color de miel de las piedras. La casa de Pilatos se alzaba majestuosa, junto al mar. El mármol y el

ciprés daban, como siempre, una amplitud clásica. Montpalau pensaba en nuestros eruditos del siglo XVIII.

Abandonaron la imperial Tarraco, dirigiéndose hacia Reus. Monsieur Alejandro de Laborde, que seguía su itinerario hacia el sur, con dirección a Valencia, se despidió de nuestros caballeros ceremoniosamente. Pronto llegaría a Cambrils y a Hospitalet del Infante, para ponerse a criticar sus mesones.

Reus les impresionó, ya desde lejos, por el agradable perfume de avellana tostada. Pasaron por delante de la iglesia de San Pedro, y observaron la gran cantidad de tiendas de cereales. Montpalau tenía en Reus un gran amigo, José Veciana y Sardá, corresponsal de la Academia de Ciencias, hombre de unos sesenta años, viudo y con dos hijas. Poseía una hermosa casa con jardín, puesta con un gusto exquisito. Convidó a almorzar a los dos caballeros.

A la hora de los postres —es decir, a la una en punto—, las hijas de Veciana cantaron a dúo *Il bacio furtivo* y *La lacrima grossa*, con voz modulada y acento patético. A la mayor, Úrsula, la cortejaba un capitán del cuerpo de cazadores de guarnición en Reus; Carmencita, la más pequeña, estaba por merecer.

Los dos caballeros alabaron la belleza y educación de las doncellas, y cumplimentaron a Veciana, a quien la Providencia había favorecido en tan alto grado. Después de un rato de agradable conversación, preguntaron por la ruta más apropiada para Pratdip.

—Pratdip, según mis referencias, es el país del «aconitum lycoctonum», llamado vulgarmente «ahogalobos» —respondió Veciana—. La ruta más directa es la que pasa por Montroig. Pero no se lo aconsejo de ninguna manera, ya que es el teatro de operaciones del nefasto «Llarg de Copons».

—¡Caramba! —exclamó Montpalau—. ¿Y qué ruta conviene pues que sigamos?

—Indudablemente, la de Falset. Dadas las circunstancias que se dan en todo el territorio, les conviene viajar desplazándose de plaza fuerte en plaza fuerte. De otro modo se expondrán a caer en manos sanguinarias. Darán, naturalmente, un poco de vuelta; pero es más seguro.

Montpalau aprobó el prudente itinerario de Veciana, dado que la última experiencia le había escarmentado.

Siguieron todavía conversando un rato con el corresponsal de la Academia de Ciencias. Era una persona realmente encantadora. Finalmente partieron hacia Falset.

Falset es la capital del Priorato. Enclavada entre montañas agrestes, constituía, por su situación, un punto estratégico de primer orden. Fortificada, y con una guarnición aguerrida, era considerado por las partidas carlistas como invulnerable.

El crepúsculo se introducía ya en Falset, la inexpugnable, y en sus casas de aspecto señorial, en las tabernas, en las pequeñas y sonoras herrerías, cuando nuestros amigos penetraban en sus calles estrechas y mal iluminadas. Hicieron la obligada visita al comandante de la guarnición, con el salvoconducto a punto; y se disponían a reparar sus ya exhaustas fuerzas en la primera hostería que encontrasen, cuando se presentó un mensajero de la baronesa de Urpí.

Sin duda, la baronesa, sabedora por su hermano, el marqués de La Gralla, de la ida de Montpalau para investigar los misteriosos acontecimientos de Pratdip, había enviado a su mayoral a esperarlos a Falset, lugar por donde la baronesa suponía habrían de pasar en su rodeo, puesto que, como había dicho Veciana, por allí pasaba la ruta más segura.

El mayoral era hombre alto, flaco, de pocas palabras. Vestía de negro y tenía un aspecto lúgubre. Explicó que haciendo el viaje de noche llegarían a Pratdip de madrugada. La baronesa necesitaba mucho de su presencia y estaba preparada para recibirlos a esta hora.

Resignadamente, Montpalau accedió. Le pareció poco delicado contradecir los deseos de una baronesa angustiada y en peligro.

IV

Pratdip

Pratdip es un pueblecito situado en una zona de grandes montañas salvajes, cubiertas de extensos pinares perfumados y con rapidísimas corrientes de agua helada. Grandes peñascos grises, de carácter granítico, contrastan con las escasas franjas de tierra roja y fecunda, donde el campesino se afana en la labranza. La riqueza del país es, sin embargo, la cabra que trisca, valiente y decidida, y en ella misma se busca el alimento.

Un curioso naturalista de Tortosa, el caballero Cristóbal Despuig, enumeraba, en 1557, las gracias de los contornos de Pratdip.

«Allí encontraremos primeramente —decía— las más bellísimas aguas de fuentes clarísimas y frígidísimas que hay en el mundo, y hay una especialmente que es la fuente Cenicienta de tan extraña naturaleza que es para espantar y es que los viernes o sábado de cada semana mana un agua tan turbia y tan cenicienta que parece que la hayan removido dentro de una caldera de ceniza y todos los otros días la mana clara como el sol: allí se encuentran la mayor parte de las hierbas que han menester los boticarios, allí son las flores montañesas odoríferas en una cosa infinita, allí frutas silvestres de muchas clases y hasta castañas no faltan.

»Los árboles y arbustos que allí se crían son cosa brava: primeramente pino verde, pino común, roble, carrasca, granado silvestre y éste es muy singular para sillas, haya, tejo,

boj, barbadija, aladierna, madreselva, madroño, enebro, cambronera, avellano, acebo, del que se hace la liga, fresno, enebro y sabina; por otra parte es montaña tan abundante, que produce mil otros regalos especialmente setas, son allí una cosa admirable y de tantas maneras que es cosa que parece no se pueda creer, y hay robellones, hongos pimenteros, setas blancas, setas pardas, clavarias, todas éstas son buenísimas de comer, hay también otras que no son buenas para comer, más para otras cosas son buenas, porque no falta ningún género de setas, allí se encuentra buen jazmín mucho y muy bueno, azabache, mercurio y mina de hierro.

»Críanse también en aquella montaña como he dicho muchos animales salvajes más de los que hay aquí abajo como son cerdos salvajes, ciervos, cabras montesas, garduñas, tejones, linces, ardillas, conejos, liebres, lobos y raposas, también crían allí muchos géneros de aves de rapiña como son águilas caudales y de otras clases, halcones, azores, ni falta tampoco pesca de truchas, de anguilas, de barbos, de bogas. Allí hay minas de oro y de plata, en una partida de este término que se llama el valle del Cojo se encuentran piedras preciosas como son rubíes, esmeraldas, jacintos y granates.»

Pratdip se encuentra, pues, en medio de esta orgía de setas, perdices, lechugas y esmeraldas, encumbrada en la ladera de una montaña y coronada por un castillo en ruinas. Grandes prados se extienden a sus pies, circunstancia que debió influir en el nombre de la villa, y los alrededores son de un extremado verdor. El verde domina: verde tierno, verde manzana, verde ceniciento, verde intenso, verde de verdolaga fresca, verde pensativo, verde aborrascado, verde de dip, etc. Hay un gran lavadero comunal de aguas verdes y, a la entrada del pueblo, una majestuosa fuente de múltiples bocas dispensa una melodiosa y refrescante maravilla, verde y fría.

El pueblecito es muy pequeño; entrando por la carretera, lo primero que destaca, aparte del castillo, es una gran casa de piedra noble, residencia —digámoslo así— moderna de los barones de Urpí, ya que el castillo fue abandonado en el siglo

XVI. A medida que uno se aproxima a Pratdip se va haciendo más patente un gran clamor de aves de corral. El cacareo es constante. Y una nube de plumón flota por encima de las casas.

El carruaje de Antonio de Montpalau avanzaba, a marchas forzadas, por el fondo de valles húmedos y profundos, o haciendo la circunvalación en espiral de altivas montañas, en pos del objetivo último del viaje. Al lado de Amadeo, el mayoral de la baronesa de Urpí permanecía sentado, silencioso y hierático, con los brazos cruzados sobre el pecho. En el interior, los dos caballeros descabezaban un sueño ligero, lleno de sobresaltos.

A la salida de Falset, Novau había tenido la precaución de pelar una ristra de ajos, y, una vez comprobado el olor, la ató de tal forma que circundase el carruaje, protegiéndolo. Sea por este motivo o por mera casualidad, una docena de murciélagos de los grandes volaban nerviosamente alrededor, pero fuera del alcance de los ajos, ensordeciendo con sus gritos satánicos y dando obstinada escolta a nuestros amigos, hasta la madrugada, cuando ya se divisaba Pratdip.

Atravesaron el cerco amurallado de la villa, la cual presentaba un aspecto de gran desolación. Grupos de mujeres enlutadas rezaban en voz alta por las calles. En las ventanas podían verse ramos de verdolaga, totalmente marchitos. Una procesión, con cirios encendidos, serpenteaba, lenta, de retiro hacia la iglesia. De tanto en tanto un crespón negro volandeaba desde el picador de la puerta. La muerte se había enseñoreado de aquel conglomerado de cadáveres vivientes, aquella tierra empapada de lágrimas.

Cruzaron una gran portalada de piedra. El melancólico mayoral saltó a tierra y los precedió subiendo por una amplia escalera con barandas de madera torneadas. Cuatro o cinco sirvientes salieron a recibirlos con una sonrisa triste en los labios. Llegaron por fin a una gran sala, muertos de sueño, y se desplomaron en un sofá.

Novau bostezaba continuamente. Al poco rato se abrió una puerta y entró la baronesa, seguida de su hija.

Los dos caballeros besaron la mano de la baronesa. Era una dama de facciones aristocráticas, de unos cincuenta años, muy afable. Hablaba con gran personalidad. Su hija era de una belleza extraordinaria, morena y vivaz, y daba la impresión de ser el brazo derecho de su madre, por la energía y autoridad que irradiaban de su persona.

—Estimados caballeros —dijo la baronesa de Urpí—, les presento a mi hija Inés. Estoy muy contenta y agradecida por el interés que han demostrado por este lamentable estado de cosas. Perdonen mí impaciencia en hacerles venir. No podía, sin embargo, dejar de solicitar el concurso de un hombre de ciencia tan notable como usted, querido Montpalau. Más tarde hablaremos de todas estas cosas. Ahora es preciso que descansen. Mi hija los acompañará.

Los dos caballeros se inclinaron profundamente ante la dama.

Inés los condujo a las habitaciones que les habían sido preparadas. Recorrieron largos y amplios corredores, con arcones de novia arrimados a las paredes; subieron unos escalones, y dejaron a Novau en una habitación confortable. Siguieron luego por el corredor, torcieron a la derecha y descendieron tres escalones más. Por las ventanas entraba un sol deslumbrante. Una voz infantil cantaba afuera:

—Doncellita Inés:

¿queréis ser robada?

—Robada seré

si el galán me agrada.

Montpalau disimuló. Inés le miró con curiosidad. Tenía una mirada profunda y acariciadora, dulce e inmóvil. Montpalau se sintió un poco desconcertado.

El «áurea picuda» pareció iniciar un canto inefable: el comienzo solamente. Cantaba en una escala totalmente inaudible a los oídos humanos. No obstante, una reminiscencia de sombra monstruosamente descompuesta captó la silenciosa melodía. Se estremeció. Acabó por disolverse en el aire fresco de la mañana, en la pureza de un aroma silvestre.

Inés deseó un buen reposo a nuestro naturalista. Cuando cerró la puerta, éste permaneció unos momentos pensativo.

V

La defensa táctico-científica

El marqués de La Gralla estaba impaciente. Esperaba con afán noticias de Pratdip: de su hermana o de Montpalau. Aventuraba hipótesis sobre los extraños acontecimientos y sentía una morbosa preferencia por las soluciones fantásticas. Podríamos decir que era una preferencia subconsciente, ya que, de manera oficial, se veía obligado a defender puntos de vista racionalistas, muy de acuerdo con la ciencia que profesaba y con la opinión de sus sabios colegas. En diversas ocasiones, los había convocado, e iniciado conjuntamente la formulación de arriesgadas teorías sobre física no experimental; y las discusiones, como se acostumbra en semejantes casos, degeneran en verdaderas batallas dialécticas, en las cuales se ponían de manifiesto el carácter irascible de Bartolomé Garriga y el mal humor perpetuo de Segismundo Ferrer. La tertulia del marqués de La Gralla era como una bomba próxima a estallar, cuya mecha había encendido entre vapores de azufre, la mano del desconocido vampiro de Pratdip. Esta bomba, si no se le ponía remedio, se proyectaría con violencia en infinitos y mortíferos fragmentos matemático-botánicos, teológico-físicos, médico-musicales y otras combinaciones científicas y metafísicas, destruiría el armónico equilibrio establecido desde hacía tantos años por la aristocrática autoridad del marqués de La Gralla y la diplomática moderación de Antonio de Montpalau.

Hasta aquí, la situación en Barcelona. En Pratdip, nuestro protagonista desplegaba una actividad altamente elogiable.

Después de comer, luego de haber descansado durante toda la mañana, convocó una reunión de las fuerzas vivas del pueblo, bajo la presidencia de la baronesa, y les expuso, con prolijidad de detalles, la posibilidad, no comprobada científicamente, de la existencia del vampiro. Hizo resaltar la extraña anomalía que suponía la presencia (aunque solamente fuese en el estricto campo de la leyenda) de uno de estos seres en nuestro país, ya que el vampiro (y forzosamente había que identificar al vampiro con el dip, dada la similitud de sus actividades) parecía integrado en el patrimonio exclusivo de los pueblos balcánicos, siendo como era éste el primer caso que se registraba, no solamente en Cataluña, sino en España, de la venida de este ser inclasificado. Afirmó que, aunque la ciencia no hubiese hallado una explicación verosímil a la naturaleza desconcertante del vampiro, por la sencilla razón de que, hasta el presente, ningún científico había visto nunca ninguno, ahora, él, Antonio de Montpalau, el más modesto de los miembros de la Real Academia de Ciencias, estaba dispuesto, si es que realmente existía, a aprovechar la oportunidad única que se le presentaba y, por lo tanto, localizarlo, estudiarlo y destruirlo con todas las garantías científicas o, en caso contrario, proclamar su inexistencia a los cuatro vientos como un simple fruto de la imaginación poética de los pueblos, y explicar sus mortíferos efectos de manera racional, ligándolos a una causa empírica, que ahora, naturalmente, se le escapaba. Continuó diciendo que la razón aconsejaba, en las presentes circunstancias, aceptar *a priori* la existencia provisional del dip y tomar las medidas necesarias de protección; y que para prevenirse contra la acción de tan singular personaje era preciso acudir a las doctrinas de los autores especializados en demonología, que ahora no era del caso explicar, y que todos debían fortalecer su espíritu en la creencia de que pronto cesaría aquel estado de cosas. Para conseguirlo, él había ya forjado un plan, que por ahora mantenía en secreto, y, en tanto no llegase la hora de ponerlo en práctica, era necesario emplear la técnica protectora del ajo, la cruz pectoral, el perejil y el espejo, aparte de la verdolaga, que ya había observado se

usaba con constancia en Pratdip. Estas medidas servirían, de momento, para contrarrestar la acción del vampiro. El y su primo y ayudante Isidro de Novau enseñarían más tarde a la población las peculiaridades de la manera de usar estos antídotos. Acabó, por fin, su peroración exhortando a los presentes a creer ciegamente en la eficacia de la Ciencia y a difundír entre los habitantes de Pratdip los principios de la defensa táctico-científica.

Fue muy felicitado. Montpalau bebió el vaso de agua que después de su discurso le trajo Inés, y, al contemplar la cara de los presentes, tuvo la impresión de que había conseguido elevar la moral y la confianza de las fuerzas vivas.

El alcalde, que tenía un curioso nombre, Magín Peuderrata, preguntó a Montpalau si creía oportuno publicar algún bando en que se diesen instrucciones complementarias.

—En efecto —respondió Montpalau—. Redacte un bando en que se diga, en sustancia, lo que acabo de manifestar, y se comunique que mañana, antes del atardecer, haré una visita de inspección por todas las casas del pueblo para estudiar su defensa. Al mismo tiempo repartiré entre los pratdipenses los antídotos que les falten y considere necesarios.

Dicho esto, Montpalau aspiró un poco de rapé que sacó de una minúscula caja de muy buen gusto. Entonces, en un punto indeterminado, pero fuera de la mansión de la baronesa, se produjo una crispación inexplicable, una ráfaga de aire airadamente comprimido, que dejaba estrías radiales, impalpables, como suspiros o lamentaciones, en el momento preciso de su nacimiento, muertos apenas se insinuaba la gravitación. Un trémolo difuso recorría o se agitaba en una esfera ideal que no tenía existencia concreta, se propagaba y, como siempre, desaparecía.

Entrada ya la tarde, nuestro celebrado naturalista se encerró en su habitación, para estudiar gruesos libros y papeles amarilleados por el tiempo. Encontró interesantes observaciones sobre el objeto de sus investigaciones en un

opúsculo publicado por el gran médico Carlos Gimbernat, titulado *Memoria sobre los Pholades o Mitylus Lithofagus* (lombrices de mar), que ponía en evidencia secretas relaciones de la vida latente de los seres. Sobre todo, sin embargo, le interesó un discurso del eximio Juan Manuel de Ferrery, naturalista vasco, miembro de la Academia Filosófica de Filadelfia y del Instituto de Ciencias de Francia, sobre la supervivencia y sus derivaciones inmediatas. La vida de este sabio fue muy intensa y emocionante, y su nombre se hallaba estrechamente ligado con el de Santa Faustina. Fue un gran viajero y desarrolló asimismo intensa actividad política. En premio a sus numerosas investigaciones y descubrimientos, el papa León XII le recompensó con el cuerpo incorrupto de la doncella y mártir santa Faustina, que trasladó, con el beneplácito del Santo Padre, desde las catacumbas de Roma a su pueblo natal, Pasajes de San Juan. Después de un determinado período en que usufructuó piadosamente la santa reliquia, Ferrery, sintiéndose viejo y próximo a emprender el viaje sin retorno, hizo donación de santa Faustina a la iglesia parroquial de su pueblo. Por este motivo es considerado como el máximo benefactor de la institución eclesiástica local, y su nombre es asociado, como hemos dicho, al de la santa. Juan Manuel de Ferrery murió en el año 1818, en Bayona de Francia, y fue enterrado posteriormente en la iglesia de Pasajes de San Juan, a pocos metros de la urna donde reposan los restos intactos de la venerada doncella virgen y mártir santa Faustina.

Debían de ser aproximadamente las seis de la tarde cuando un mayordomo vino a interrumpir las cavilaciones de nuestro joven e ilustre botánico, para decirle que la baronesa, habiendo recibido la visita de un erudito fraile dominico, estaba deseosa de presentárselo; y que, si no iba a importunarle demasiado, le esperaba en el salón.

Montpalau no se hizo rogar. Encontró a la baronesa y a la dulce Inés sentadas en el sofá, conversando con un fraile de mirada bondadosa e inteligente. Era valenciano y se llamaba

Jaime Villanueva. Iba de paso hacia el derruido monasterio de Scala Dei, con la intención de copiar los documentos referentes a aquel tan glorioso monumento. Dijo que tenía en curso de publicación una historia eclesiástica de los países catalanes, la cual ampliaría, en cierto modo, la obra del eminentísimo padre Flórez. Era un hombre digno de gran admiración.

El padre Villanueva y Montpalau se sintieron atraídos desde el principio por una mutua simpatía. Montpalau expuso al sabio historiador, a quien la baronesa había puesto ya en antecedentes, los motivos de su estancia en Pratdip.

El erudito eclesiástico se interesó vivamente por las científicas exposiciones de Montpalau y se ofreció a colaborar, desde el terreno histórico, en el esclarecimiento del enigma. Se trataba de dos métodos diferentes, pero que podían complementarse con eficacia. Quizá saldría a la luz alguna razón secreta, oculta bajo el polvo de la documentación de los archivos.

—Exacto —aprobó Montpalau—. Como ha dicho muy bien, se trata de dos métodos diferentes: la erudición actúa y se despliega por acumulación; la ciencia, por síntesis. Es preciso, pues, hallar el punto de coincidencia.

La conversación se prolongó todavía un buen rato. Inés tenía los ojos clavados en los de Montpalau. Aquella mirada le desorientaba. Le hacía tartamudear. A él, de costumbre tan seguro de sí mismo. Antonio de Montpalau intentó concentrarse en el dip, en el misterio insondable. No se quedó convencido de haberlo conseguido.

Caía la tarde. Una tenaza mordía los angustiados corazones. Se insinuaba ya el imperio de las tinieblas, la periódica derrota solar. El padre Villanueva recitó el himno de san Ambrosio:

Aeterne rerum conditor

noctem diemque qui regis

et temporum das tempora

ut elleves fastidium,

praeco dici jam sonat,

noctis profundas pervigil,

nocturna lux viantibus,

a nocte noctem segregans.

Hoc excitatus Lucifer

salvit polum calígine,

hoc omnis errorum chorus

viam nacendi deserit.

La Esperanza se centraba en el astro del día. La sepultada voz de Aurelius Ambrosius, en noble competencia con la de san Hilario de Poitiers, perfilaba el himno modélico, definitivo, de la Iglesia.

VI

El «phallus impúdicus»

Aquella noche, el vampiro produjo seis defunciones. La gente estaba desesperada. Era el momento culminante de la maléfica carrera del invisible perturbador. Perico Minosca, el cuchillero; Leopoldo Núñez, alguacil; Paulina Vinyes, la mujer del alpargatero; Pepito Aulés, el enterrador; Lucía Terradell, la partera, y Enriqueta Moles, niña de siete años, hija del recaudador de contribuciones, fueron víctimas de aquella furia succionadora y desenfrenada.

Antonio de Montpalau revisó los cadáveres. Todos aparecían sin una gota de sangre, secos como la madera y como vaciados por dentro. Era un espectáculo horrible. Fue muy duro para Montpalau contemplar la inmensa desolación de las familias de las víctimas, los llantos y las imprecaciones. No obstante, su mirada científica se concentró en los dos fatídicos agujeritos, matemáticamente redondos, que rompían la blancura del cuello de los sacrificados. No había, pues, ninguna clase de duda. La extracción de la linfa vital había sido hecha por el procedimiento del bombeo, a través de las dos limpísimas perforaciones. Sin contradicción posible, éstas habían sido producidas por dos incisivos afilados, la posesión de los cuales no estaba registrada en especie animal alguna. El vampiro, o cualquier otro que fuese el autor de tanta abominación, había obrado con perfecta meticulosidad. Era preciso actuar rápidamente.

Montpalau determinó hacer una inspección por los alrededores, ya que en el pueblo no existía ningún indicio que

pudiese revelar algo de interés. Ordenó a Amadeo que preparase el carruaje, y a las ocho de la mañana, en compañía del fidelísimo Novau, salieron de Pratdip. Como era natural, lo primero que se les ocurrió fue visitar el cementerio, situado a un tiro de fusil del pueblo. Altas hierbas crecían desordenadas, entre las tumbas del ruinoso cercado. Esculpidas en la piedra, podían leerse inscripciones funerarias alusivas a los difuntos y a sus actividades en vida. Había coronas de flores marchitas, cintas de glacé de color negro ala de mosca; y todas las cruces de hierro, sin excepción, estaban comidas por el óxido. Novau intentó abrir la reja de un panteón, cubierta de verdín, y fue sorprendido por un chirrido siniestro. Montpalau examinó, una por una, todas las tumbas, las cuales aparecieron perfectamente cerradas, intactas. No pudieron descubrir nada que no fuese normal en un cementerio pueblerino. Una alondra cantaba, posada en la rama de un algarrobo.

El aire era limpio, lavado. El perfil de los árboles se recortaba preciso contra el cielo, como después de la lluvia. Una enorme langosta saltaba cerca de una mata de hinojo. Un pájaro carpintero la examinaba atentamente desde una morera.

Caminaban ahora a la buena de Dios. Amadeo probaba caminos que abandonaba en cuanto surgía otro más prometedor. De tanto en tanto, penetraban en cuevas de aspecto tenebroso, donde debían iluminarse con hachas encendidas. Montpalau escrutaba las más efímeras anomalías: la pisada de una zorra, una hoja caída, el rastro húmedo de una babosa. Se internaron en pleno bosque, a considerable distancia del pueblo. Tenían la impresión de hallarse en un paraje no visitado nunca por nadie. Amadeo, atacado de improviso por un cólico violento, pidió licencia a Montpalau para retirarse unos momentos.

Los dos primos quedaron solos. Sentados en un tronco se pusieron a fumar plácidamente, entre el griterío de los pájaros.

—A veces me pregunto si estoy soñando —dijo Montpalau —. Todo esto es absurdo, verdaderamente quimérico.

Crujieron unas agujas de pino. Novau escupió sobre una mata de tomillo. Después miró, con curiosidad, la cara de su primo.

—Hay cosas que no puedes comprender con tu mentalidad —dijo—. Porque es evidente que algunas de ellas escapan a la ciencia. Ya te irás convenciendo.

De pronto oyeron grandes gritos y percibieron una gran agitación entre el ramaje. Apareció Amadeo con el rostro demudado por el terror. Vacilaba, y un sudor frío le bañaba la frente. Señaló un lugar impreciso del bosque, y después, con cierta dificultad, les explicó que mientras buscaba un lugar apropiado a sus necesidades, había visto, inopinadamente, un monumento al diablo. No sabía cómo expresarlo. Era algo monstruoso. Y, además, indecente.

Los dos caballeros determinaron ver de qué se trataba. Siguieron a Amadeo, con gran serenidad, y cuando se hallaban a algunos centenares de pasos del punto de partida, pudieron contemplar, con ojos atónitos, una enorme seta, de más de dos metros de altura, con la forma descarada y realista de un miembro genital masculino en total erección.

—El «phallus impúdicus» —exclamó admirado Montpalau —. He aquí un ejemplar de extraordinarias dimensiones. Existe constancia documental de que, en el siglo pasado, Francisco Castelló y de Malla descubrió uno de dos palmos y medio en los alrededores de Vich. Nuestro hallazgo supera, pues, toda previsión.

Amadeo se tranquilizó. Montpalau se quitó la levita, y en mangas de camisa, midió el diámetro y la longitud de la espeluznante seta. Se sentía febril y como inspirado. Con la ayuda de Novau y Amadeo comenzó a arrancarla utilizando para ello unas piedras de sílex, muy abundantes en aquel lugar. Aconsejó emplear mucho cuidado y gran delicadeza, para no deteriorar tan extraordinaria pieza. Había resuelto trasladarla a la Academia de Ciencias de Barcelona. Allí podrían plantarla

de nuevo, o petrificarla, con el procedimiento hidrolítico de su invención.

Súbitamente cayó en la cuenta de que no podía presentarse en casa de la baronesa con aquella especie de escultura tan comprometedora. Esta idea le aterró y le hizo sudar de angustia. Se secó la frente con el pañuelo.

Intentaba encontrar una solución inmediata. Era preciso cubrir la impúdica forma de la seta. Las levitas no bastarían para ocultar aquella procacidad enorme. Decidió, por último, enviar a Amadeo a casa de la baronesa, y conseguir, con cualquier pretexto, un par de sábanas de matrimonio.

Continuó la tarea con Novau. Cuando regresó Amadeo con las sábanas, al cabo de una hora, Montpalau había conseguido ya su propósito. La seta, a pesar de su tamaño, no pesaba mucho, ya que su materia básica era de carácter celulósico. La envolvieron a conciencia, y después de protegerla con abundantes brazadas de hierba tierna y blanda, la ataron a la baca del carruaje.

Llegaron a Pratdip poco antes de la hora de comer. Fueron corriendo a casa del carpintero y encargaron, encomendando la máxima urgencia, una caja de embalaje de dos metros y medio de altura por medio de ancho. Debía estar lista a media tarde. Pagarían lo que fuese necesario. Depositaron la forma velada del «phallus impúdicus» en la carpintería, indicando al dueño que no permitiese que nadie se acercara, ni tocase aquel envoltorio, ya que podía acarrearle una desgracia, lo cual impresionó fuertemente al honrado artesano.

El almuerzo, en casa de la baronesa, fue triste y silencioso. La presencia invisible de las seis víctimas del Dip creaba una atmósfera de horror. Montpalau sorprendió una mirada implorante de Inés.

A media tarde, a la hora convenida, Montpalau, después de redactar un informe para la Academia de Ciencias, se presentó, con Novau y Amadeo, en la carpintería. La caja, magnífica y

con los cantos reforzados, estaba ya preparada; en ella, con grandes precauciones, colocaron el «phallus impúdicus». Parecía una momia envuelta en una mortaja. Seguidamente, una vez bien cerrada trasladaron la caja a la tienda del recadero. Montpalau le hizo toda clase de recomendaciones y facturó la procaz seta a Reus, a las señas del corresponsal de la Academia José Veciana y Sardá. Este se encargaría de hacerla llegar a Barcelona.

Atardecía. Al salir a la calle vieron venir al alcalde, Magín Peuderrata. Con él formaron una pequeña comitiva, para inspeccionar las casas del pueblo y establecer, tal como había prometido Montpalau, la defensa. Antes pasaron por la casa de los Urpí a recoger los eficaces antídotos.

Montpalau explicó al alcalde que el método básico preventivo más eficaz era el olor del ajo. Era necesario, pues, pelar éste concienzudamente. El olor a ajo alejaba al vampiro. El perejil y la verdolaga no eran tan activos. La cruz pectoral impedía el ataque, pero no la presencia del vampiro. En cuanto al espejo, servía para identificarlo, ya que el rostro de un vampiro no se refleja nunca en él. Si alguien, fuese quien fuese, al pasar por delante de un espejo no reflejaba su imagen, se trataba sin duda de un vampiro.

El alcalde quedó atónito ante estas explicaciones, y requirió la presencia del cartero y del sereno, para que se encargasen de pelar los ajos. El cartero y el sereno se pusieron inmediatamente a trabajar, y muy pronto habían llenado un cubo. Asimismo, siguiendo indicaciones de Montpalau, construyeron con alambre una especie de anzuelos de doble gancho, en una de cuyas puntas colocaron uno de los ajos ya pelados.

Con estos ingredientes, la comitiva recorrió el pueblo, casa por casa. Montpalau subía a las habitaciones, para conocer la situación y otras circunstancias de las ventanas y otras aberturas. Entonces, los miembros de la comitiva colocaban en cada una de ellas el gancho provisto del ajo. Después

distribuía Montpalau tantas cruces pectorales como personas habitaban la casa. A la salida, delante de la puerta, colocaba un espejo. A todos daba las mismas explicaciones y consejos.

Acabaron justo cuando empezaba a hacerse de noche. Al atravesar una calle les salió al paso un gato diabólico, enorme, que clavó una mirada terrible en Montpalau. Este, sin embargo, ya estaba hecho a esta clase de apariciones, y no se inmutó en absoluto.

Al llegar a la casa de los Urpí se deshizo la comitiva. Todos se desearon buena suerte y buenas noches.

VII

El alma de las plantas

La Junta de Berga, en comunicado urgentísimo y secreto, fechado el mismo día de los anteriores acontecimientos, informaba al príncipe Lichnowsky de que la citada Junta, habiendo recibido la petición de un desconocido guerrillero realista, de sobrenombre «el Mochuelo», que actuaba, según propias manifestaciones, en la soledad más absoluta y en la especialización insólita, pero, eficacísima, de la nocturnidad más estricta, en los selváticos parajes de la comarca de Pratdip, y deseando el antes dicho guerrillero el Mochuelo regularizar su situación y encuadrarse militarmente en las filas heroicas del ejército de la Paternal Majestad, solicitaba a la Real Junta de Berga, permitiéndosele conservar la citada especialidad e independencia, fuese confirmado en el grado de coronel efectivo del ejército regular, que era el grado que, según su leal entender y saber, le correspondía, a la mayor gloria del invicto Carlos V, y como premio merecido a sus victoriosas actuaciones; que ignorando la dicha Junta la veracidad o fantasía de tales afirmaciones, pero estimando que, en el supuesto de que fuesen ciertas, sería interesantísimo y de mucho provecho a la causa tradicionalista el contar en aquella ignota comarca con una fuerza encuadrada en el Organismo Rector del Principado, y no deseando éste, por otro lado, dar un paso en falso que pudiese desacreditarlo, encomendaba al príncipe Lichnowsky, antes de contestar al dicho guerrillero el Mochuelo, como la jerarquía más próxima a la comarca de Pratdip, la investigación más completa, en tanto que esto fuese posible, de la realidad de las afirmaciones

contenidas en la petición relacionada, y le recomendaba obrar con la discreción, el tacto, la prudencia y la presteza acostumbrados en un tan ferviente servidor de la causa de Su Majestad.

Cantó un gallo. Eran las seis de la mañana. El príncipe Lichnowsky concluyó la lectura del comunicado y se rascó el cogote. El correo especial que le había traído el papel de la Junta de Berga tomaba una taza de ron junto al fuego del pequeño campamento. Vestía un uniforme, sucio, y llevaba una barba de seis días. Con una mano sostenía la brida del caballo. Súbitamente, el ramaje de los algarrobos, movido por un resorte especial, hizo desaparecer muy hábilmente la escena. Quedó, únicamente, el temblor de las hojas y la visión, en la lejanía, del campanario de Vimbodí.

A la misma hora, en Pratdip, la gente se entregaba a un entusiasmo delirante, y vitoreaba a Montpalau, ya que la defensa táctico-científica había tenido éxito, y el dip, por primera vez, no había logrado producir ninguna víctima. La baronesa felicitó calurosamente a Montpalau por su brillante intervención, e Inés le dedicó una mirada intensa y significativamente agradecida. A Montpalau, como de costumbre, se le hizo un nudo en el estómago.

Siguieron así algunos días. Cada tarde, la ufana comitiva reponía los ajos y comprobaba que no se había descuidado la defensa de ninguna abertura. Al cabo de una semana, Montpalau convocó otra reunión de las fuerzas vivas, asimismo presidida por la baronesa; y, tomando la palabra, se expresó en los siguientes términos:

—Como habrán observado, la defensa por mí propugnada ha obtenido resultados satisfactorios. Me felicito y les felicito por la exactitud con que han interpretado mi pensamiento. El dip, o quien sea, ha sido reducido, como han visto, a la impotencia. Pero el dip existe; sigue existiendo. La causa permanece, amigos míos. Lo que hemos estado haciendo hasta ahora responde a una fase de prevención, de defensa. Pero no

podemos seguir toda la vida pegando ajos en las ventanas, ni vivir con la mirada pendiente de los espejos. Hemos de descubrir al dip, la causa. Ha llegado la hora, pues, de entrar en una segunda fase, la de la eliminación de la causa: la destrucción del dip.

Al llegar a este punto, Montpalau hubo de suspender su parlamento, a causa de la excitación de los oyentes, de sus aplausos, de sus aprobaciones frenéticas. Esperó a que se apaciguasen un poco. Entonces continuó:

—Les hablé, hace ya días, de un plan de ataque mantenido hasta ahora por mí en secreto. Ha llegado el momento de aplicarlo. El momento oportuno. El dip, a causa del prolongado ayuno, debe encontrarse ahora en un estado no del todo propicio a la clarividencia. Rabioso me atrevería a decir, enfurecido contra un pueblo que sabe defenderse tan bien. Pues bien, yo propongo que, precisamente ahora, en este momento de delirio y de ciega ofuscación del vampiro, se le deje una ventana abierta, limpia del pestilente ajo, y con una víctima propiciatoria dentro. Es seguro que acudirá en seguida. He aquí la trampa. Porque detrás de la víctima, convenientemente ocultos, estaremos yo y mis ayudantes, con los terribles medios de defensa de que disponemos. Bastará un solo momento, el preciso para verle el rostro. Seguidamente será rechazado. Entonces dará comienzo la tercera fase: la persecución y destrucción del dip. Su total destrucción. El plan es, científicamente, perfecto. Pero necesito una víctima. Una víctima aparente, como es natural. Mi deseo sería ser yo la víctima, pero, como comprenderán, no puedo ser víctima y perseguidor al mismo tiempo, ya que necesito una gran libertad de movimientos y un estado intenso de concentración y de iniciativa científica. Necesito, pues, un voluntario. Un voluntario al que yo garantizo que no sufrirá peligro alguno.

Un silencio sepulcral acogió las últimas palabras de nuestro naturalista. Caras largas, miradas hostiles, se oponían a Montpalau. Se insinuó un comienzo de silbido. El alcalde, Magín Peuderrata, que se contaba entre los ayudantes de

Montpalau, increpó duramente a la concurrencia, excepción hecha de las damas; trató a los hombres de cobardes, de gallinas, y les dijo que con su comportamiento declinaban, de manera vergonzosa, de la condición ejemplar de fuerzas vivas. Todo fue inútil. El pánico, desplazando la primitiva euforia, se apoderó del auditorio y le redujo a una humillante esclavitud. Ni el insulto ni el sarcasmo produjeron efecto alguno. Montpalau sentía una gran desilusión, una tristeza producida por la contemplación de la debilidad humana. Entonces, Inés se levantó. Valiente, fuerte, decidida, mirando largamente a Montpalau, dijo:

—Yo seré la víctima. Hago formal ofrecimiento de librarme, bajo su protección, de la furia maléfica del dip. Sé que estoy segura en sus manos y que velará por mi persona como si se tratase de usted mismo.

Una sensación de asombro, al mismo tiempo que de alivio, fue la consecuencia inmediata de estas sensacionales manifestaciones. La baronesa, lívida como una muerta, se oponía con una desesperada obstinación a la desinteresada voluntad de Inés. Su hija, en holocausto: ¡jamás! Inés permanecía impávida, con la mirada puesta en la de Montpalau, representación viva de la dignidad y de la nobleza. La concurrencia, después de una formularia oposición inicial, totalmente hipócrita, daba ahora como un hecho, alabando la generosidad que suponía, el ofrecimiento de Inés y la aceptación tácita de todos los presentes. Inés surgía, entre el tumulto, irreductible, como una roca de cara al viento, figura heroica de exaltada femineidad. La baronesa claudicó con lágrimas. Montpalau, mudo de admiración, contemplaba a Inés con correlativa correspondencia, sentía nacer en su pecho olas de ternura, profundas resonancias ocultas. Tuvo que dominarse, que frenar aquel impulso que le empujaba hacia Inés y su encanto maravilloso y romántico.

Horas más tarde, en el huerto-jardín de la vetusta y majestuosa casona, Montpalau, después de coger unas rosas rojas perfumadas, se las ofreció a Inés con estas palabras:

—Me siento orgulloso de usted, estimada Inés. De su firmeza, de su resolución. Me ha emocionado la confianza absoluta que ha depositado en este humilde servidor de la ciencia, que, desde ahora, lo será también vuestro. Gracias, Inés.

Montpalau estaba emocionado. Inés sonreía, pálida, menuda ahora e indefensa. Inclinó el rostro sobre el ramillete de flores que le habría ofrecido nuestro caballero. Se oyó una música sutil, encantada, como una delicada reminiscencia del alma de las plantas.

VIII

El vampiro

El castillo de Pratdip era una derruida construcción en parte románica y en parte gótica. De difícil acceso, situado en el punto más alto del pueblo, dominaba un extenso territorio. Aunque permanecía abandonado desde el siglo XVI, sus torres y murallas producían aún, medio en ruinas, una extraña impresión de fuerza y de poder. En la actualidad, la naturaleza había usurpado el dominio del castillo, y raros arbustos crecían entre las piedras centenarias; nidos de gavilanes y otras aves de presa aparecían ante la mirada atenta y sentimental del viajero, entre almenas descantilladas y claves de bóveda hundida. Una melancolía inmensa emanaba de aquellas naves silenciosas, abandonadas a la devastación lenta, pero inexorable, del tiempo. Por la noche, a la luz de la luna, el castillo tenía un aspecto fantástico.

El padre Villanueva sentía gran preocupación por el castillo. Apenas salía de la biblioteca de los Urpí, buscando datos del pasado histórico de la villa y de sus antiguos señores, los habitantes del castillo. Tenía la convicción de, que, posiblemente, podría encontrarse allí una explicación, complementaria a las investigaciones científicas de nuestro protagonista. Con el auxilio de la paleografía descifraba turbadores documentos y reconstruía complicadísimos árboles genealógicos. En ocasiones, le parecía descubrir una luz fosforecente, entre la documentación roída por los ratones, y se lanzaba, ávido, tras una pista, podríamos decir, diabólica.

Entretanto, Montpalau había preparado la trampa, en que había de caer el vampiro, con perfecta precisión. Detalle alguno fue olvidado o dejado al azar. La habitación de Inés fue, en cierto modo, empequeñecida, ya que Montpalau, necesitando espacio donde disponer, él y sus ayudantes, de libertad de movimientos, dividió la pieza en dos, por medio de unas largas cortinas que pendían del techo. Colocaron el lecho de la doncella junto a estas cortinas, frente al balcón abierto, y pudieron así ganar el espacio necesario, en forma de recámara oculta. En ella, naturalmente, velarían Montpalau y sus ayudantes. Dividió a éstos en dos grupos: Novau y Amadeo, quienes, junto con Montpalau, permanecerían en la recámara; y el alcalde —Magín Peuderrata—, el cartero y el sereno, y cuatro hombres más, conocedores del país, los cuales, con faroles encendidos, estarían al acecho tras el portal cerrado de la casa, a punto de salir en persecución del vampiro.

Llegó, al fin, la hora fatídica. Inés abrazó a su madre con gran entereza. Montpalau le besó la mano, y le aseguró que estaría a la cabecera del lecho, separado tan sólo de ella por la cortina. Si era posible, que durmiese, o que, en todo caso, lo simulase. El vampiro, desde el balcón, debía poder contemplar un cuerpo dormido, respirando regularmente.

A última hora colocaron aún, en la pared, un enorme espejo de marco dorado, perfectamente visible desde la recámara. Todos estaban nerviosos, excepto Inés y Montpalau, los dos principales protagonistas de la aventura.

Sonaron las doce. Inés se acostó. Seguidamente, Montpalau, su primo y Amadeo penetraron en la recámara y se sentaron en unos taburetes, observando cada uno de ellos con púdica mirada, la cámara de Inés, a través de unos agujeros hechos al efecto. Sobre las rodillas, y con una mano sobre la tapadera, Novau y Amadeo sostenían ollas llenas de ajos pelados, cerradas herméticamente. Montpalau había comprobado que, una vez destapadas, el olor sería suficiente para que se desvaneciesen por lo menos una docena de vampiros.

Las horas transcurrieron, lentas. El claro de luna entraba hasta el centro de la estancia, iluminándola con una apariencia irreal, fantasmagórica. El silencio era denso, angustioso, de mal augurio. Inés reposaba tranquila, como si estuviese profundamente dormida. Montpalau y sus compañeros no se movían ni para respirar. Amadeo reprimió un bostezo, bajo la mirada furibunda de Montpalau, quien como había dicho, permanecía junto a la cabecera del lecho.

Se oyó el ruido de la carcoma, que roía algún mueble. Unos instantes después, sin hacer el más leve ruido, una sombra se proyectó contra el balcón, tapando, en parte, la claridad de la luna. La sombra oscilaba, como las alas de un murciélago monstruoso. Entonces pudo verse, de pie en el balcón, la figura de un hombre alto, cubierto con una larga capa. Permaneció inmóvil unos segundos. Las manos de nuestros amigos se crispaban sobre las tapaderas de las ollas; el cuerpo, alerta, presto a saltar al otro lado de la cortina. La figura avanzó hacia el lecho, como si se deslizase, rígida, con gran lentitud. Cruzó ante el espejo, que, como era de esperar, no reflejó su imagen. Súbitamente, la luz de la luna bañó la faz cadavérica del vampiro; la misma, pero como si surgiese sepultada por siglos de polvo, que la del frustrado asesino de nuestro protagonista, allá, en la lejana villa de Gracia. Una faz blanca, dolorosamente tensada, de orejas puntiagudas, de macho cabrío.

Se inclinó sobre el reposado sueño de Inés. Entonces, simultáneamente, los tres emboscados penetraron en la estancia con las ollas destapadas, mientras Inés gritaba histéricamente. Montpalau enarbolaba un crucifijo.

El vampiro retrocedió rápidamente. Al percibir el nauseabundo olor de los ajos, su cara se contrajo de horrible dolor y, cosa insólita, su cuerpo se volvía fosforescente. Todo ocurrió en unos instantes. La sombra se densificó y acogió al vampiro en estado de fosforescencia, el cual, desde el balcón, intentaba echar a volar por encima de los tejados. Intoxicado por los ajos, sin embargo, algo fallaba en su organismo, ya

que, tambaleándose por el aire, descendió hasta la calle y emprendió la huida.

En seguida, Magín Peuderrata y sus hombres salieron con los faroles encendidos, en desenfrenada persecución. El odio concentrado durante tanto tiempo encontraba ahora fácil salida. Montpalau, después de asegurar el balcón con el correspondiente antídoto, y seguido de sus compañeros, se unió a la tropa de Magín Peuderrata; y, todos juntos, fueron tras la pista del vampiro, claramente observable por la fosforescencia que dejaba. Atravesaron sembrados, saltaron ribazos abruptos, se internaron por bosques insondables. Era una carrera desenfrenada. El vampiro describió un amplio semicírculo en torno al pueblo, como si no pudiese traspasar un límite imaginario; después regresó, inexplicablemente, al punto de partida. Comenzaba a clarear. Entonces, ante la estupefacción general, emprendió el camino del castillo, que aparecía recortado contra la claridad del alba. Seguido de cerca por sus perseguidores, el vampiro se internó en el viejo recinto fortificado.

Los perseguidores penetraron en el castillo. Montpalau, como si tuviese la certeza de adonde había ido a parar el vampiro, buscó las escaleras que conducían a la cripta. Las encontraron cerca de la torre del homenaje, y toda la tropa descendió tumultuosamente. Se introdujeron en la cripta, repleta de tumbas y de inmensas telarañas. Una horda de ratas hurgaba por los rincones.

En medio de la cripta, se abrió ante sus ojos llenos de horror una tumba abierta, envuelta en un resplandor fosforescente. Se acercaron. Dentro, sin embargo, no había nada. Solamente la capa y los zapatos del vampiro, que resplandecían mortecinamente.

Una oscura carcajada, satánica y burlona, retumbó por la cripta. Al mismo tiempo, el ruido de un batir de alas les hizo alzar la cabeza. A través de un amplio tragaluz, en lo alto del techo, una gran águila acababa de emprender el vuelo.

—Hemos llegado tarde —exclamó Montpalau—. Pero la victoria es nuestra. Hemos descubierto la tumba del dip, y ahora no podrá volver nunca más por estos parajes. Pratdip es libre. Pero antes es preciso romper el sortilegio.

Dicho esto, Montpalau sacó de un bolsillo de su levita un gran corazón rutilante de cristal de roca. Agachándose lo colocó sobre la capa, en el mismo lugar que había ocupado el verdadero corazón del vampiro. Entonces, Amadeo y Novau volcaron el contenido de las ollas, y cerraron la tumba.

Era el final de la esclavitud a que había estado sometida Pratdip. Dulcemente, flotaba en el aire el perfume de las liliáceas.

IX

El amor

La inmensa alegría de Pratdip por haberse liberado del vampiro se traslució en una romería y la consiguiente fiesta al aire libre, en Santa Marina, patrona del pueblo, virgen eficacísima:

Si queréis bien alcanzar
la gracia santa y divina
procurad siempre imitar
a la gloriosa Marina.
Nacimiento le prestó
la ciudad de Alejandría.
Y Jesucristo le dio
virtud y sabiduría;
fue, su solo respirar,
amor a Dios y a María.

El santuario de la Virgen dista unos cinco kilómetros de Pratdip. Hay allí unas fuentes de agua helada, dura como un cristal, clarísima. Grandes y extensas arboledas se extienden por los alrededores.

Antonio de Montpalau fue considerado, por la intercesión de santa Marina, el héroe salvador de Pratdip. A propuesta del alcalde, Magín Peuderrata, el Ayuntamiento en pleno acordó

descubrir una lápida, en la plaza de la Constitución, en memoria perpetua de Montpalau. Este declinó tan alto honor, y lo traspasó a la Virgen, de origen nobilísimo:

Y fue la su descendencia
gente noble y poderosa,
rica y de buena conciencia,
muy cristiana y virtuosa:
de origen tan singular
nació doncella tan fina.
Ya en uso de su razón
se apartó de todo vicio,
los ayunos, la oración,
fueron todo su ejercicio:
quiso en un convento estar
por santificar su vida.

La gente entonaba los gozos con firme devoción y lágrimas de agradecimiento. La función religiosa fue solemne, y los cánticos ascendían en volutas, hasta el camarín de la Virgen, que tenía, a sus pies, vencida, la imagen deforme del dip. Cerca del presbiterio había un gran zócalo, de ingenua cerámica popular, cuyas baldosas presentaban escenas artesanas y, en un color verde subido, determinadas plantas de la comarca: la verdolaga, matalahúva, el panizo… Centradas con gusto, escenas de la vida de santa Marina.

Se cuenta que en la su vida
a las puertas de la Iglesia
hasta cinco años estuvo
sufriendo toda inclemencia.
Por crimen que le imputó

de Pandoquio mala hija.

Vista por Jesús la vida

de tan humilde doncella

paga le dio, muy cumplida:

en el cielo, entre otras mil:

allí goza sin cesar

de la presencia divina.

Grandes y maravillosos

son los milagros que ha obrado,

son sin fin quienes de fiebres

o de dolor han curado;

para la vista lograr

es eficaz medicina.

Fue también eficaz medicina, para el nerviosismo de la tertulia del marqués de La Gralla, la llegada a la Academia de Ciencias del excepcional envío de la seta. Se presentaron en la docta casa en corporación y, después de examinarlo detenidamente, emprendieron, entre exclamaciones, una complicada tarea científica, poniéndose a medir el enorme cuerpo, determinar el peso específico, y, luego de un intento de aclimatarlo con tierra negra de Alberas se decidieron por la petrificación. El informe de Montpalau fue publicado en el boletín de la Academia, y extractado, con croquis ilustrativos, en todas las revistas científicas de Europa y América. Pascual Matons y Segismundo Ferrer tuvieron unas palabras a propósito de la etimología de la famosa seta, que fue resuelta por la irascible erudición de Bartolomé Garriga. El marqués de La Gralla se tomó como cosa propia el trabajo de la petrificación; y, aplicando la fórmula de Montpalau, obtuvo un éxito sin precedentes. Una vez perfectamente pétrea, la seta fue instalada, como si se tratara de un monumento, en el jardín

de la Academia de Ciencias; en la parte inferior se hacía constar en un rótulo de mármol el nombre del descubridor, la fecha exacta del científico hallazgo y el nombre del ilustre petrificador. Fueron unos momentos únicos; momentos que colmaron de honesta felicidad la vida meditabunda y tranquila del marqués de La Gralla.

En Pratdip, el pueblo seguía entonando alabanzas a la Virgen. A veces, la emoción producía un nudo en las gargantas, y las hacía desafinar. Hombres y mujeres, mayores y niños, se acordaban en una sola voz, clamando arrodillados:

Náufragos, han arribado

a puerto de salvación,

incendios se han apagado

por la suya protección:

ella nos quiera alejar

los peligros de esta vida.

Quien quiera que haya implorado

humilde su protección

cierto es que habrá encontrado

para su mal curación:

de esto son prueba especial

los presentes de esta ermita.

Al salir de la ermita hubo grandes bailes bajo los sauces, al compás de la cornamusa. La fiesta quedó grabada para siempre en la memoria de todos. Inés y Montpalau vagaron por el bosque, entre arroyos exquisitos, mientras oían, lejana, la música que iban dejando atrás. Un halo de poesía ceñía a la pareja. Latiéndole fuertemente el corazón dentro del pecho, Montpalau pronunció las esperadas palabras. No hizo falta respuesta. Una mirada ardiente de Inés, y sus bocas se unieron en un beso anhelante. Una gran felicidad inundó aquellos

corazones generosos y nobles. El alma de las plantas desfalleció de ternura, y lianas silvestres se entrelazaron delicadamente para formar las iniciales de los románticos enamorados. El «áurea picuda» —¡la favorita, la tierna, la tímida!— entonó con toda claridad, y en una culminación feliz, un «solo» arrebatador, excepcionalmente audible.

La baronesa quedó particularmente complacida cuando, momentos más tarde, la pareja le comunicó sus sentimientos. En realidad, dijo, lo esperaba, ya que las cosas del amor no pueden ocultarse a los ojos de las personas de una cierta experiencia, sobre todo a los de una madre. Se sentía muy feliz. Se congratulaba asimismo de emparentar con un caballero que, aparte de sus altas dotes personales, pertenecía a una de las mejores y más nobles familias del Principado. Les dio la bendición, solemnemente.

Por la tarde, ante la Virgen, se repitió el acatamiento general. Inés y Montpalau se daban tiernamente las manos. Imploraban:

Por Patrona y Tutelar

la Villa de Prat os tiene,

Virgen bella y singular.

Alcanzadnos todo el bien:

por vos la dicha nos viene

de teneros por madrina.

Si hemos salud de alcanzar

del dolor que nos fatiga

procuremos imitar

a la gloriosa Marina.

La tarde se extinguía dulcemente, liberada, para siempre, de toda presencia infernal.

X

Una historia de los Cárpatos

El fruto de las investigaciones del padre Villanueva fue extraordinariamente revelador respecto al origen y naturaleza del dip. Se hallaban reunidos en el comedor de la antigua casona, la baronesa, Inés, el piadoso dominico, Isidro de Novau y nuestro protagonista, cuando el ilustre fraile historiador contó la fabulosa historia.

Chillaban, ensordecedoramente, unos jilgueros enjaulados, desde la galería. Todos los presentes contuvieron la respiración.

En resumen, la historia del padre Villanueva fue la siguiente:

En pleno siglo XIII, reinando Jaime I, el hercúleo y victorioso monarca, habitaba el castillo de Prat el señor del lugar, Onofre de Dip, caballero que, si no se singularizaba por su riqueza, de origen mozárabe, había conquistado, en cambio, la estima y el favor real, por su fidelidad a la Monarquía y su aguerrido valor indiscutible. Cuando se concertaron las nupcias del rey, viudo de su primera mujer, con la princesa Violante de Hungría, el rey se vio obligado, naturalmente, a enviar embajadores a aquellas lejanas tierras, cuyos séquitos, superando la proverbial estrechez catalana, fueron particularmente fastuosos, con vistas a impresionar a aquella nebulosa corte, de la cual nadie parecía tener referencias demasiado concretas. Uno de estos embajadores fue Onofre de Dip. Los documentos no decían cuál fue el encargo real, ya

que la cancillería era muy discreta en cuestiones político-sentimentales. No obstante, sabemos que a Onofre de Dip le sobrevino una de las cosas más horribles que pueden acaecerle a un mortal, antes de la cual es preferible mil veces seguidas la muerte y el tormento. Onofre de Dip, en su inacabable viaje hacia la corte húngara, atravesó las altivas montañas de los Cárpatos, lugar donde, en la noche de la vigilia de San Jorge, se concentran todas las fuerzas maléficas de la tierra, y fue huésped del castillo de la bellísima duquesa Meczyr. Los campesinos de los alrededores, cosa que naturalmente ignoraba Onofre, se persignaban cada vez que oían nombrar a la duquesa y rehuían sistemáticamente pasar por las cercanías del castillo… Decían que era un *vrolak* o *vlkoslak*, es decir, un vampiro.

Onofre se enamoró de la duquesa. Mejor dicho, fue la duquesa quien sedujo a Onofre. En la noche de la vigilia de San Jorge, aquél, con un propósito reprobablemente erótico, pero hasta cierto punto disculpable, creyó tener rendida a la bella. Cuando se inclinaba sobre su rostro marfileño, la ávida lujuria de Onofre se vio cortada, de pronto, por un mortal y nauseabundo aliento. Pero era demasiado tarde: dos colmillos finísimos se le clavaron en el cuello, mientras los hijos de la noche ululaban afuera. Onofre no murió; pero, lo que es mucho peor, quedó inoculado, convertido en un vampiro.

Los documentos transcriben aquí una serie de prácticas muy interesantes desde el punto de vista de la liturgia exorcista. El hecho es que Onofre desapareció del *entourage* del rey de Aragón. Su patrimonio pasó a manos de sus parientes más próximos, los Urpí, los cuales, después de varias generaciones, abandonaron el castillo, para trasladarse a la actual residencia de la familia. Desde entonces, Onofre, cadáver viviente, vuelve con periodicidad desde Cracovia, y reivindica sus derechos sobre la villa, la cual ostenta desde aquella fecha el nombre de su antiguo señor Pratdip. Cuando esto ocurre, la cosa es terrible, como desgraciadamente hemos comprobado.

Las noticias nos llegan en este punto muy oscuras, porque la documentación, en forma cabalística, anuncia algunas profecías, en parte ya cumplidas. Dicen éstas que el vampiro será rechazado de Pratdip por una nueva fuerza; hablan después, confusamente, de un mochuelo. Creo adivinar que hablan también, significativamente, de una lucha fratricida en el país; que el mochuelo despliega sus actividades al servicio del rey; que es perseguido por la nueva fuerza; que es reducido por ésta, a la cual conoce el mochuelo, quien la invita, por medio de premoniciones, a que se abstenga. Finalmente, encontrará la paz.

Un largo silencio siguió al discurso del padre Villanueva. Todos quedaron sorprendidos por tan terrible historia. Ahora quedaban explicadas muchas cosas, hasta entonces misteriosamente incomprensibles.

El padre Villanueva se levantó y despidióse de los presentes. Debía acabar, dijo, el volumen correspondiente a Scala Dei. Para ello era preciso partir hacia el monasterio. Dirigiéndose a Montpalau, manifestó que, como había podido comprobar, las ciencias respectivas se habían complementado. Bendijo solemnemente a los prometidos. Todos besaron su santa mano. El día declinaba.

Horas más tarde, se oyó el ruido precipitado de una cabalgadura. Seguidamente, un gran tumulto en el vestíbulo. Era el mayoral de la baronesa, que venía cubierto de polvo y maltrecho. Cuando pudo hablar explicó a los presentes:

—Las fuerzas liberales han caído en una emboscada nocturna, en las cercanías del Cardó. El atacante ha sido un guerrillero desconocido en el país: el Mochuelo. A continuación, la mitad de la población de Tivissa ha muerto degollada a sus manos. Algo espeluznante. Yo he contemplado el horrible espectáculo viniendo de Tortosa. Gritaba: ¡Paso al Mochuelo, paso al Mochuelo!

Montpalau miró significativamente, en silencio, a todos los presentes. Después, tomando entre las suyas la delicada mano

de Inés, y besándola, dijo, con voz triste, pero firme:

—Mi labor no ha terminado; ya que me debo a la ciencia, a la humanidad y, en cierto modo, a la profecía. Mañana saldré en persecución del Mochuelo.

TERCERA PARTE

I

El conde de Morella

El excelentísimo señor Ramón Cabrera y Griñó, mariscal de los ejércitos carlistas de Aragón, Valencia y Murcia, y conde de Morella, por la gracia de su paternal Majestad, Carlos V, era un hombre de figura romántica, que cuando aparecía litografiado en las obras de Buenaventura de Córdoba y de Antonio Pirala, autores contemporáneos del general, lo hacía en una actitud arrogante, noblemente idealista, con la gloria de todos los arreos militares encima, y con una pompa máxima y fascinante. Una mirada enérgica y vivacísima animaba su rostro curtido por todos los vientos del Bajo Aragón y del Maestrazgo; y su palabra, inflamada por una vida heroica y trashumante, adquiría acentos patéticos y grandiosos, proverbialmente convincentes, cuando se dirigía a la tropa o a las poblaciones conquistadas.

El conde de Morella había disfrutado siempre de una excelente salud. A pie y a caballo había participado en mil campañas, sin quejarse nunca de nada. Hacía unos cuantos días, sin embargo, que no se encontraba muy bien. No se trataba de que le doliese ningún órgano en particular. Era, más bien, una pesadez en la iniciativa, una flojedad rara, como si se hallase flotando a la deriva, en un debilitamiento de la voluntad. El malestar comenzaba por las noches, y subía como una marca. Por la mañana se levantaba débil y como gastado, con una gran sensación de disgusto. Sus médicos, Juan Martí y Carlos Arissó, un tanto perplejos, lo atribuían a la dispepsia o,

simplemente, al malhumor del general, ya que las cosas no marchaban del todo bien para los intereses de la Causa.

Aquella mañana, Cabrera y sus ayudantes, los generales Forcadell y Llagostera, examinaban, inclinados sobre una mesa del cuartel general, un mapa de operaciones. Cabrera estaba sentado en una silla frailuna, con cuero claveteado, y se encontraba un poco mareado.

—Gandesa, señores —exclamaba—, Gandesa es la clave de tres reinos. No me cansaré de repetirlo. Quien tiene Gandesa domina, simultáneamente, Cataluña, Aragón y Valencia. El mapa canta. Está clarísimo.

Forcadell, algo miope, acercó su cara al mapa. Un sistema orográfico complicadísimo se entrecruzaba, nerviosamente, sobre el papel. En los contrafuertes de una escarpada cordillera, un puntito negro, minúsculo e intensísimo, indicaba el lugar de la liberal villa, seis veces asediada.

—La operación me parece un poco arriesgada —aventuró Forcadell—. Sobre todo, teniendo en cuenta la obstinación de los gandesanos en defenderse y la proximidad del brigadier Nogueras, con su cuerpo de ejército.

—¡Basta! No me nombréis a ese lobo sanguinario, asesino de mi madre —se sulfuró Cabrera—. Le he de ahogar con mis propias manos. Él y sus miserables fuerzas caerán en mi poder.

Al decir esto, Cabrera aparecía con una grandeza terrible. Se había incorporado penosamente y temblaba de ira, de odio concentrado y furibundo. Los dos ayudantes estaban aturdidos y no se atrevían ni a moverse.

Fatigosamente, con un penoso esfuerzo de voluntad, Cabrera recuperó la calma. Le parecía percibir ahora como un batir de alas de murciélago en los oídos, como si le naciesen en el cogote las membranosas alas de este animal. Se había excedido. De ahora en adelante, procuraría no enfurecerse demasiado.

Siguieron consultando el mapa. El obstáculo más importante era la falta de carreteras. En estas circunstancias, no se podía ni pensar en la artillería. Como máximo, un par de piezas de pequeño calibre, arrastradas sobre troncos de árbol. Aparte de que los cañones fundidos en las forjas de Cantavieja eran muy deficientes. La última vez se reventó una pieza, y murieron, destrozados, todos los artilleros. El plan de ataque consistía en rodear, una vez más, Gandesa; y desde el Calvario, bombardearla con los medios de que pudiesen disponer. Crearían como una tenaza. Después, Cabrera, descendiendo desde Horta de San Juan, como una tromba, intentaría forzar la entrada. Forcadell estaría al frente de las dos alas del ejército; y Llagostera, con tres batallones de refuerzo, se apostaría en el desfiladero del Ebro, y vigilaría el camino de Tortosa, a fin de evitar cualquier sorpresa por parte de Nogueras.

El proyecto estratégico, sobre la carta militar, era satisfactorio. Por un lado y por otro, todo estaba previsto. No podía fallar. La operación tenía que triunfar gloriosamente. Gandesa caería en manos de las fuerzas carlistas.

Entraba el sol por la ventana. Se oía, muy cerca, el chillido de los vencejos; y se veía transitar, allá abajo, en los campos cenicientos, las caballerías que traían provisiones a Morella. Cabrera se complacía en decir que Morella era como un nido de águilas; y, en efecto, el famoso general, encastillado en la imponente fortaleza, parecía un ave de presa escrutando la lejanía.

Llagostera dio unos pasos, hasta una mesita llena de gemelos de campaña, botes de lata y otras menudencias, y preparó una pipa al generalísimo. Se sacudió unas hebras de tabaco que se le habían adherido a la guerrera, y entregó la pipa a Cabrera.

Entró un ordenanza, tocado por la boina vasca. Traía un comunicado de Solaní, que operaba en la ribera, por los alrededores de Mora y de Flix. El conde se puso a leerlo,

primero con desgana; después prosiguió la lectura con escrupulosa atención.

—Esto sí que tiene gracia —exclamó Cabrera—. Si no fuese porque no tengo ganas, me echaría a reír. Me parece que nos ha salido un competidor. Solaní me comunica que un desconocido general realista, llamado «el Mochuelo», que opera de noche, como su nombre indica, ha atravesado el Ebro por un punto impreciso, procedente de Cataluña, y, penetrando en nuestra jurisdicción, ha emprendido una acción de cruel exterminio. Los campos, dice Solaní, están anegados en sangre.

El conde de Morella se disponía a hacer ahora uno de sus famosos comentarios sarcásticos, cuando notó que se encontraba peor, algo mareado. Enmudeció.

Sentía batir de nuevo en sus oídos las alas de un fantástico pájaro nocturno.

II

Gandesa, la flor del mundo

Hacía unos cuantos días que había llovido, y el Ebro bajaba crecido, majestuoso, desbordante de un agua rojiza y espesa con grandes y peligrosos remolinos, producidos a consecuencia de la rápida corriente. En un lugar donde el río formaba un amplio meandro, una extraña embarcación intentaba atravesarlo y ganar la otra orilla, ocultándose de las indiscretas miradas del castillo de Miravet, el cual nadie sabía, en aquellos momentos, si estaba en poder de nacionales o de carlistas.

La embarcación transportaba un carruaje, y enarbolaba, en lo alto de un palo, una vela rudimentaria. La tripulación estaba compuesta de tres personajes, dos de los cuales maniobraban con la vela, mientras el tercero estaba al cuidado de una ancha pala que hacía las veces de timón. Como habrá adivinado el lector, se trataba de nuestros amigos, que iban a la búsqueda del Mochuelo. Montpalau y Amadeo luchaban con la vela, y ejecutábanlo mejor que podían, las órdenes de Novau. Este llevaba el timón con gran pericia, ya que, como sabemos, era un capitán de barco consumado. Gracias a la prudencia y a la técnica navegatoria de Novau, la embarcación llegó a su destino sin excesivas complicaciones.

Descargaron el equipaje —el cual, ya que no lo habíamos dicho hasta ahora, aclararemos que se trataba de un elegante tílburi—, amarraron la barcaza y Amadeo apaciguó a los caballos, que desembarcaron más muertos que vivos.

Montpalau, valiéndose de la brújula, se orientó en seguida. Era preciso encontrar la carretera ya que, cuando se encontraron destruido el puente, tuvieron que abandonarla, y ahora, con la navegación, resultaba que se habían desviado hacia la izquierda, por el lado de Tortosa.

Había extensos cañaverales y vastas huertas lujuriantes. La tierra era de excelente calidad, muy feraz. Desde lo alto de una pequeña colina próxima podía verse Mora, Benissanet y Miravet, como dentro de un florido jardín. Al otro lado del río quedaba el Cardó y Tivissa, pueblo arrasado por el Mochuelo; más allá, detrás de unas montañas, entre abruptos valles, Pratdip.

Montpalau iba pensando en su despedida de Inés. Volvía a verla, graciosa y fuerte, tierna y sana como una fruta, en el umbral de la puerta, con los ojos brillantes. La baronesa le hizo el presente de unos rosarios de plata, antiquísimos. Inés, su amada, el de un pañuelo que había bordado para él y unos rizos sedosos y perfumados. En el último momento, la besó en los labios, suavísimos.

Volvieron a la carretera. A la salida de Mora, unos payeses comentaban, atemorizados, que en Pinell de Brai, pueblo cercano a Gandesa, aquella noche habían amanecido desangradas doce familias liberales, por un procedimiento misterioso. Se atribuía esta catástrofe al Mochuelo. Los payeses hicieron la señal de la cruz.

Montpalau, al oír esto, ordenó a Amadeo que tomara el camino de Gandesa, villa que, si bien no estaba considerada plaza fuerte, era tenida, por sus sentimientos liberales, como un baluarte de la reina.

Al llegar a la venta de Camposines, nuestros amigos, con gran pesar, tuvieron que abandonar el carruaje, ya que, más adelante, no había más que caminos de herradura. Depositaron, pues, el tílburi en la venta, el amo de la cual cobró dieciséis reales por el depósito —conservación y limpieza incluida—, y se dispusieron a proseguir la

persecución del vampiro, disfrazado ahora de guerrillero. Antes almorzaron en la venta, donde les sirvieron un cordero sensacional, asado y con alioli y regado con un vino de la Tierra Alta que, de tan fuerte, hacía parpadear. Amadeo se permitió decir que, con la peste que exhalaban sus alientos, no corrían peligro alguno de ser atacados por el vampiro. A Montpalau, no obstante, le parecía inconveniente y de mal gusto esta observación, y, con una mirada severa, le hizo callar.

Montados en sendos caballos de gran fuerza y vigor, los tres viajeros llegaron a Corbera, población que la musa popular había tildado de «agujereada», por la gran cantidad de ventanas que se veían por todas partes. Se decía así: Corbera, la agujereada. Voy a Corbera, la agujereada. Se cantaba una canción, muy bonita, que decía:

Corbera, agujereada.

Gandesa, del mundo flor.

Las cuestas de la Fontcalda

para mi bien llanas son.

Haciendo un inciso, diremos que la Fontcalda es un santuario, a cuatro pasos de Gandesa, donde se rinde culto a la Virgen de este nombre. Así como Pratdip tenía a santa Marina, Gandesa se enorgullecía de la Virgen de la Fontcalda, muy venerada en todos los pueblos de la comarca.

Apenas habían dejado atrás Corbera, cuando, en una revuelta del camino, nuestros amigos divisaron, al pie de la sierra de Cavalls, el altivo campanario de Gandesa, villa que, a partir del sexto asedio, fue ascendida a ciudad, con los títulos de MUY LEAL, HEROICA E INMORTAL CIUDAD DE GANDESA, y declarados sus habitantes exentos de contribución y de levas, de uno a diez años, a juicio de las Cortes.

Gandesa vivía en permanente vigilancia. En torno del perímetro de la población, los gandesanos habían abierto un

foso de seis metros de ancho por cuatro de profundidad. No tenía murallas, pero todas las salidas de las calles habían sido cerradas por muros provistos de aspilleras. En lo alto del campanario, un centinela de la Milicia Nacional acechaba constantemente los caminos que conducían a Gandesa.

Se entraba a la población por una puerta única: la de Corbera. El cabo de guardia examinó los papeles de Montpalau y, viendo que se trataba de persona importante, los condujo inmediatamente a casa del alcalde, José Alcoverro, a quien llamaban «Pepe Timbales», que ocupaba una casa grandiosa, laberíntica y barroca, frente a frente del famoso soportal románico de la iglesia. Montpalau explicó el objeto de su viaje a José Alcoverro —quien, dicho sea de pasada, era procurador de los Tribunales—, y vio como éste se quedaba boquiabierto al conocer los extraordinarios acontecimientos que le contaba y por el peligro que suponía para Gandesa la presencia próxima del Mochuelo. Como, naturalmente, ignoraba la técnica defensiva del ajo, José Alcoverro quiso a toda costa que Montpalau diese una disertación pública, que tendría lugar en la Sociedad Recreativa, aquella misma noche, si es que el disertante no se encontraba demasiado fatigado, para que la población aprendiese aquella eficaz técnica defensiva.

Montpalau y su primo fueron cumplimentados en el acto, con la más exquisita cortesía, por Antonio Galván, el médico, erudito lector y gran conocedor de los placeres de la mesa, quien era, por temperamento, un tanto volteriano. Acudieron también Oriol Mani y José María Pascual, dos jurisconsultos casuistas, de lentes ahumadas; Francisco Escoda, director de la Administración de Correos, gran cazador y cantador de jotas; José Sol, rico comerciante al por mayor de verborrea matemática; Pablo Ruiz, boticario, filósofo en los ratos perdidos, aragonés de pura cepa, que sabía la receta complicada de un manjar refinado: el «espedo». Compareció, por fin, el notario Manuel Ocaña, liberal, un poco francmasónico, eufórico bailador de polcas.

Dieron una vuelta por el pueblo, bebieron vino de la Tierra Alta, cosa que producía un agradable calorcillo en el estómago, y contemplaron el cielo estrellado.

Después de cenar, Antonio de Montpalau ocupó la tribuna de la sala de conferencias de la Sociedad Recreativa. Era un salón que, a la vez, se utilizaba para el baile. Fue presentado por el alcalde, José Alcoverro, que aprovechó la ocasión para decir unas cuantas palabras un poco fuertes contra los carlistas. Después, Montpalau, con palabra justa y ponderada, sabiendo mantener al auditorio pendiente de su discurso, explicó su objetivo, que era la determinación científica de la naturaleza del Mochuelo, terrible vampiro camuflado de guerrillero.

Como siempre, Montpalau obtuvo un éxito apoteósico. Fue muy felicitado por las simpáticas autoridades gandesanas. Para terminar, una ronda de aficionados interpretó el himno de Riego y *Las habas verdes*.

Las autoridades acompañaron a Montpalau a la fonda, donde le esperaba un lecho duro y quejumbroso. Después, haciéndose cruces de la sabiduría de nuestro joven científico, volvieron a la Sociedad Recreativa, a jugar al siete y medio.

III

Un proyecto de ley

Debían de ser cerca de las siete de la mañana, cuando un enorme estrépito despertó súbitamente a nuestros amigos. Se trataba, con toda seguridad, del potente estallido de un cañonazo. Siguió un silencio. En seguida, pero más próxima, otra detonación. Y otra. Las paredes temblaron, y los cristales saltaron hechos añicos, como si por debajo de la casa transitase un monstruoso diplodocus. Se oyó también el ladrido seco y repetido de la fusilería. En la habitación de al lado, alguien blasfemaba con ira. Volvió el terremoto y la frenética agitación de las paredes.

Montpalau se vistió rápidamente. En la calle encontró al alcalde, armado hasta los dientes, que corría acompañado de cinco o seis hombres en dirección a las barricadas exteriores de defensa. Todas las autoridades y fuerzas vivas que conoció el día anterior pasaron precipitadamente, al frente de sus pelotones respectivos, hacia algún punto determinado cuya defensa les había sido asignada previamente. No le costó mucho trabajo a Montpalau darse cuenta que la villa era atacada por los carlistas.

Amadeo salió por la puerta de la hostería abrochándose los calzones. Isidro de Novau, silencioso e impávido, con la chistera puesta, fumaba uno de sus explosivos cigarros, en medio de la plaza, mientras observaba la trayectoria de las bombas. Informó a su primo de que, por lo que veía, los carlistas habían intentado forzar la entrada a la población por

sorpresa, entre las dos luces de la madrugada, y que bombardeaban desde el Calvario.

Las bombas seguían un camino elíptico, una carrera aérea. Al caer, algunas rebotaban como una pelota, a considerable altura, y uno podía así prevenirse de sus mortales efectos. Los gandesanos demostraban en la defensa un valor desmedido, heroico. Se oían gritos de «¡Viva la Constitución!» o «¡Libertad o muerte!». Las mujeres transportaban municiones y aguardiente a sus padres y maridos, y emulaban a los hombres en la defensa.

El doctor Galván recorría las calles tocando una campana de cobre. Tras él marchaban una docena de hombres con unas angarillas para recoger a los heridos. En cuanto veían alguno, lo colocaban bajo las sábanas y continuaban la ronda, tocando la campana. Galván llevaba dos enormes pistolas colgadas del cinturón. Cuando pasaba por delante de una barricada hacía parar el convoy sanitario y, llevado de sus exaltados sentimientos gubernamentales, disparaba las pistolas con furia.

El ruido era ensordecedor. El príncipe Lichnowsky no podía soportar los truenos, ya que la naturaleza desencadenada le producía terror. Era un león en las batallas, pero encontrarse en medio de una tempestad le producía acidez en el estómago. Era un espíritu clásico, y sentía gran admiración por Goethe, su compatriota. Ahora, la tempestad era tremenda, y se diría que el olfato percibía un olor a pólvora. Era algo raro. En el fondo, Lichnowsky se sentía muy desanimado, ya que de las dos misiones que le había confiado la Junta de Berga no había llevado a término ninguna. Desgraciadamente, había perdido la pista del misterioso hombre de ciencia, entre mil idas y venidas; y, en cuanto al guerrillero nocturno, el Mochuelo, nadie sabía nada en concreto. La Junta de Berga le comunicó que respecto a este último podía considerar el asunto como liquidado, puesto que lo más prudente para evitar un ridículo espantoso era el considerar como inexistente a dicho guerrillero y negarle la confirmación del grado de coronel.

Estalló una bomba. Montpalau, Amadeo y Novau siguieron paseando por las calles y las plazas de la población. Muy a menudo se desmoronaba una casa, y cubría de polvo la impecable indumentaria de los barceloneses. Amadeo cuidaba de cepillar las levitas de los dos caballeros.

Por el otro lado de una tapia de barro asomaba, muy vistosa, una «solidaga virga áurea», realmente interesante, y una «petasites fragans», de evocador aroma, que recordaba el heliotropo. Montpalau arrancó un brote y lo aspiró con voluptuosidad.

Estalló otra bomba. Esta, a cuatro pasos de los forasteros. Desembocaron en una calle costanera, al final de la cual había lo que los gandesanos llamaban «el Castillo». En realidad era una informe ruina, en que estaban emplazados los dos cañones de que, siglos atrás, les había hecho donación el general Borso di Carminati. Servían estos cañones dos artilleros sensacionales: Matías Sabater y Rafael Navarro, dos oficiales de juzgado, que allí donde ponían el ojo ponían la bala. Don Antonio de Magrinyá y de Sunyer, que fue presidente de la Diputación de Tarragona, cuenta en su historia de los sitios de Gandesa que la proverbial habilidad solitaria de los dos artilleros logró algo increíble: colocar una bomba en el agujero de un cañón carlista. No es preciso decir que al chocar las dos bombas produjeron una explosión terrible y desmoralizadora.

Montpalau habló con los artilleros y se interesó por su técnica. Los felicitó cordialmente.

A continuación, nuestros amigos regresaron a la fonda, en busca de los modernísimos fusiles de largo alcance. Montpalau decidió subir al campanario de la iglesia, desde el cual dominarían todas las líneas carlistas. Fue un acierto. El panorama era espléndido, y las boinas rojas se veían con profusión, ofreciendo un blanco sumamente atractivo. No obstante, la táctica de Montpalau fue la de concentrar el fuego sobre la artillería enemiga. La precisión de los disparos fue tan perfecta que los carlistas tuvieron que renovar continuamente

a los servidores de las piezas; hasta que, cansados de tanto destrozo, decidieron trasladar éstas fuera del alcance de los modernísimos fusiles. Esto supuso una gran victoria, ya que siendo los cañones carlistas de menor alcance que los fusiles de nuestros amigos, las bombas enemigas no llegaban a la población. Podía, pues, decirse que habían inutilizado la artillería enemiga.

A mediodía, el dueño de la fonda les envió el almuerzo con un rapaz muy despierto, a quien encargó les comunicara que el pueblo de Gandesa estaba muy emocionado por la conducta de los forasteros y que agradecía su contribución a la defensa con lágrimas en los ojos.

Para celebrar la inutilización de la artillería carlista y suscitar el furor de Cabrera, quien contemplaba la batalla desde las estribaciones de Puigcavaller, recorrió la rondalla calles y plazas, interpretando diversas composiciones. Se decía que Cabrera estaba algo enfermo.

En efecto, el conde de Morella se hacía conducir en una silla de brazos, y sentía, de tanto en tanto, la extraña sensación de que le habían nacido en el cogote dos alas membranosas y volanderas. Además, la manera como sus subordinados realizaban el asalto le producía náuseas. Decidió fusilar a unos cuantos.

A última hora de la tarde, las tropas carlistas no habían alcanzado ningún objetivo. El valor de los gandesanos no era valor: era temeridad. Los dos jurisconsultos casuistas llevaron a cabo una salida, a pecho descubierto, y regresaron con cuatro caballos y el forraje correspondiente. Causaron la admiración general.

Al atardecer, el alcalde, José Alcoverro, que era un hombre que no tenía pelos en la lengua, lanzó, a grandes gritos, desde la puerta de Corbera, y detrás de unos odres de vino, una diatriba violentísima contra la reacción, en abstracto, y vaticinó a los agresores toda una serie de desgracias concretas de muy mala intención.

Vino la noche; y con ello, el silencio. Los disparos se fueron espaciando, hasta que todo enmudeció. No obstante, los voluntarios de la Milicia fueron alternando sus guardias.

Cuando se hizo de día, pudo verse, a la luz incierta del alba, cómo los carlistas habían abandonado durante la noche sus posiciones y retirado a sus refugios de la montaña.

Esta heroica acción, que venía a sumarse a tantas otras realizadas por los gandesanos, motivó la presentación al Congreso de Diputados del siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo primero.— Cuando las necesidades y posibilidades del Erario público lo permitan, la ciudad de Gandesa será reedificada, a nombre y por cuenta de la Nación, y llevará de ahora en adelante el titulo de INMORTAL.

Artículo segundo.— En la plaza pública de esta ciudad se erigirá una columna o pirámide, con esta inscripción: GANDESA REEDIFICADA POR LA PATRIA AGRADECIDA.

Artículo tercero.— Los milicianos nacionales y demás ciudadanos que hayan participado en la defensa de la ciudad y que conserven sus armas para perseverar en su patriotismo serán considerados movilizados durante la actual lucha, y remunerados por este concepto.

Así consta, en forma fehaciente, en el diario de sesiones de Las Cortes legislativas de 1840, volumen segundo, apéndice primero al número 98, página 1.289. Rúbrica: Congreso de Diputados. De la Comisión formada a este efecto figuró como secretario el gran amigo de Cataluña, excelentísimo señor don Pascual Madoz.

IV

El país de las pulgas

Montpalau y sus ayudantes permanecieron aún en Gandesa unos cuantos días, abrumados por las muestras de afecto de la población. El boticario-filósofo Pablo Ruiz organizó un «espedo» en las afueras, en un lugar delicioso conocido por la Fuentecilla. Este delicado manjar, propio de los pastores trashumantes del Bajo Aragón, consistía en tripas de cordero, enrolladas en una rama de roble y asadas «a l'ast», bien doradas; el punto de gracia gastronómico se lo confería el hecho de que crujía entre los dientes. La particularidad excelsa y refinada era, sin embargo, que el «espedo» contenía el excremento de la bestia en su interior.

Se consumieron grandes bocoyes de vino de lágrima, finísimo al paladar, y se comieron unas tortas con cerezas, bien empapadas, jugosas, de una gran fuerza evocadora. Hubo momentos de particular euforia.

El médico Galván, que era poeta, dedicó a Montpalau una oda, incitándolo a la inmortalidad. Los vapores del vino subían. La oda, en un momento de lírica efusión, decía, inspirándose en el poeta latino:

Del río del olvido

No mi alto nombre se hundirá en el lodo

Ni moriré yo todo.

Días más tarde, habiendo recibido noticias de que el Mochuelo daba muestras de actividad entre Arnés y

Valderrobres, nuestros caballeros, seguidos de Amadeo, abandonaron Gandesa, en busca de la pista sangrante del vampiro.

En Horta de San Juan visitaron la plaza gótica porticada y el convento de San Salvador, alrededor del cual daba vueltas una negra corona de cuervos. El aire era muy frío, y tuvieron que abrocharse hasta el último botón de la levita. El paisaje había cambiado ahora. Salvaje, grandioso; y, como telón de fondo, las altas montañas del Maestrazgo.

Pasaron por Arnés, donde admiraron su Casa Consistorial, y por Valderrobres. Aquí visitaron la gran iglesia gótica y el castillo, así como el Ayuntamiento. Ni rastro del Mochuelo.

Sin embargo, una misteriosa viejecita que hacía media en un portal les dijo en forma de adivinanza:

El Mochuelo está en la cuna.

Al monte va el caracol.

Id a la puesta del sol.

Se quedaron estupefactos. Resultaron vanos todos los intentos de obtener de la viejecita una información suplementaria. Después de reflexionar largamente dedujeron que lo que la viejecita quería decir era que el Mochuelo se hallaba en la montaña, en el descanso propio de los No Muertos; que fuesen a partir de la puesta del sol, que lo encontrarían. Resultaba perfectamente lógico.

Se dirigieron, pues, hacia los puertos de Beceite, a marchas forzadas. Era un paisaje de maravilla. A medida que ascendían se renovaba el aire, se hacía más puro, y un perfume salvaje de bosque y de animal en libertad se mezclaban curiosamente. Muy pronto comenzaron a aparecer matorrales de «asplenium trichomanes», conocido vulgarmente por culantrillo bastardo, hierba que sirve para curar la alopecia y que es propia de estas comarcas.

Pasaron por debajo de grandes cascadas de agua ensordecedora, que se proyectaba violentamente sobre el abismo; descubrieron cuevas rumorosas, enormes, como palacios encantados; simas profundas que se abrían bajo la carrasca y la maleza del bosque, y sólo el instinto milagroso de las caballerías las descubría. Contemplaron también, en la soledad violada de los prados, ágiles ciervos indómitos, que Montpalau identificaba como rarísimos ejemplares de la clasificada «capra hispánica».

Amadeo localizó una fuente rarísima. Después de una frugal comida, cuando el lacayo de Montpalau se disponía a limpiar los cubiertos utilizados en el agua de la fuente, vio, con horror, cómo un cuchillo que acababa de poner bajo el chorro de la fuente desaparecía, comido por el agua, y que se le quedaba en las manos tan sólo el mango de madera. Montpalau, en vista de esta experiencia, prohibió beber de aquella agua de tantos grados, ya que era evidente que afectaría a las sustancias minerales integrantes del cuerpo humano.

Desde aquel momento, Amadeo ya no estuvo tranquilo. En verdad, el Maestrazgo era una tierra muy extraña y sorprendente. En cambio, Montpalau parecía hechizado y herborizaba copiosamente. A Isidro de Novau, el valeroso capitán de barco, de habitual silencioso, aquella vida le sentaba espléndidamente. Comprobó que se había curado de la enfermedad contraída al tomar tanta vianda en conserva.

Desde que se hallaban en el Maestrazgo no habían visto a nadie. Se acercaba la puesta del sol. Vieron una masía, medio abandonada. Un hombre de ojos febriles salió a abrirles cuando llamaron a la puerta.

Decidieron pasar la noche en la triste masía. Cenaron miserablemente. Montpalau recomendó que todos se colgaran al cuello la cruz pectoral. En la ventana colgaron unos cuantos ajos. Durmieron con un sueño profundo, reparador.

Cuando cantaron los gallos se pusieron de nuevo en camino. Buscaron, en vano, algún pueblo, algún indicio del Mochuelo. El hombre de los ojos febriles se había mantenido en una reserva estricta. Era un poco raro.

Atravesaban ahora una comarca muy llana, pero llena de rocas. Al principio eran pequeñas; pero después divisaron, en la lejanía, otras muy grandes.

Se empezaron a rascar. Primero, en los muslos; después, en todo el cuerpo. Eran pulgas. Y las había a millares. Surgían entre las piedras y, después de atacar a las caballerías, atacaban al hombre. Muy pronto tuvieron la piel llagada y como purulenta.

De súbito, vieron aparecer, entre las enormes piedras distantes, unas manchas negras, que daban unos saltos prodigiosos.

—Son pulgas enormes —exclamó Novau—. Estamos perdidos. La picadura de una sola de estas pulgas equivale, con toda seguridad, a la muerte.

Montpalau echó una rápida ojeada a su alrededor, como buscando algo. La situación era desesperada. Descabalgó inmediatamente. Cortó tres ramas de frondoso follaje de pino común y, encendiéndolas, produjo un fuego espeso y balsámico.

Las pulgas monstruosas se mantuvieron a relativa distancia. Era un animal repugnante y terrible. Miraban a los viajeros con avidez. Como esperando una oportunidad, iban dando saltos a su alrededor: saltos gimnásticos, de una altura increíble.

Los tres jinetes cruzaron aquel verdadero ejército de pulgas gigantes, blandiendo las hachas fumigadoras. Cosa extraña, ninguna de ellas les persiguió. Cuando atravesaron un arroyo de aguas claras y límpidas las pulgas se quedaron al otro lado, contemplándolos atentas, pero inexpresivas.

Finalmente, las pulgas regresaron a la región de las piedras ciclópeas, saltando como de costumbre.

Un suspiro de alivio salió del pecho de nuestros amigos. Era evidente que habían escapado de una muerte cierta.

V

La captura

Los átomos, que son unos cuerpos pequeños imperceptibles, y casi invisibles, que sólo se ven en un rayo de sol, cuando entra en algún aposento, son los que transmiten el contagio de la peste de uno a otro cuerpo y lugar; y por esto son a semejanza de la simiente; pero esta su cualidad maligna y apestosa comunicada al aire se multiplica en tan grande medida como la experiencia demuestra a manera de una mala simiente: porque de otra manera el contagio no podría ir ni ser trasladado de un lugar a otro, por esto que el aire no puede pudrirse ni perder su propia naturaleza y sustancia, que a ser lo contrario se siguieran mil inconvenientes: y así como dicho aire no puede corromperse y los dichos átomos por ser cuerpos mixtos estén sujetos a la corrupción, se corrompen y pudren, y sirviéndoles el aire de medio entran dentro de nosotros mediante la respiración y llevados de un lugar a otro, comunicando su mala cualidad a nuestros cuerpos y corazón.

Llovía sin parar. Los tres barceloneses se vieron obligados a permanecer en Salserra, villorrio decrépito y polvoriento, al cual llegaron tres horas después de la aventura de las pulgas. Llovía a cántaros, y el agua abría enormes cráteres en la tierra cenicienta. Estos cráteres se convertían en estanques de putrefacción y de muerte. Larvas de todas clases saldrían, pululantes, en cuanto surgiese el astro del día, y, en vuelo nupcial, en biológica metamorfosis, infectarían el aire que respiraban. Montpalau entretenía el ocio con la lectura de «Orden breve y Régimen muy útil y provechoso para preservar

y Curar de Peste. Hecho y ordenado por Bernat Mas, en Artes y Medicina Doctor; natural de la ciudad de Manresa. Dirigido a Nuestra Señora Santísima de la Fuente de la Salud. Año 1625. Con Licencia y Privilegio. En Barcelona por Esteban Liberós».

Los consejos principales que da son: «Primeramente procurarán que el aire en que estén sea puro, limpio y purgante de toda corrupción, superfluidad y mala cualidad. En segundo lugar, que el cuerpo sea limpio y purgado de toda crudeza y exceso de mal humor. Tercero, que el cuerpo esté fortificado y prevenido con medicinas preservativas, y cordiales, para contra su enemigo el aire apestado. Cuarto, que huyan y quiten todas las ocasiones de podredumbre y corrupción en los humores del cuerpo. Y últimamente que no den lugar a tristezas, melancolías, temores ni otras pasiones del ánimo.

»Se encenderán grandes fuegos por los alrededores, plazas y calles de la ciudad, de aquellas cosas que con propiedad maravillosa resisten a la apestada cualidad del aire; conforme son todas aquellas que tienen el fuego claro, ardiente y oloroso, como son: Pino, Laurel, Olivo, Madroño, Enebro, Encina, Roble, Ciprés, Mirto, Sabina, Haces de Sarmientos, Boj, Naranjo, Romero, Tomillo, Espliego, Salvia, Ajenjo, Cantueso, Abrótano macho y otros árboles y plantas semejantes.

»La ciudad estará limpia y purgada de cosas corrompidas, de mal olor y otras cosas indecentes y gastadas, no permitiendo que tantas bestias muertas sigan por las calles, impidiendo limpiar las cloacas, pozos de aguas pútridas, remover los estercoleros, limpiar los depósitos de las letrinas, empapar cáñamos y tener cueros dentro de la ciudad, ni tenerías si es posible. Las aguas detenidas en balsas, pantanos, estanques y fosos de la ciudad son malísimas y es bueno darles suelta, o rellenarlas de tierra, no permitiendo en manera alguna que cosas de mal olor puedan infectar el aire. Débense suprimir los bailes, carreras y prácticas de esgrima, juegos de

pelota y parecidas suertes de ejercicio corporal, particularmente en verano.»

Con el mismo espíritu de criticismo científico, el marqués de La Gralla y sus colegas se hacían cruces, en Barcelona, del informe que Montpalau había remitido desde Pratdip, acerca del suceso del vampiro. El marqués de La Gralla hallaba la confirmación de sus teorías y vivía en un misterio insondable. El matemático Segismundo Ferrer se mantenía en un estricto escepticismo y manifestaba que nada podía afirmar hasta que Montpalau hubiese realizado una exploración científicamente en regla del causante de los desastres. Era verdad que se habían confirmado éstos, la manera como se habían producido; ahora era preciso ver si se daban las condiciones sobrenaturales atribuidas demasiado alegremente a un ser legendario. Lo dudaba. Fue desbordado inmediatamente por el canónigo Matons (quien, valiéndose de una retórica forjada durante diez años de púlpito catedralicio y de meditadas lecturas de Mayans y Siscar y de Antonio de Campmany, derivó su peroración hacia campos dogmáticos y exorcistas. ¿Acaso el colega matemático negaba la existencia del diablo?

Segismundo Ferrer le miró con encono. Inmediatamente se formaron dos grupos de contrincantes. Bartolomé Garriga y Francisco Avinyó formaron al lado de Ferrer; el marqués de La Gralla y Sansón Corbella, junto a Matons; José Ignacio, el heredero del marqués, contemplaba las discusiones con la cara propia del hombre al cual han golpeado con una porra en la cabeza y no ha regresado todavía del país de los sueños. Es decir, ponía una cara muy espiritual.

Montpalau había pensado muchas veces en el efecto que produciría en la tertulia del marqués su Memoria informativa sobre Onofre de Dip. Sonreía amargamente.

Había parado de llover. Mientras Montpalau leía y meditaba, una patrulla de caballería carlista rodeaba, en silencio, Salsera. Se destacó un oficial con veinte hombres, e

intimidó a nuestros amigos a que se entregasen. Resistirse habría sido un suicidio.

El oficial los trató con toda clase de consideraciones. Era un caballero. Se llamaba Tomás de Orga y era natural de Játiva. Militaba en las tropas realistas desde los tiempos del barón de Hervés, cuando se inició la revuelta en el reino de Valencia.

La patrulla emprendió la marcha hacia Morella, el escarpado nido de águilas realista. El sol declinaba lentamente. Fatigosamente, salió de su madriguera un «scaraboeus cervarius».

VI

La abominable contaminación

El general Ramón Cabrera se encontraba realmente muy enfermo. Sus médicos estaban desesperados: no sabían lo que le pasaba. La tropa murmuraba: se decía que algún traidor envenenaba al general. Las operaciones quedaban, prácticamente, en manos de Forcadell y Llagostera, los cuales sudaban sangre para mantener un plan coherente de defensa. Después de la vergüenza, inicua y repelente, de Vergara, la situación en el Maestrazgo era muy delicada. Espartero, desde Zaragoza, por un lado, y O'Donnell, desde Valencia, por el otro, tenían a los ayudantes de Cabrera en un continuo sobresalto. Después de la desgraciada acción de Gandesa, en la cual había tomado parte todavía el general, todo eran contratiempos y disgustos. Sí, la vida era muy dura en territorio carlista.

El conde de Morella, en aquellos momentos, se hallaba sentado en su despacho, con la faz lívida, exangüe, con la cabeza apoyada en un cojín. Sufría unas periódicas pérdidas de sangre, muy misteriosas. El hecho era evidente. Lo que intrigaba, no obstante, a los médicos era por dónde la perdía. Para contrarrestar la anemia le daban a beber repetidamente medios cuartillos de sangre de cabrito y le daban a comer carne cruda bien trinchada. Todo era inútil. De momento se reanimaba; pero, al día siguiente podía apreciarse que había tenido una pérdida misteriosa, y volvía a oír —cosa propia de la anemia— un característico ruido de alas de murciélago en los oídos. Últimamente se le habían producido dos heriditas en

el cuello, leves e insignificantes, que los médicos atribuían al inicio de un furúnculo.

Se quejaba también de sonambulismo. Recordaba, al menos, cosas absurdas y confusas, ocurridas durante la noche y desprovistas en absoluto de sentido lógico. Quizá se trataba de alucinaciones producidas por la anemia, por la pérdida de la linfa vital. De todos modos era raro. Recordaba unos ojos de fuego, una complicada cicatriz en la barba. Un día, mientras se estaba afeitando, le pareció, agotado y débil como se encontraba, que su imagen se volvía traslúcida ante el espejo y que, a través de ella, podía ver los muebles que había detrás de sí. Le invadió el terror.

El general Ramón Cabrera comía ahora, con repugnancia, unos bofes de carnero, mientras Forcadell le daba cuenta detallada de los gastos de la fundición de cañones de Cantavieja, preocupación constante del general. Hablaron después de los movimientos, cada vez más próximos y peligrosos, de Espartero, a quien Forcadell no osaba nombrar, en presencia de Cabrera, por su reciente título de duque de la Victoria. La ira y el sarcasmo reconcentrado del general habrían hecho temblar los cimientos del castillo. Pasaron también revista a las escalofriantes actividades nocturnas del llamado general Mochuelo, el cual tenía la insolencia, como sabemos, de operar a cuatro pasos de Morella, exterminando familias de significación liberal. Cabrera era de la opinión de que el Mochuelo —a quien, por otra parte, no había visto nunca nadie— tenía la intención de aprovechar su enfermedad para suplantarlo en el mando del ejército, y convertirse en el héroe del Maestrazgo. No podía existir otra explicación. Ante esta hipótesis, Cabrera temblaba, de santa indignación, y deseaba con todas sus fuerzas curarse y recobrar pronto las fuerzas, para ahogarlo refinadamente con sus propias manos.

Terminó de beber el medio cuartillo fijado por prescripción facultativa. Se limpió los labios con una áspera servilleta, que dejó manchada de carmín. Forcadell preguntó si deseaba que le preparase la pipa, como de costumbre.

—No —respondió Cabrera, soltando un eructo en *staccato*. Después, señalando la puerta, dijo—: Que entren los prisioneros.

Compareció Antonio de Montpalau, con la chistera en la mano. Le seguían Isidro y Amadeo. Cabrera hojeaba unos papeles.

Nuestro protagonista clavó en seguida su perspicaz mirada en el rostro pálido, realmente impresionante, de Cabrera. Descubrió los dos agujeritos en la garganta.

El conde de Morella, una vez hubo acabado la lectura del salvoconducto del barón de Meer, dijo, con entonación cortesana, a Montpalau:

—Veo que es usted un hombre de ciencia destacado; pero, al mismo tiempo, un enemigo de nuestra gloriosa majestad, Carlos V. El hecho de que le hayamos encontrado, en evidente infiltración, dentro de nuestro territorio, nos conduce a una peligrosa consecuencia. Medite bien su respuesta. ¿Qué hacía en Salsera?

Montpalau permaneció silencioso unos instantes, examinando con atención, pero de modo que no resultase impertinente, el furúnculo de Cabrera. Después, con grave seriedad, respondió, lacónico:

—Persigo a un vampiro, un No Muerto.

Cabrera dio un salto en su silla frailuna. Tuvo la sensación de que los bofes que acababa de comer se le volvían de piedra en el estómago. Preguntó:

—¿Qué es lo que ha dicho? ¿Un vampiro? ¿O lo he oído mal?

—No, general. Voy a la caza de un vampiro, en persecución de Onofre de Dip, conocido también por el Mochuelo, siniestra y macabramente disfrazado de guerrillero. Es un ser terrible que devasta esta tierra, que degüella a niños

y padres de familia, sin discriminación, que corrompe la sangre de las doncellas.

Entonces, mirando fijamente a Cabrera, añadió, bajando la voz:

—El mismo que, con diabólica constancia, os inocula su mal. El que, si Dios no nos ayuda, conseguirá perversamente convertiros en lo que él mismo es: en un vampiro. Esos dos agujeritos que tiene en el cuello no dejan lugar a dudas. Es su marca. La divina Providencia, sin embargo, haciendo caso omiso de ideologías políticas, me ha traído a vuestro lado.

Un grito fue la respuesta a las palabras de nuestro protagonista. Llevándose una mano al cuello, como si le faltase el aire, Cabrera se incorporó en su silla; movió los labios, como si intentara decir algo. Se desplomó sobre el escritorio.

Montpalau avanzó rápidamente, diligente. Forcadell, que había seguido la conversación con una emoción difícil de describir, estaba como alelado y seguía, plantado, sin reaccionar. Con la ayuda de Isidro y Amadeo, Montpalau transportó al conde de Morella a un sofá, y comenzó un detenido examen del inanimado cuerpo. Después, dirigiéndose a Forcadell —que ahora, de rodillas, rezaba un padre nuestro —, ordenó, con voz que no admitía dilación ni réplica:

—Ponga dos docenas de ajos en media cazuela de agua. Que hiervan durante veinte minutos. Tráigame la infusión en seguida, luego de colarla. Uno de mis ayudantes le acompañará.

Forcadell, con cara de enajenado, salió seguido de Amadeo, que había conseguido una gran práctica en la delicada cuestión de los ajos. Entretanto, Montpalau terminó de llevar a cabo una exploración detenida y minuciosa del cuerpo del general. Seguidamente, se sacó una cruz pectoral del bolsillo del chaleco y la colgó del cuello del caudillo carlista.

—No existe duda alguna —exclamó, dirigiéndose a su primo y auxiliar—. La sangre es extraída por el mismo procedimiento de siempre. Hemos de maniobrar con gran decisión y rapidez.

En aquel instante regresaron Forcadell y Amadeo, el cual traía una gran cazuela humeante. Vaciaron parte del contenido en una taza. Por la puerta asomaban la cabeza seis o siete oficiales carlistas, con el estupor reflejado en el rostro aunque sin atreverse a entrar.

Montpalau entreabrió los labios de Cabrera y le introdujo una cucharadita de la infusión de ajo. Con gran paciencia, repitió la operación casi un centenar de veces. Cuando acabó, el enfermo se hallaba, ciertamente, más tranquilo. Dormía ahora profundamente.

Trasladaron entonces al general a su habitación, lo desnudaron y lo dejaron sobre el lecho. La habitación del general era de una severidad ascética. En el fondo había una gran ventana. Las paredes estaban blanqueadas, y, como única decoración, colgaba, enmarcado, el autógrafo de Carlos V en que lo nombraba conde de Morella. Debajo, dos sables de caballería se cruzaban rígidamente.

—Hemos tenido suerte —dijo nuestro protagonista a Forcadell, que ya había recobrado el habla—. Un poco más, y habría sido demasiado tarde. Confío en que, con un poco de suerte, salvaré a su general.

—En nombre de Su Excelencia y de todo el ejército le doy las gracias —respondió Forcadell, visiblemente afectado, estrechando la mano de Montpalau—. Gracias, caballeros. No sé cómo agradecerles su oportuna intervención.

—No debe dejarse solo al general ni un solo instante —prosiguió Montpalau—. Principalmente por la noche. Tendremos que establecer unos turnos de gente de confianza para velarlo. Cada media hora ha de tomar tres cucharaditas de la infusión preparada. Al atardecer, yo y mis ayudantes

adoptaremos las medidas necesarias para defender esta habitación del ataque del No Muerto. Más adelante, le explicaré detalladamente la técnica. Ahora, dejemos descansar al general.

A una indicación de Montpalau, su primo, el valeroso capitán de barco Isidro Novau, el mismo que vio un día el terrible «Pesce Cola», se sentó junto a la cabecera de la cama, mientras se disponía a fumar una pipa.

Los demás presentes salieron de la habitación. Montpalau cerró tras él la puerta, con mucha suavidad.

Sonó, fuera, como una detonación silenciosa. Una ráfaga de aire cálido se estrelló airadamente contra los vidrios de la ventana. Callaron, durante unos instantes, los animalitos, invisibles e innumerables, de la naturaleza. Algo o alguien se retorcía con dolor y desesperación. Una mancha perversa de sombra se desplazó, subiendo por una valla de madera, saltó un ribazo y se fundió a lo lejos, en la negrura del campo.

Después, muy lentamente, una hoja, amarillenta y desamparada, cayó de una de las innumerables ramas de un árbol.

VII

Orden al ejército contra el No Muerto

Morella es una ciudad de un efecto visual grandioso. Llegando por la carretera de Montroig —o Monroyo como dicen los aragoneses—, uno cree estar ante una de aquellas ciudades de la leyenda del rey Arturo y los caballeros de la Tabla Redonda, adecuadísima para albergar el Santo Grial. En efecto, al viajero, desprevenido, cuando tuerce el último recodo de la carretera, le parece ver surgir del ocre de la tierra una especie de monte Saint-Michel terrestre, con sus almenas, sus agujas góticas y el altivo castillo. Lo único que le falta es el mar. El mar, con sus navíos fantasmas y sus calvarios de la Bretaña.

Puede entrarse en Morella, totalmente amurallada, por cualquiera de las diversas puertas que se abren al campo. Defendidas por enormes torres, imponentes maravillas de la arquitectura militar medieval, dan acceso a las calles torturadas de la ciudad. Seguidamente puede uno contemplar históricos y decrépitos palacios silenciosos y ruinas ilustres, entre las cuales juegan los niños. La espina dorsal de Morella es la calle Mayor, larga avenida porticada que preserva de la nieve en invierno y del sol en verano. A mitad del camino hacia el castillo se encuentran el convento de San Francisco y la extraordinaria catedral, ambos edificios pertenecientes a la gran época catalana, con sabor de estampa romántica. La catedral es una joya de piedra profusamente esculpida y con un coro construido de manera ingeniosa, en medio de la nave.

Canónigos coléricos, de voz profunda, velan el encanto poético y ensimismado de la catedral.

El castillo está en la cima de la montaña. En realidad, toda la montaña es castillo, ya que las construcciones militares la circundan, en espiral. Poderosamente artillada por los carlistas, esta excepcional fortaleza estaba considerada como inexpugnable. Cabrera tenía allí su cuartel general. En los días de viento podía verse ondear, en la torre más alta, la bandera orgullosa de Carlos V.

Nuestros queridos barceloneses se sentían en Morella como el pez en el agua. Eran tratados con gran consideración, con todos los honores que daba el prestigio científico, pero con un estatuto jurídico particular, ya que, de derecho, eran prisioneros ideológicamente opuestos al carlismo, y, por tanto, con una limitación teórica de la libertad. De hecho, sin embargo, hacían lo que les venía en gana, consiguiendo un gran ascendiente sobre la tropa.

Montpalau, con la enérgica defensa antivampírica de la persona de Cabrera, consiguió resultados positivos. La habitación de éste fue metódicamente obturada con ristras de olorosos ajos; y la infusión prescrita por Montpalau, ayudada por un régimen gastronómico copioso, reanimó al general en jefe del ejército carlista, el cual, con la euforia que da la salud, se complacía en invitar a su mesa a nuestro naturalista. La cocina del conde adoptó las formas más exuberantes y selectas, y se celebraron grandes ágapes, con capones, liebres, perdices y lechoncillos asados.

Como es natural, Cabrera demostraba un afecto y un agradecimiento inmensos a Montpalau, reteniéndole siempre a su lado. Después de almorzar paseaban siempre juntos.

No obstante, Montpalau estaba preocupado, ya que los dos agujeritos en el cuello del conde de Morella no desaparecían. Había algo en el rostro del general que no le gustaba. Un día le dio una guirnalda de ajos silvestres, para que la llevase

colgada siempre del cuello. La mirada de Montpalau reflejaba una grave meditación.

Una tarde, mientras tomaban café en una de las terrazas del castillo, con el mágico espectáculo de la ciudad de piedra a sus pies, Montpalau dijo al general:

—Voy a comunicarle una información que requiere, por su parte, una total entereza. Si se tratase simplemente de la salud no se lo diría; pero se trata de su alma. Coraje, general. El proceso de inoculación por parte del No Muerto, como sabe, ha sido detenido. Ahora bien, toda persona contaminada por un No Muerto es, en potencia, otro No Muerto. Si tuviese la desgracia de morir antes de que nosotros hubiésemos podido destruir al vampiro, su muerte sólo sería aparente, ya que entonces viviría la vida de los No Muertos, es decir, se habría convertido en un vampiro. Únicamente la destrucción de la causa, del Mochuelo, y en vida de usted, puede librarle del maleficio. Es preciso, pues, que activemos la búsqueda del Mochuelo. La salvación de su alma está implicada en ello.

Cabrera acogió estas palabras con gran serenidad. De su noble rostro se traslucía un temple resuelto y viril.

—Lo sospechaba, querido Montpalau —respondió—. En cierto modo lo sabía. Ahora se ve bien claro el juego del Mochuelo y de su abominable política de guerrillero. Desde el momento en que me di cuenta que no me había desaparecido la terrible marca del cuello he visto el horror de mi situación. Se trata de suplantarme. ¡Dios me ampare! Confío, sin embargo, en su infinita misericordia y en su pericia, Montpalau. El tiene en usted a un terrible enemigo, ya que, si él posee un poder insondable, usted tiene a su lado unas armas contundentes: la inteligencia, el valor y la ciencia. Además, ahora no estará usted solo. En lo que a mí toca, y para librarme del maleficio, pongo a su disposición todos mis recursos militares, políticos y económicos. El Mochuelo ha querido la guerra: pues la tendrá. Sólo me queda decir que me pongo en manos de Dios y en las suyas.

Aquella misma tarde, la Junta de Gobierno de Morella publicaba, para elevar la moral del pueblo y evitar cualquier malintencionada suspicacia referente a Cabrera, la siguiente

PROCLAMA

«El Dios de los ejércitos, la diestra omnipotente del cual se extiende de manera tan particular sobre este fiel ejército y esta provincia, ha devuelto la salud al conde de Morella, cuya gravísima enfermedad ha sido durante tantos días el objeto exclusivo de vuestros pensamientos y de vuestras inquietudes.

»El héroe del siglo XIX, el inmortal Cabrera, ya se encuentra bien; palabras consoladoras que resuenan dulcemente en el corazón de todos aquellos que tienen la gloria de estar bajo sus órdenes, desde el jefe superior que le sigue inmediatamente en el mando hasta el último soldado del ejército. A todos se había extendido la aflicción en estos días de tristeza y de duelo, en los cuales se hallaba en peligro la vida del primer capitán del campo realista. El eclesiástico, el militar, el civil, el rico y el pobre, nobles y plebeyos, todos habéis sentido un dolor parecido al del buen hijo que teme la pérdida de su muy estimado padre.

»Ha cesado ya el llanto, y los motivos de temor han desaparecido. Cambiemos nuestra tristeza por la alegría y, después de agradecer al Todopoderoso por el tan alto acontecimiento de devolvemos a nuestro querido general, que tenía ya un pie en el sepulcro, dejémonos arrastrar por una sana y justa alegría.

»Vuestra Junta, que no se queda atrás en el amor por su presidente, el excelentísimo señor conde de Morella, os invita, de acuerdo con la autoridad eclesiástica, a que en todos los pueblos felizmente sometidos al paternal gobierno de nuestro rey y señor Carlos V (Q. D. G.) se cante una misa solemne con te deum, en acción de gracias, el próximo día 3 del corriente mes; seguirán a éste otros dos días más de fiesta y de iluminación general, sin especificaros de qué especie y clase han de ser éstas, puesto que sabemos que os esforzaréis,

haciendo mucho más de lo que podría indicaros esta corporación.

»Hijos de la revolución, monstruos abortados del infierno para oprobio del nombre de España, liberales de todos los colores en que se divide vuestro partido infame, comparad: vosotros, con insurrecciones, asesináis a vuestros mejores generales. Los defensores de la santa causa de Dios y del rey lloran, se estremecen e imploran al Cielo sin cesar la conservación de la preciosa vida de su generalísimo. He aquí la infamia y la injusticia de vuestro partido. He aquí el honor y la justicia del nuestro. Viva la religión, viva el rey absoluto, viva el conde de Morella. Jaime Mur. – Manuel Garzón. – José María Villalonga. – José Bru. – Lucas Doménech. – Vicente Herrero. – Juan Bautista Pellicer. – Francisco Boufin. – P. A. D. L. R. J. – Mariano de Godoy, vocal secretario.»

Seguidamente, Cabrera dictaba al ejército la siguiente orden:

«Se dispone la búsqueda y captura del mal llamado general «el Mochuelo», reo de delito común, el cual, bajo la capa de nuestra gloriosa causa, comete los más escalofriantes y espantosos crímenes. El gobierno de la paternal majestad no puede tolerar el desprestigio que esto supone, ya que está bien claro que el dicho «Mochuelo» es un odioso agente liberal y francmasónico que el desgobierno de Madrid ha introducido en nuestras filas con miras a indisponernos con las potencias internacionales.

»En consecuencia, yo, Ramón Cabrera y Griñó, conde de Morella y generalísimo del ejército de Aragón, Valencia y Murcia, a las órdenes de la paternal majestad Carlos V, ordeno y mando que todas las tropas bajo mi autoridad busquen, de manera principal, el lugar donde se albergue o se haya alojado el Mochuelo, y advierte que se tienen noticias de que éste tiene una particular preferencia por cementerios, criptas de iglesias apartadas del culto, castillos derruidos y cuevas profundas, la entrada a las cuales la superstición popular tiene veladas y

selladas. Asimismo se informa que no es probable que se halle a la persona del Mochuelo. Cualquier dato o indicio respecto a este particular ha de ser enviado a este cuartel general. Morella, en el día de la fecha. El conde de Morella.» Un sello decía: «Urgente».

VIII

La sima

El príncipe Lichnowsky determinó que la prolongada residencia en Vimbodí le había embotado las virtudes indagatorias y que había llegado la hora de hacer un poco de ejercicio. Como la actitud de araña expectante en su guarida-trampa, por él adoptada, no le había dado el éxito que creía seguro, era preciso seguir, hablando en metáfora, un comportamiento opuesto, el del saltamontes, y actuar con el nerviosismo de este insecto. Debía localizar a los espías que, bajo el pretexto de una expedición científica, proyectaban infiltrarse en el campo realista. ¿Cómo? Yendo a Morella. Ahora lo veía claro. El objetivo era el cuartel general de Ramón Cabrera, el águila victoriosa. Había sido un bobo por no haberlo comprendido antes. Partiría en seguida, lo más pronto posible, disfrazado de melonero. Necesitaba un carro y la mercadería adecuada. Todo iría como una seda. Todo. El príncipe Lichnowsky sonrió astutamente.

Al mismo tiempo que el príncipe realista tomaba esta decisión transcendental, el general en jefe de los ejércitos de Aragón, Valencia y Murcia, el invicto Cabrera, determinaba, quien sabe si bajo la influencia de una telepatía contradictoria, evacuar la ciudad de Morella, dejando sólo la estricta guarnición de defensa, y trasladar el cuartel general a Cherta. Era un golpe muy duro, pero necesario. Negros nubarrones amenazaban a la causa absolutista. Cantavieja y las mimadas fundiciones de cañones habían caído, ¡ay!, en manos de las tropas de Espartero, el vanidoso general de la reina. O'Donnell

subía por la costa. El conde de España había caído asesinado de manera misteriosa. ¿Acaso el vampiro hacía un doble juego? ¿Abandonaría la Providencia a Carlos V, el triunfador? Se acercaban días de adversidad y de aflictiva ponderación.

Cabrera y el ejército emprendieron la marcha al rayar el alba. Hacía un frío que pelaba, y la tropa, de los sargentos para arriba, llevaba tapabocas. El Maestrazgo era una región terrible y necesitaban llegar a la cálida huerta ribereña lo más pronto posible. La larga columna evitó, con toda clase de precauciones, penetrar en el territorio de las pulgas. Se las veía, allá, a lo lejos, dar sus saltos prodigiosos.

Los guías acordaron que el lugar más apropiado para acampar era el valle de la Encantada, donde encontrarían grandes depósitos de leña. Arroyos de agua helada bajaban de las cimas inalcanzables, entre bosques de abetos olorosos.

Antonio de Montpalau decidió explorar una sima de boca pavorosa, conocida por la sima del Difunto. El nombre le pareció muy sugestivo, y era fácil que el Mochuelo, llevado de sus particulares inclinaciones, lo hubiese escogido como residencia diurna. El lugar era solitario. La sima se abría en el centro de una inmensa llanura ligeramente inclinada. La tropa acampó en los alrededores, para ayudar en el descenso.

Como de costumbre, acompañaron a Montpalau, Isidro y Amadeo. En el último momento se les unió el ayudante del general, el valeroso Forcadell.

Después de unos momentos, durante los cuales estudió la tenebrosa entrada, Montpalau se ajustó bien ajustada la chistera, necesaria para la humedad de la sima, y, con una fuerte cuerda enrollada a la cintura, descendió con cautela, iluminando el camino con una linterna sorda. Lo mismo hicieron sus amigos.

El descenso fue laborioso y lento. Por fin, llegaron a una especie de túnel excavado en la roca, que, después de una

pendiente pronunciada, desembocaba en una gran sala llena de estalactitas. El silencio era impresionante.

Luego de atravesar esta sala a todo lo largo penetraron en otra inmensa, que parecía una maravilla de las mil y una noches. A la luz de las linternas adquiría el aspecto de un estuche ricamente forrado de seda, que fulgía con una gran variedad de colores: rosa tenue, verde esmeralda, blanco de nácar, rojo coralino… En este momento empezaron a percibir la delicadísima música de la profundidad.

Era una respiración sonora, insinuante, dormida en el tiempo. No se daban perfecta cuenta de lo que les pasaba, y se habrían tendido en el suelo, con una gran lasitud, para escuchar aquella melodía mineral. Era como un coro lejano de voces femeninas, perdidas en el recuerdo de algo inexplicable, olvidado durante mucho tiempo.

Súbitamente sintieron como un escalofrío y la certeza de una presencia extraña a sus espaldas. Se volvieron con rapidez. Una araña monstruosa permanecía inmóvil a cuatro pasos de ellos, como si se hubiese convertido en una estatua de piedra. Aquella araña, sin embargo, no tenía ojos.

Retrocedieron con precaución hacia otro pasadizo, cuyas paredes eran transparentes como el vidrio. Siguiéndolo fueron a salir a una tercera sala, atravesada por un río de aguas negras y silenciosas. Allí les esperaba otra sorpresa, muy interesante desde el punto de vista profesional de Montpalau: un gusano blanco, de enormes dimensiones también sin ojos, que se enrollaba y desenrollaba estúpidamente en un rincón.

Al otro lado del río aparecían dos pasadizos más, uno junto al otro. Saltaron sobre la silenciosa corriente, en un punto en que se estrechaba, y se decidieron a penetrar por uno de los pasadizos. La sala donde se hallaban era, comparada con las anteriores, más reducida, más íntima. La escena que se ofreció a sus ojos los dejó boquiabiertos.

Unas figuras humanas, convertidas en piedra, detenidas en acritudes diversas, llenaban la gran cavidad. Las había sentadas y de pie; otras, echadas, parecían dormir un sueño de piedra. Había también madres con sus hijos, y un perro que se buscaba rabiosamente un parásito. Montpalau dedujo que algún cataclismo geológico había sorprendido, hacía millares de años, a aquel grupo de hombres de las cavernas; y comprobó, con satisfacción, que el resultado obtenido por la naturaleza era muy parecido al que conseguía con el procedimiento de petrificación que él mismo había inventado.

Como aquella sala no tenía salida regresaron por el mismo camino hasta el río subterráneo y, después de un cambio de impresiones acerca de lo que acababan de ver, se internaron por el otro pasadizo. Aquí, el corazón de Montpalau se puso a palpitar fuertemente.

El pasadizo desembocaba en una pequeña cámara de muros de mármol negro, funeral. Dentro, a mano derecha, aparecía un féretro, vacío y casi deshecho, con señales evidentes de haber sido ocupado recientemente. Cerca del ataúd, sobre una mesa de pino sin pintar, un fajo de documentos, un tintero y una pluma. Apoyados en el muro yacían abandonados un par de trabucos.

El vampiro, como siempre, había huido a tiempo. Montpalau, a la luz de la linterna sorda, leyó la documentación que había sobre la mesa. Había títulos de propiedad de diversos terrenos y fincas de Pratdip, a nombre de Onofre de Dip; unas escrituras en lengua magiar, que Montpalau no entendía, y prospectos de propaganda carlista de la Real Junta de Berga. Leyó un sobre dirigido a esta corporación, escrito con letra gótica, así como el principio de una carta que parecía anunciar la llegada de alguien, con lamentaciones por no haber recibido oportunamente la confirmación del grado de coronel. Decía también que ahora ya no lo necesitaba, ya que, por méritos, había, ascendido a general. Estos puntos quedaban oscuros e incomprensibles. La carta parecía haber sido interrumpida de repente.

Todo producía una impresión de desorden y, sobre todo, de fuga precipitada.

Montpalau, dirigiéndose a los que le acompañaban, dijo:

—Tengo la convicción de que el vampiro se siente acorralado. En una última tentativa ha huido a Berga, como, con certeza, se deduce de estos documentos. La profecía, sin embargo, se va cumpliendo, paso a paso. ¡La victoria, finalmente, será nuestra, caballeros!

Regresaron con infinitas precauciones hacia la salida de la sima, después de que Montpalau recogiera la variada documentación del vampiro.

Cuando pasaron por la sala de la música encantada, la araña permanecía aún en la misma postura. Quizá se había movido dos o tres centímetros.

Montpalau explicó a sus compañeros que lo que sucedía al horrible monstruo era que se hallaba bajo los terribles efectos de la petrificación. Era preciso salir en seguida, porque el agente petrificador era, precisamente, la dulce música encantada.

Pronunciadas estas palabras se oyeron unos dulcísimos repertorios de arpegios minerales.

IX

Lo que está escrito

Después de un encuentro con las tropas de O'Donnell, en La Cenia, donde Cabrera tuvo la mala suerte de caer debajo de su caballo, llegaron a Cherta de madrugada. El conde de Morella volvía a ver de nuevo las tierras nativas, las huertas ubérrimas del Ebro, las masías con palmeras. Avanzaban lentamente, dejando atrás una densa polvareda, ya que, aparte de la tropa y de la caballería, iban los carros de la intendencia y los de las familias realistas que preferían seguir, temerosas, la suerte de su ídolo.

Llegaron noticias funestas. Morella, después de algunos días de resistencia, había capitulado ante las fuerzas del general Espartero, el cual, desde entonces, ostentaba añadido a su título de duque de la Victoria, el de «y de Morella». A Cabrera le dio tal ataque de furor que, si no llega a ser por Montpalau, que le recordó con tacto el peligro de su alma, habría tomado una decisión numantina, ciertamente heroica, pero nada adecuada a su estado prevampírico. A Cabrera no le convenía exponer la vida mientras Montpalau no hubiese destruido al Mochuelo. Es más, se había de lograr capturarlo por todos los medios. Ahora sabían que estaba en Berga. No hacía falta ser muy listo para darse cuenta de lo que había que hacer.

A Cabrera se le congestionaron los dos agujeritos. Mala señal. Sudaba de angustia y de rabia impotente. Montpalau se vio obligado a doblarle la dosis de la infusión anti-vampírica. Había palidecido horriblemente.

Otra noticia desastrosa. El general Zurbano, ocupando los puertos de Beceite, avanzaba rápidamente hacia el Ebro. Una tenaza se dibujaba, siniestra, tratando de ahogar a las fuerzas realistas.

Fuera de quicio, el general en jefe de los ejércitos de Aragón, Valencia y Murcia convocó una reunión de sus oficiales superiores y les expuso la delicada situación militar, callándose, sin embargo, la suya propia. Había que tomar una decisión. ¿Cuál? Los oficiales permanecían silenciosos. El general se ponía en una actitud heroica, sublime. ¿El alma o la corona? Los oficiales contestaron que Cabrera tenía toda su confianza. Que se dejarían matar por él. Que el general, pues, decidiese; ellos obedecerían.

El aire era dulce en la ribera. Bajo graciosos emparrados había albercas de piedra. A veces, el agua rebosaba, y los payeses la aprovechaban para regar los sembrados. Los niños jugaban por los caminos que llevaban al río, con espadas de madera y gorros de papel. Se divertían también con las bolas y el trompo. Corrían, anhelosos, en la más amplia libertad, por los ribazos de las cercanías, y, desde muy pequeños, conocían los nombres de las hierbecitas, que variaban según los pueblos. Después crecían, se hacían hombres para morir y convertirse en ásperas hierbas de matorral, bajo el sol ardiente. Si se levantaba la cabeza, sin embargo, estaba el firmamento y las cosas oscuras y difíciles, y las claras y luminosas que no se acababan de entender.

El aire era muy dulce y suave, y tibio, y movía la flor de la retama y traía el perfume de los cerezos. Lentamente, pasaba un carro, camino del atardecer. Un payés quemaba unos rastrojos.

A media tarde llegó un correo que entregó a Cabrera el nombramiento de general en jefe del ejército de Cataluña y de presidente de la Junta Gubernativa de Berga.

Lo que está escrito, escrito está. Montpalau suspiró con alivio. El conde de Morella lloraba.

Se oyó un silencio mineral. Una extraña pero al mismo tiempo dulce vibración metálica. En seco, fundido en el sol de la tarde, cayó un rayo al otro lado del río. Las bestias enmudecieron.

Cabrera, volviéndose hacia la tropa formada, dijo en voz alta:

—Mañana cruzaremos el Ebro, para adentrarnos en Cataluña. ¡Viva el rey!

Montpalau ayudó al general a bajar del caballo. Se hacía rápidamente de noche.

CUARTA PARTE

I

El paso del Ebro

«Signora Matilde:

»Io le avevo scritto un'altra volta. Le avevo scritto lungo perchè el mio cuore nuotava nell'affetto e io non avevo un'anima in cui versarlo. Il mio pensiero era allora apresso in preda alla più terribile angoscia e io non sapevo che fare per alleggerirgliene el peso.

»Ho sperato che Ella si muoverebbe a compassione se non di me, almeno di lui, Dio volle che l'affetto non corrispondesse al mio voto e Dio solo ne sa il perchè. Ma se io mi volgevo a Lei nel patimento perchè non potrò parlarle quando vivo nella fiducia e nel contento… Oh ch'io mi ricordi sempre del primo giorno che la vidi!, ch'io mi ricordi sempre quel momento celeste in cui l'occhio mio affaticato si riposò sulla sua fronte.

»Matilde, Matilde, oh!, lascia ch'io t'ami sempre!, deh!, non distruggere questa illusione beata che si è incarnata in me! Lascia ch'io speri di vedere un giorno i nostri destini baciarsi insieme e confondersi in uno solo. Dimmi una sola parola di speranza, scrivimi una riga di conforto e l'anima mia si farà più leggera e l'amore più caldo.

Félix Vicenzo

El príncipe Lichnowsky, después de mirar de nuevo a la dama del medallón, escribió en el sobre: Madame Matilde Leblanc —de soltera, Matilde de Ferrari—, Rue Saint Germain Tauxerrois, número 15, París. Escribía desde la

hospedería de Granadella, con poca luz y una añoranza penetrante y desesperada. ¡Cuándo acabaría esta guerra, Dios mío! Había conocido a Matilde durante el último viaje a Roma, en casa del príncipe Colonna d'Este. Desde entonces sentía por ella un desesperado amor, ya que la dama estaba casada, con un rico comerciante de vinos francés con intereses en Borgoña.

Lichnowsky enganchó el caballo al carro y se dispuso a cruzar el Ebro por Ribarroja. Un lugar inesperado. Había hecho una ruta desconcertante y conocido pueblos cuyos nombres ni siquiera aparecían en los mapas. Recordaba con singular afecto Pobla de Cérvoles, enclavado en un paisaje lunar, muy a propósito para evocar su romántico amor. *La mia vita. Matilde!*

Exactamente a la misma hora, nuestros amigos, con Cabrera y su ejército, atravesaban el Ebro en sentido contrario, por Flix, a un disparo de fusil de Ribarroja. Novau tuvo ocasión de lucir de nuevo sus excepcionales dotes de navegante; únicamente, sin embargo, en beneficio del elemento civil que acompañaba a Cabrera, ya que, como prisionero de guerra, no podía ser obligado en ningún caso a actuar en contra de las propias convicciones y en perjuicio de la reina. Así decía claramente las cláusulas del humanitario tratado de Eliot.

Cabrera ordenó que pasara primero la caballería, ya que a los caballos no les daba miedo el agua y nadaban con una experiencia innata. Cada jinete había de cargar a la grupa de su caballo a un soldado de infantería. La operación era arriesgada y peligrosa, pero no quedaba más remedio. Era preciso obrar con prontitud y decisión. Una vez en la otra orilla, aquel jinete que se sintiera con fuerzas repetiría, por amor a la Causa, la aventura. Muchos perdieron la vida en este intento, al no poder soportar el caballo tanto peso. La corriente, entonces, arrastraba rápidamente los cuerpos de los ahogados. No obstante, una parte nada despreciable del ejército cruzó el Ebro de este modo.

El grueso de la tropa fue transportada en tres barcazas que, años atrás, el conde de Morella había hecho hundir, llenándolas de piedras, en un lugar secreto, cerca de Flix. Fue, sin duda, una clarividente intuición, ya que a Cabrera no se le podía haber ocurrido entonces para qué servirían. Este trabajo fue lento e impacientaba al general. Seis nadadores de primera se zambullían alternativamente y, en cada inmersión, iban aligerando lo que podían la carga de las barcas. Por fin, cuando no quedó en ellas ni una sola piedra, ataron las embarcaciones con largas cuerdas a las caballerías y, sacándolas a flote, las arrastraron por el fango de la orilla.

En mitad de la operación fueron hostilizados por la vanguardia de O'Donnell, el grueso de cuyas fuerzas había llegado a Mora de Ebro. Llagostera, con el primer batallón de cazadores de Tortosa, tomó posiciones defensivas, para proteger el paso del ejército, y, en un contraataque valeroso y obstinado, rechazó al enemigo, que tuvo que replegarse hasta el pueblo de Ascó. El áspero color ocre de aquellas tierras y abruptas colinas se engalanó con los chillones uniformes constitucionales y las boinas rojas de los carlistas.

Cabrera tuvo que acostarse en una parihuela, y, desde allí, dirigía el movimiento de las tropas. Se sentía exhausto, pero con la esperanza de acabar pronto con aquel desbarajuste apocalíptico de su vida. Sin haber estado en ellos jamás, soñaba, como en una premonición extraña, con unos prados verdes y húmedos, muy parecidos a los de Surrey, y con una vida tranquila, burguesa y familiar, entre ladridos de *setters* y con la ausencia total del terrible No Muerto.

—Valor, general —le alentaba Montpalau—. Valor. Estamos en el principio del fin. La ciencia está de nuestro lado. No tema. Es usted joven, y tiene toda la vida por delante.

Cabrera sonreía. Montpalau le caía simpático. Lástima que fuese liberal.

Lichnowsky también sonreía. Oculto tras unos matorrales de tomillo oía los disparos de fusilería, y sonreía feliz,

imaginándose una emboscada carlista a las incautas tropas de la reina. A su lado, sobre una piedra muy lisa, se movía, tímidamente, un camaleón seco y comprimido. De vez en cuando sacaba una lengua contráctil, increíblemente larga, y atrapaba un insecto. Evolucionaba con infinita prudencia.

Novau transportaba a las familias realistas que huían de posibles represalias. Caballeros meditabundos, con la nobleza reflejada en el rostro, contemplaban, tristes, quizá por última vez, las tierras en que habían nacido y que ahora abandonaban; madres jóvenes amamantaban a sus hijos y lloraban, silenciosa y resignadamente. Amadeo colaboraba en la maniobra, y estaba al cuidado de la vela que había izado el intrépido navegante. El humanitario comportamiento de los dos hombres mereció, por parte del conde de Morella, elogios de generosa vehemencia.

—Es una gesta propia de héroes —murmuró, sin fuerzas, Cabrera—. Constará con letras de oro en el diario de operaciones. Sus nombres merecerán el agradecimiento de nuestro rey.

Pasaba ahora la intendencia y la escasa artillería. Colocaron los carros, con grandes esfuerzos, en las barcazas. Uno de los grandes cañones fundidos en Cantavieja se hundió en el lodo de la orilla y fueron inútiles los intentos para salvarlo. Se vieron obligados, pues, a abandonarlo, no sin haber destruido concienzudamente la culata y hundirlo más. Fue lo único, de las armas y bagajes de los carlistas, que cayó en manos de las fuerzas liberales.

Montpalau admiró el valor y —¿por qué no confesarlo?— la disciplina de aquellas tropas tan ferozmente vilipendiadas. La vida militar aparecía en toda la grandeza de que era capaz una voluntad abnegada.

El último en cruzar las aguas fue Cabrera, protegido por los fidelísimos cazadores de Tortosa. Se oían unos cuantos disparos aislados. Remontaban el río diez o doce gaviotas que venían del delta, extrañas, indiferentes a todo.

La tarde se iba poniendo dulce y suave. En la lejanía se veía el Montsant, con una amplia cortina de nubes encima. Un soldado, natural de Rasquera, dijo, al contemplarlo, el siguiente adagio:

Si el Montsant está cubierto

que no hay que fiarse es cierto.

II

La ruta

El duque de la Victoria y de Morella tuvo una desagradable sorpresa cuando recibió la noticia de la penetración efectuada en Cataluña por las fuerzas de Cabrera. Contaba con haberlo aniquilado, mediante la conjunción de los ejércitos de O'Donnell y Zurbano. No obstante se daba por segura la destrucción total de la facción carlista. S.S. M.M. las Reinas habían partido de Madrid, en viaje triunfal, hacia Barcelona, a tomar baños de mar. La Medicina se aliaba con la Política. Espartero, con astuta previsión, publicó un bando rigurosísimo. He aquí el texto:

BANDO

BALDOMERO ESPARTERO, grande de España de primera clase, DUQUE DE LA VICTORIA Y DE MORELLA, CONDE DE LUCHANA, gentilhombre de cámara de S. M. con ejercicio, caballero de la insigne orden del Toisón de Oro, gran cruz de la distinguida orden de Carlos III, de la Americana de Isabel la Católica, de las militares de San Fernando y San Hermenegildo, y del gran cordón de la orden real de la Legión de Honor; condecorado con otras distinciones por acciones de guerra; capitán general de los ejércitos nacionales, en jefe, de los reunidos, coronel de honor del regimiento de húsares de la Princesa, etc., etc.:

Desde que, a consecuencia de la acción de Urdax, fue expulsado de España el Pretendiente, que hubo de buscar refugio en Francia, todos aquellos que han seguido su injusta causa deberían haber depuesto las armas, reconociendo su

error; pero, hechos sus principales caudillos a las profanaciones, al hurto, el incendio y el asesinato, no fue suficiente para apartarlos de la carrera del crimen ni la completa pacificación de las provincias vascas ni el indulto que ofrecí a mi llegada a Aragón con el numeroso ejército que me acompañaba desde el norte de la Península.

Sólo en Cataluña existen todavía enemigos de nuestra legítima reina, Isabel II, de las instituciones que para prosperidad de la patria han sido reconocidas y juradas por la nación; pero pronto tales enemigos serán exterminados por los ejércitos que tengo la gloria de mandar, y veré con placer que desde todos los rincones de la monarquía se entonen cánticos de paz y cese el eco funesto de la guerra. Para que esta paz, objeto de mi constante solicitud, sea rápidamente asegurada en Cataluña, sin que las facciones de los rebeldes, de asesinos y de ladrones consigan, aprovechando las características del terreno, prolongar los desastres y la ansiedad de los pueblos, he considerado de absoluta necesidad ordenar, desde ahora, por medio de este bando, lo que sigue:

Art. 1.º — Las autoridades de los pueblos que en el momento de entrar en el territorio de su jurisdicción fuerzas rebeldes o alguna partida de facciosos no diesen parte a los oficiales de las armas de los puntos fortificados, a las columnas o divisiones del ejército nacional, sufrirán la pena de que sean sorteados sus miembros para que uno de ellos sea fusilado y los restantes destinados a presidio por dos años; serán impuestos además 20.000 reales de multa por cada 100 vecinos, que pagarán todos ellos para atender los gastos de la guerra.

Art. 2.º — Las autoridades de los pueblos en que se oculten uno o más rebeldes serán responsables, juntamente con el vecindario, bajo las penas determinadas en el artículo anterior; y, siempre que se proteja su ocultación en una o más casas, sufrirá la pena de muerte el cabeza de familia.

Art. 3.º — Todos los rebeldes no uniformados serán fusilados en el acto.

Art. 4.º — Se entenderán comprendidos para sufrir la pena ordinaria del artículo anterior todos los elementos civiles que se reúnan en somatén o que aisladamente sean sorprendidos con armas; todas las partidas que con el nombre de «patuleas» facciosas recorran el país y cualesquiera persona que separándose del grueso de las fuerzas enemigas se dedique al hurto, a la interceptación de correos y al asalto de caminos a retaguardia de las líneas que progresivamente ocupen las divisiones de los ejércitos bajo mi mando.

Art. 5.º — Todos los habitantes que no sean milicianos nacionales presentarán sus armas a los gobernadores o comandantes de los puntos fortificados. El que no obedezca esta orden será fusilado, entendiéndose que este castigo recaerá en el cabeza de familia, en la casa donde fuese hallada el arma o las armas, y, además, el pueblo sufrirá 1.000 reales de multa por cada una de las que se hallen.

Art. 6.º — Los facciosos que se presenten a los gobernadores u otros jefes militares se les dará un salvoconducto para que fijen su residencia en el pueblo que elijan.

Art. 7.º — Me responderán con sus personas y sus cargos todos los jefes militares que falten al cumplimiento de lo que se dispone en este bando, el cual tendrá fuerza de ley desde el día de su publicación, respecto de los enemigos a quienes comprenda, y desde que llegue a poder de las autoridades de los pueblos en lo que afecta a su responsabilidad y penas determinadas, al efecto de lo cual todas las autoridades militares de los distritos respectivos exigirán recibo con expresión del día en que les ha sido librado.

Dictado en el cuartel general de Manresa el día de la fecha.

— EL DUQUE DE LA VICTORIA

Estas disposiciones produjeron un efecto deprimente entre los partidarios de la causa realista en Cataluña, los cuales, a excepción de los insensatos, veían cómo la desgracia se cernía sobre ellos. En Barcelona, la anunciada visita de María Cristina, la cual estaba entregada en cuerpo y alma a los moderados, provocó grandes manifestaciones y alborotos en las Ramblas, en contra de la proyectada ley sobre los ayuntamientos.

Se oían disparos. Se pronunciaban discursos. El marqués de La Gralla y el canónigo Matons dedicaban largos y minuciosos estudios a la telepatía y el vampirismo. La «avutarda géminis» —la inclasificada— permanecía, por el momento, arrinconada, triste y decepcionada, en compañía de una carta del «divino» Madoz y Fontaneda, que permanecía sin abrir sobre la mesa del despacho de Montpalau.

José Ignacio, el hijo del marqués, acababa de inventar, durante los últimos meses, la «flauta liberal», artefacto cornudísimo para llevar en el bolsillo, y el cual, sólo con que se soplase en él, tocaba el himno de Riego. El invento era adecuadísimo para concertar una gran masa de instrumentistas del flautín en cualquier reunión política que tuviese lugar al aire libre o en un local cerrado. Esperaba alcanzar un éxito popular envidiable.

Entretanto, el ejército del conde de Morella cruzaba Cataluña, con dirección a Berga, siguiendo un trayecto rectilíneo, sin que fuese molestado por nadie. A tres kilómetros de Granadella se desviaron hacia Pobla de Cérvoles, después de bordear el Montsant, bajo un aguacero desalentador, y siguieron por la sierra de Llena, con dirección a Albi, donde pernoctaron.

En estos misteriosos parajes, apenas conocidos por persona alguna, Montpalau descubrió un saurio volador —indudablemente fósil viviente de la era cuaternaria— que poseía la rara virtud de hablar como un loro. Un voluntario vasco de Fuenterrabía, llamado Arpiazu, cocinero de uno de

los batallones, se aficionó tanto al saurio orador que se ofreció a Montpalau para llevarlo en una jaula y darle de comer y de beber. Durante las marchas y contramarchas, se le podía ver, entre peroles y barreños, somnoliento y un tanto estúpido, cantar un zorcico en vasco, absolutamente incomprensible:

Aztu, aztu gernikako

arrigola guetairá.

Un día, Amadeo se le acercó, y, harto de tanta palabrería realista, le enseñó, a escondidas del vasco, un pareado liberal, procaz y malintencionado. Decía así:

¡Viva la Constitución

y que muera el gran Cabrón!

El pareado se refería, como es natural, al Pretendiente; pero Cabrera, que tuvo ocasión de oírlo, creyó que aludía directamente a él, y decretó, en un furibundo ataque de ira, la reeducación realista del saurio, o la pena capital, en forma alternativa. Resultaron inútiles las indagaciones para identificar al desvergonzado maestro. Por fortuna, el saurio volador volvió a cantar de nuevo el zorcico realista.

A la mañana siguiente de este episodio, las columnas carlistas prosiguieron la marcha hacia Vallbona de les Monges, donde Montpalau —rara coincidencia— tuvo ocasión de admirar el sepulcro de la reina Violante de Hungría, en el célebre y destartalado monasterio, tan rico en maravillas arqueológicas. Las monjas, que eran de clausura, homenajearon al conde de Morella y acompañamiento con unas copas de vino rancio y unos pastelillos de hojaldre de fabricación conventual, que sirvieron a través de un torno de madera decrépita. Las pobres monjas se hallaban en un estado económico muy precario, y se lamentaron profundamente a Cabrera, con el fin de que lo hiciese llegar a conocimiento de Carlos V. Después de cantar, de pie, un credo, los oficiales carlistas fueron despedidos a través de la reja del locutorio por

monseñora la abadesa, la cual deseó a las armas carlistas toda clase de éxitos y prosperidades.

Montpalau y su primo, Isidro de Novau, se mantuvieron dignamente al margen de estas alocuciones políticas, contrarias a sus propias convicciones.

Luego de este descanso, el ejército carlista continuó, de manera acelerada, la marcha hacia el norte, y cruzó la carretera de Barcelona por Hostalets, tres horas al este de Cervera. Pernoctaron en los alrededores de Calaf, donde hicieron una requisa de averío y alpargatas. Al despuntar el día, con calzado nuevo y el corazón palpitante, el ejército fantasma emprendía el camino de Berga.

III

Berga

La sombra descendía por los tejados, se enroscaba en alguna chimenea invisible desde Santa María de Queralt, y se cuajaba en el aire frío del amanecer. Prefería las buhardillas oscuras de inclinado techo y la madera vieja y reseca de los aéreos palomares. Al paso de la sombra, las bestezuelas se acurrucaban en el rincón más distante, con un silencio detenido, yerto. Cansadamente, se desenroscaba allí donde estuviese y, en una finísima estría de niebla y de humo, volaba, casi invisible, hasta un observatorio más adecuado. Entonces volvía de nuevo a dar vueltas en torno a un eje corpóreo con una cierta desgana y con un nervio flojo y derrotado. La ciudad se agrupaba debajo, gris y compacta, alrededor de los campanarios de Santa Eulalia y San Juan. Fuera de las líneas fortificadas, más allá del arroyo de Metge, ondulaban los campos labrados, la vida libre y campesina, los pájaros perseguidos por ráfagas de tramontana.

Descendió lentamente, con precaución, deslizándose por una vieja fachada llena de grietas. Se detuvo en el alféizar de una ventana y se adhirió a los postigos entreabiertos, mal ajustados. Hizo un esfuerzo. Con leves movimientos procuró infiltrarse en el interior. Apenas visible, permaneció suspendida en el fleco de una cortina.

La habitación era casi cuadrada. Las paredes estaban simplemente enjalbegadas; y, en el fondo, había un gran retrato del Pretendiente. Seis o siete personas, sentadas en sillas de enea, fumaban cigarrillos. Vestían de negro, y ponían

unas caras muy largas. Debajo del gran retrato había una mesa, con una caja-escritorio de viaje y una campanita de metal. Detrás, un asiento vacío, tapizado de terciopelo rojo. Todo tenía un aire rancio, desconcertante.

Entró un mozo de escuadra, con la escarapela realista, y anunció:

—El señor presidente de la Junta, monseñor Torrebadella.

Seguidamente compareció un cura robusto, de cara siniestra, un poco calvo. Los presentes se pusieron en pie. El canónigo fue derecho al asiento vacío, detrás de la mesa, y, sin cumplidos, se sentó. Entonces, mirando duramente hacia la pared del fondo, como si no hubiese nadie en su presencia, dijo:

—Caballeros, Cabrera está en las puertas de Berga. Este asunto lo hemos discutido mil veces. Si tuviésemos la fuerza suficiente, lo recibiríamos, como saben, a cañonazos. Pero Cabrera viene al frente de un ejército, y nosotros sólo tenemos a Pep de l'Oli por toda defensa. Hemos de ponerle, pues, buena cara.

—Pero el general Segarra… —insinuó tímidamente uno de los vocales.

—El general Segarra me ha comunicado que no contemos con él —cortó rápido el canónigo—. Está muy ocupado en Campdevánol, preparando la acción contra Ripoll.

El canónigo sacó una minúscula tabaquera y, muy calmosamente, aspiró una pizca de rapé.

—La desgraciada muerte del conde de España —continuó — nos indispone, hemos de admitirlo, con Cabrera. Pero nosotros lo único que hicimos fue destituir al conde: nada más. En todo caso, la responsabilidad recae sobre Segarra, que es el jefe de las fuerzas a las cuales fue confiado el destituido general. Nosotros no tenemos nada que ocultar y, por lo tanto, podemos dar la cara. Ahora bien, la extraña conducta de Segarra seguramente llamará la atención de Cabrera…

La esperanza iluminó el rostro de los presentes. Los vocales se exaltaron. Se alabó la astucia del canónigo. Este tocó la campanita.

—Orden, señores, orden. Hemos de proceder con tacto. Hemos de ser prudentes como la serpiente, dóciles como la abeja. No nos dejemos llevar por nuestros impulsos. Metámonos primero en el bolsillo al tigre del Maestrazgo.

Todos asintieron, satisfechos. Torrebadella sacó un pañuelo de sospechoso aspecto y, después de un fenomenal estornudo que dejó expeditas las vías respiratorias, añadió:

—Contando con la conformidad anticipada de la Junta, he dado las instrucciones necesarias para que, cuando se vea llegar a Cabrera, se dispare un cañonazo. Es la señal. Las campanas de todas las iglesias comenzarán entonces a voltear con entusiasmo. Y nosotros, en corporación, en formación correcta y regular, entre los gritos y la alegría de los bergadanes (los cuales, dicho sea de paso, han sido ya preparados desde el púlpito), abriremos las puertas de la villa al invicto conde de Morella.

Hizo una pausa. Volaba un moscardón junto a los cristales de la ventana. Había también un poco de humo deshilachado. Continuó:

—El general verá sin duda con buenos ojos el sumiso recibimiento de la Junta, su alegría, su respetuosa deferencia y, sobre todo, su serena actitud. Verá también (y esto es importante, señores) la ausencia de uno de sus vocales. Extraña ausencia, por cierto, sin justificación alguna, ni siquiera por unas vagas operaciones militares. Inquirirá, preguntará. La sombría mirada del general quedará dubitativa. Es sintomático.

El canónigo Torrebadella soltó una risotada chirriante, muy desagradable. En aquel momento, un mozo de escuadra servía a los vocales unos vasos de agua azucarada: bebida triste, pero saludable, suave.

Se oyó el estrépito de un cañonazo. Todos los presentes, como movidos por un resorte automático, se pusieron en pie. El siniestro canónigo, que removía el agua azucarada con una cucharilla, apuró ávidamente hasta la última gota. Alzó los brazos.

—Un momento, señores. He de comunicarles también que he recibido otra carta, en forma de instancia, de ese extraño guerrillero que se llama «el Mochuelo», ofreciéndose de nuevo y prometiendo librarnos de Cabrera. La carta tiene un extraño tono patético. Solamente pedía, para organizarse, una cripta de iglesia abandonada. Como comprenderán se trata de un chiflado, de un loco rematado. He arrojado la instancia a la papelera.

Todos asintieron con la cabeza. Les dominaba una grande y dilatada impaciencia.

—Y ahora, caballeros —manifestó Torrebadella—, ha llegado la hora. Vayamos a recibir al inmortal Cabrera.

Dicho esto, desapareció rápidamente por la misma puerta que había entrado. Fue seguido, en tumulto, por los demás miembros de la Junta. La habitación quedó desierta.

Entonces sucedió algo imprevisto. Los finos jirones de niebla adheridas a la cortina de la ventana se convirtieron en una espiral de humo negro que giró vertiginosamente, concretándose en una figura humana, desdibujada y borrosa. Emitió unas palabras incoherentes, de intención blasfematoria. El moscardón se posó sobre la cabeza de la figura; se fundió en ella, y aparecieron dos ojos horripilantes, incandescentes, satánicos. La figura se contrajo, como bajo la presión de un irresistible dolor, y vaciló un poco. Después fue diluyéndose en el aire, lentamente, sin dejar rastro.

Entretanto, los vocales de la Real Junta de Berga, con su presidente al frente, el canónigo Torrebadella, se situaron en la calle, en doble fila, entre un estrepitoso repique de campanas. Todos los vecinos se asomaron a los balcones.

Desembocaron en la plaza. Allí, Pep de l'Oli aguardaba con su batallón, formado por tipos de aspecto patibulario. Se tocaban con barretinas rojas y se distinguían por su suciedad. Las gentes de Berga los veían con malos ojos, ya que corría la voz de que se dedicaban al hurto y que cometían toda clase de fechorías.

Pep de l'Oli era un hombre de baja estatura, rechoncho, de colorado rostro, muy mal hablado; llevaba una barretina morado-oscuro. Cuando vio a la Junta saludó con el sable. Parecía un *sans-coulotte* de la Revolución Francesa.

Desde la azotea de una casa repleta de entusiastas espectadores descolgaron unas colchas de damasco floreado, cosidas unas con otras, en las cuales, con grandes letras de papel, habían escrito:

BERGA

AL VICTORIOSO CAUDILLO

RAMÓN CABRERA

¡VIVA EL REY ABSOLUTO!

Las colchas conservaban todavía los pliegues de haber permanecido largo tiempo guardadas en la cómoda. Lo ataron todo con unas complicadas y artísticas lazadas. Desde los balcones llovían saludos sobre los vocales de la Junta.

Llegó corriendo el alguacil del consistorio municipal con un cojín bordado, sobre el cual llevaba la llave simbólica de las puertas de Berga. Se colocó a la izquierda, dos pasos detrás de Torrebadella.

En aquel preciso momento, la banda militar atacó una marcha muy ponderada. El bronce de las campanas, la música marcial, los chillidos de los niños, la bulla de la gente y el estallido de los cañonazos se mezclaban en una barahúnda popular ciertamente enervante.

Emprendieron solemnemente la marcha. Iban como en la procesión. Primero, la música. Seguía la Junta en Corporación.

Detrás, Pep de l'Oli, con su batallón de indeseables. Cerraba la marcha la población desbordada.

Se abrieron de par en par las puertas.

Al frente, en formación de combate, terribles en su inmovilidad, aparecieron las fuerzas del ejército de Cabrera. Destacóse un grupo de oficiales, y entre ellos, cubierto de condecoraciones, el terrible caudillo.

Se helaron las sangres. Todos enmudecieron. Entonces, paso a paso, Cabrera entró en Berga.

IV

El patético suceso de los caballos

Como primera providencia dispuesta por Cabrera como capitán general de los ejércitos de Cataluña, a los dos días de haber entrado en Berga, hizo encarcelar a la Real Junta Gubernativa en peso, en calidad de culpable del asesinato del anterior capitán general, el conde de España. Se instruyó un riguroso sumario, y los vocales, hundidos en un abismo insondable de desesperación, y con Torrebadella al frente, fueron encerrados en los subterráneos del convento de San Francisco, donde, normalmente, en la planta, se instalaban las reales armerías, servidas por unos voluntarios vizcaínos irascibles.

Cabrera repuso en su cargo al anterior intendente general, Gaspar Díaz de Labandero, destituido por la Junta, y reorganizó la administración de arriba abajo. La situación política en general, sin embargo, empeoraba rápidamente, ya que Cabrera se encontró con una capital del carlismo catalán desmantelada, sin nada de nada. No había armas, ni municiones, ni apenas ejército. No había, sobre todo, dinero. El general Segarra, comandante provisional de las fuerzas carlistas del Principado, habiendo previsto la animadversión de Cabrera, se pasó al enemigo, días después de la llegada de éste a Berga.

Todo permitía prever una catástrofe. Espartero, desde su cuartel general, que había instalado en Manresa, concentraba un poderosísimo ejército, con la flor y nata de los generales liberales; y aguardaba a dar la batalla definitiva en el momento

oportuno. Con este ejército quedaba bien claro que Berga no podría resistir. El elemento civil comprometido políticamente que residía en esta ciudad comenzó el éxodo hacia la frontera, pretextando unos motivos de salud, otros alguna comisión de servicio. Cabrera, que no se hacía ilusiones sobre la situación real, acabó por reconocer claramente que sólo debían permanecer en territorio carlista los útiles para la guerra; y, deseando salvar a sus hermanas del peligro de una captura, las hizo conducir, disfrazadas, a Perpiñán.

El conde de Morella no había empeorado físicamente, pero sufría una depresión moral aguda. Antes de que todo hubiese terminado, se decía, era preciso encontrar al Mochuelo. Este pensamiento le crispaba y, al mismo tiempo, le hacía desfallecer. Para ocultar la terrible marca del vampiro llevaba anudado al cuello un pañuelo blanco de seda.

Antonio de Montpalau, con el beneplácito de Cabrera, instaló unas oficinas en la calle del Santo Cristo, para organizar la persecución del rastro del No Muerto. Articuló un sistema de espionaje con ramificaciones en toda la comarca y ofreció, con gran publicidad, un premio de cincuenta reales, efectivos en el acto, al que facilitase algún indicio respecto al lugar donde se hallaba el Mochuelo. Entre los papeles de la disuelta junta Gubernativa encontró una carta que le llamó poderosamente la atención y que aclaraba muchas cosas. Era, evidentemente, del Mochuelo, ya que así se denominaba a sí mismo el abajo firmante; y, por las precisiones geográficas que daba en un misterioso plano ofrecido para aniquilar a Cabrera, se deducía que no estaba lejos de Berga, sino, por el contrario, muy cerca. ¿Dónde? Esto era lo que trataba de dilucidar, con astucia científica, Antonio de Montpalau.

En un margen de la carta, escrito con lápiz rojo y caligrafía de Torrebadella, se leía: «Desestimada»; y, después, subrayado: «¡Loco!». Esto le hizo meditar profundamente; le pareció que el Mochuelo, viéndose rechazado de todas partes, y con sus enemigos pisándole los talones, como vulgarmente se dice, debía de estar desesperado, y que, entonces,

enloquecido, podía muy bien cometer algún desatino que le descubriese. Era muy verosímil.

Optó por esperar pacientemente. Un día, mientras pensaba en su amada, la dulce Inés, entró en su despacho el veterinario de la caballería carlista, José Solanes, y le explicó:

—Estoy desesperado. Una fuerza oculta ha hecho enfermar a todos los caballos del ejército. No sé lo que les ocurre. No se mueven y están cada día más decaídos.

Montpalau le respondió que no era su especialidad y que, lamentándolo mucho, no podía ayudarle. Aquella noche, sin embargo, se le ocurrió consultar un célebre tratado sobre caballos que encontró en la biblioteca de la Junta, y que, curiosamente, empezaba así:

«El presente libro trata de enfrenamientos de caballos de la brida y cría de potros y de la forma y manera que debe usar el que cría dicho potro hasta la edad de cinco años y cómo el caballero ha de darle las primeras espuelas y de qué manera se debe poner en la silla y de poner las piernas y los pies y el cuerpo, asimismo trata el dicho libro de los pelos y colores de los caballos y de las condiciones y bocas de dichos caballos y de las bridas que han de menester para tener las bocas concertadas para todo ejercicio de guerra y de las enfermedades y males que tienen los caballos y las causas porque vienen dichos males al régimen que ha de tener el caballero en la crianza del potro así en la comida como en el beber y la albeitería de todos los males que se muestran en el caballo en dicho libro. El cual libro ha ordenado y compuesto mosén barnat de casses domiciliado en la ciudad de gerona por servicio de muy alto y muy excelente y cristianísimo el rey don fernando rey de aragón y castilla y de las islas y de las dos sicilias y de jerusalem muy buenaventuramente reinante y de inmortal memoria nro. señor el cual dicho mosén de casses viendo comienzos y principios de guerra por el rey de francia contra nro. rey y señor y la patria que por causa de la gran pacificación y grado que de mucho tiempo era con dichos

reyes viendo los caballeros de la brida a causa de cabalgar a la jineta por esto ha querido componer dicho libro comenzando en el mes de abril del año presente que contamos Mil cuatrocientos noventa y seis que había las cortes en Tortosa. A todos los que verán y leerán dicho libro que sepan y entiendan lo contenido en él quieran corregir y enmendar faltas de aquél como se acostumbra entre caballos y hombres de guerra y albéitares según por ellos sea bien visto.»

Cuando hablaba de las enfermedades misteriosas de los caballos daba una fórmula de éxito seguro:

«Pondréis la oreja derecha del caballo en la mano y persignareis tres veces el caballo y diréis así: *Quando xpus natus fuit omnis dolor fugatus fuit, fuge dolor, fuge langor quia xpus te persequitur*. Y esto diréis tres veces y cada vez persignaréis por tres veces y diréis tres padrenuestros y tres avemarías y esto en reverencia de la santa trinidad y curará sin duda.»

Montpalau se rió de estas fórmulas seudocientíficas que, más que en la ciencia, tenían su origen en la ignorancia y la superstición, las cuales un espíritu racionalista rechaza enérgicamente y con desdén; y seguidamente meditó sobre el fenómeno desconcertante de los caballos.

A la mañana siguiente fue a verlos, en compañía del veterinario jefe, que estaba muy triste. Al entrar en los establos le sorprendió un intenso olor a azufre.

Inmediatamente, Montpalau se sacó una pequeña cruz pectoral que llevaba bajo la camisa, y destapó una caja llena de ajos que guardaba siempre en el bolsillo. Enarbolando estas armas, y seguido del desconcertado veterinario, penetró en la lóbrega oscuridad de los establos.

—Cuidado —advirtió Montpalau—. No se separe en ningún momento de mi lado.

En efecto. Un bramido terrible acogió estas palabras de nuestro protagonista. Era una exclamación de ira; pero, al

mismo tiempo, como una lamentación desesperada. Algo explotó en el fondo del establo, y un lienzo entero de pared se hundió con gran estrépito. Los dos hombres quedaron literalmente sepultados bajo el polvo. No podían ver nada.

Al ruido de la explosión acudieron, solícitos, Isidro de Novau y Amadeo, junto con los mozos de las cuadras, los cuales, después de grandes trabajos, extrajeron, medio desmayados, a Montpalau y al veterinario del fondo de la enorme polvareda.

Después de beber, a sorbitos, un cordial eficacísimo, Montpalau, seguido de sus amigos y auxiliadores, penetró otra vez en el establo. El polvo se había disipado, y la visibilidad era perfecta.

Era precisamente lo que se temía Montpalau. Sí, ahora podían comprobarlo. Todos los caballos yacían con la mirada triste, ¡y, en medio del cuello exangüe, los dos agujeros!

Montpalau ordenó en seguida la práctica balcánica. Era preciso evitar a toda costa que los caballos cayesen en estado vampírico. Intentarían la técnica del ajo, de efecto tan radical.

Isidro de Novau, que se había entretenido examinando minuciosamente a los caballos, dijo, quitándose la pipa de la boca:

—Demasiado tarde. Los caballos acaban de morir.

Efectivamente, todos, al mismo tiempo, habían traspasado el umbral de la muerte. Montpalau se horrorizó, ante la visión de doscientos caballos convertidos en vampiros, en cabalgada nocturna y apocalíptica. Era trágico y grotesco a la vez. Pero no debía permitirlo. Aquella abominación no se produciría. Quedaba todavía el último recurso. ¡La destrucción! La práctica de la destrucción, que era, al mismo tiempo, la de la liberación.

No hubo otro remedio. Durante toda la tarde, antes de que se pusiese el sol, fueron decapitando, uno por uno, a los caballos, mientras les llenaban la boca de liliáceas. Después,

con una finísima astilla de madera, les atravesaron el corazón. El conjuro se había roto.

Montpalau, con delicada previsión, hizo jurar a los presentes que no dirían ni una palabra a Cabrera de lo que habían visto. Habría sido un golpe mortal.

El veterinario certificó una epidemia de diarrea galopante. Era lo correcto.

V

La última investigación

La tierra, de intenso color ocre, sin una brizna de hierba, reseca y desolada, se organizaba en estructuras de pesadilla, con áridas hondonadas erosionadas por la lluvia y el viento. La ruta, no obstante, era segura, siempre que se evitasen cuidadosamente las poblaciones. Dejó atrás Calaceite y Alcañiz y, cerca de Codoñeda, hacia el sur, se desvió a la izquierda. Era un paisaje horrible. Encontró una ermita solitaria, con un patio porticado, dedicada al culto de la Virgen de Montserrat; y allí comió un cuscurro de pan. Continuó luego, siempre hacia el sur.

El príncipe Lichnowsky pasó la noche en un cañizal. Al rayar el alba continuó su camino con el carro. Cuando salía el sol vio, en la lejanía, el áspero roquedal de Morella. Entonces se puso el uniforme y la boina roja. Las condecoraciones brillaban al sol. Montó a caballo, dejando el carro en una hondonada, y, a trote ligero, se dirigió a Morella. Unos payeses, al verle, se quedaron mirándole con extrañeza.

El camino daba unas vueltas caprichosas y, después de pasar bajo un arco del acueducto, llevaba, derecho, a la maciza puerta fortificada. ¡Ah, Cabrera, viejo amigo! Rememoraba la expedición de don Carlos hacia la Corte, las aventuras que pasaron y aquel día en que le salvó la vida.

Súbitamente vio como saltaban minúsculas salpicaduras de tierra a su alrededor. No le dio tiempo a pensar. Oía las detonaciones agrias, secas, rápidas, al tiempo que, por puro

instinto, agachándose, hacía dar la vuelta a su caballo. Encontró la protección de uno de los pilares del acueducto, mientras una bala rebotaba contra la piedra, a un palmo de su cabeza. Entonces, con mucho cuidado, miró hacia arriba.

En la torre del castillo ondeaba la bandera de la reina. Oyó el clarín de guerra y vio los uniformes gubernamentales. ¡Dios mío! ¿Qué había pasado? No tenía tiempo de tratar de comprenderlo. Lo urgente era escapar, puesto que pronto saldría una patrulla en su persecución.

A la derecha se abría un barranco medio cubierto con matas de brezo florido. Espoleó al caballo. El salto fue a la desesperada, cerrando los ojos y mientras sentía a la Muerte a su espalda. Las balas silbaban siniestramente. El cielo, no obstante, era de un color azul intenso, impávido. Llegó sin novedad.

Campo allá, por el llano, el príncipe Lichnowsky cabalgaba con furia, en loca carrera. El cielo era como un espejo absurdamente roto en mil pedazos. Todo, incluso la vida, resultaba absurdo. Se oyó cantar a un sapo, con voz inesperada.

Mientras el príncipe huía como un gamo hacia tierras de Cataluña, nuestro protagonista, Antonio de Montpalau, al día siguiente de la acción emprendida por el Mochuelo contra la caballería carlista, iniciaba, con sus inseparables ayudantes, una inspección de la comarca.

Visitaron el santuario de Santa María de Queralt, desde donde pudieron contemplar un maravilloso panorama; A la bajada atravesaron un bosque muy extenso, medio salvaje, donde encontraron, sin necesidad de buscarlos, grandes cantidades de robellones, hongos, pimenteros, níscalos, «amanita caesárea» y pedos de lobo. Los robellones, especialmente, estaban sabrosísimos.

En Pedret examinaron, en previsión de encontrar una cripta abandonada, una humilde iglesita, muy interesante, en estado

casi ruinoso. A la luz de una vela descubrieron, en el ábside, unas pinturas enigmáticas, de un primitivo encanto, a veces terrible. Las figuras aparecían vestidas con túnicas, y parecía que tuviesen los ojos estrábicos y las manos dislocadas. Constituía un descubrimiento extraño. Montpalau no recordaba que nadie —ni siquiera el padre Caresmar— hubiese hablado de ello. Era, en efecto, una visión fascinante. Lo comunicaría al canónigo y al filólogo de la tertulia. Valía la pena.

Visitaron también el monasterio de San Salvador de la Bellera, siempre con el mismo objeto; allí les informaron de que el general Espartero venía hacia Berga, con un ejército formidable, dispuesto a liquidar la facción realista. Para almorzar comieron un pollo con sanfaina, en la Masía del Bizco, literalmente sensacional. Brindaron, puestos en pie por la captura del Mochuelo y por el éxito definitivo de las fuerzas liberales.

Montpalau tuvo ocasión de conocer en el monasterio a un joven estudiante, residente en Barcelona, enormemente letrado, quien, sin miedo a los peligros de la guerra, recogía material para un libro que estaba preparando sobre poesía popular. Se llamaba Milá y Fontanals, y le contó cosas extraordinarias, interesantísimas. En cuestiones de No Muertos no entendía gran cosa, pero, en cambio, le habló con mucha erudición de aparecidos corrientes, bastante abundantes y originales dentro del folclore catalán. En particular fue muy brillante al referirse al Mal Cazador y su jauría, que transita con obstinada contumacia por los tejados. Hizo también referencia a la aparición del diablo en forma de macho cabrío, de diabólica mirada.

El joven le contó, haciendo notar su especial interés, la historia de un aparecido de gran fuerza evocadora, el conde Arnau, cuyo dominio geográfico comprendía desde Ripoll y San Juan de las Abadesas hasta Castellar de N'Hug, con infiltraciones por otras comarcas, como Prades y Ciurana. Salieron a relucir nombres mágicamente sugestivos e ilustres,

como Mataplana —pequeña corte trovadoresca—, Gombrén, con castillos en ruinas y, posiblemente, criptas abandonadas.

Montpalau meditó con gran concentración sobre este último dato. Le pareció descubrir cierta analogía, cierta magia vampírica, en los aparecidos de que le hablaba el joven estudiante. El asunto de las criptas abandonadas le interesó sobremanera.

También le contó que, pasado el Culobre, según se viene del Montgrony, y en dirección a los Campos, en una gruta conocida por el nombre de l'Esquerd, había descubierto una piedra vertical, de un metro de altura, en la cual se podía ver claramente la huella de una pezuña y la de un zapato de mujer: la primera era la del caballo del conde Arnau; la otra, de Adalaisa, la abadesa.

En el llano de los Cornudos recogió los siguientes versos, desconcertantes:

Si el conde Arnau no hubiese renegado,

el Llobregat bañara nuestros campos.

La significación resultaba oscura, seguramente porque estos versos debían de formar parte de una canción olvidada. Era preciso, en todo caso, llevar a cabo una reconstrucción científica del texto.

Después de despedirse del joven Milá y Fontanals, nuestros amigos regresaron a Berga, donde les esperaba una sensacional noticia: el duque de la Victoria había establecido su cuartel general en Casserras, con un lujo formidable de fuerzas, y se consideraba inminente su ataque a la ciudad carlista. Montpalau pensó que esto constituía claramente el fin de la guerra.

Dentro de Berga se registraba gran agitación. Las tropas iban de un lado a otro, preparando las obras de defensa o realizando fortificaciones suplementarias, extramuros. Cabrera

estaba excitadísimo. Parecía un león —o, mejor, un tigre enjaulado—. Manifestó a Montpalau:

—Esto se acaba. El honor es lo único que nos queda. Si, a pesar de todo, me aprecia, no se olvide de mi problema. Es lo único que le pido.

Montpalau aseguró al general que había recogido indicios que permitían confiar, con toda certeza, en la captura del ser maléfico. Era cuestión de horas.

Cuando se retiraba de la presencia del conde de Morella, un ordenanza le entregó una carta. Iba dirigida a su nombre. Dio las gracias y se la guardó en el bolsillo.

VI

La carta

Una vez en su habitación, Montpalau se quitó la levita, que colocó cuidadosamente en un armario, llenó una palangana de agua y se enjabonó las manos. Después se mojó la cara con delicia y, después de secarse, se friccionó enérgicamente el cabello con agua aromática.

Hacía un tiempo caluroso. Sobre la cómoda había unas cuantas botellas. Se sirvió una copa de reconfortante jerez y encendió un cigarro. Luego sacó la carta del bolsillo y, sentado cerca del quinqué, abrió el sobre. Leyó:

«Señor Antonio de Montpalau.

»Distinguido señor de mi más grande consideración: Espero de su perspicaz sensibilidad que adivinará en seguida quién le envía esta carta. Desgraciadamente no se equivoca. Soy Onofre de Dip, el infortunado, el *déclassé*; más comúnmente conocido por un nombre terrible que me resisto ¡ay! a escribir.

»Sé que ha llegado mi hora. En cierto modo, todavía podría aplazar el final: dispongo de medios suficientes para hacerlo. Sé que me cree, porque es un caballero. No puedo librarme de mi suerte, pero, en virtud de los mágicos poderes que me asisten, podría, si lo quisiera, prolongar este lóbrego juego del gato y el ratón. Pero no quiero.

»Escribo esta carta con la única intención de que, en esta hora suprema, no vea en mí exclusivamente al ser abominable y diabólico que la imaginación popular ha hecho de mí. Sigo

al carro, atado a él, pero añorando una libertad secularmente perdida, casi sin conciencia de aquella libertad. Voy, pues, por el mundo, llorando a lágrima viva.

»Ya conoce mi historia. Se trata, sin embargo, de la historia oficial, la que consta en los documentos; verídica, es cierto, pero incompleta. Es una historia externa, que olvida la parte de hombre que queda aún en mí. Porque bajo la diabólica configuración fantasmal que las circunstancias me obligaron a tomar, y en un rincón escondido de mi alma, sigo siendo el mismo. Onofre de Dip, el de antes, el de siempre, el que ama a su pueblo y a su gente, el que sigue respirando el aire maravilloso y único de este país, a quien se le hace todavía un nudo en la garganta cuando oye una canción infantil.

»¡Qué le voy a explicar! Las cosas no son nunca tan sencillas como se las imagina uno. Al principio, cuando la astuta y bellísima duquesa Meczyr me convirtió, aprovechando mi incalificable y vergonzosa lujuria, en un ser maldito, sentí, pasada la primera y tremenda impresión, un sentimiento, si no de alegría, por lo menos de tolerable conformidad. Me acuso de ello públicamente. El hecho de poder volar, de tener la facultad de transformarme en cualquiera de las bestias de un repertorio, aunque establecido, casi ilimitado, la inexplicable sensación de conjurar a los elementos atmosféricos, los millares de pequeños y escalofriantes beneficios del nuevo estado deslumbraron mi inexperta juventud. Ningún mortal sabe lo que significa el delicioso transporte que sacude la sangre cuando te transformas, por ejemplo, en elefante o, en sentido contrario, en hormiga.

»Pasé setecientos años ostentando la condición de consorte ilegítimo de un cadáver. Alegremente —como he dicho— acaso, al principio, olvidando que yo mismo era un cadáver. Alternaba mi permanencia en los Cárpatos con pequeñas escapadas a la tierra natal, a Pratdip, el lugar donde nací y donde tengo, o tenía, mi patrimonio. Creo que dejé memoria de mis estancias intermitentes. La gente es muy miedosa.

»A medida que pasaban los años, sin embargo, algo ocurría en el lugar más recóndito de mi ser. Ya no era la exaltación de la novedad ni la posesión concupiscente de un cuerpo eternamente joven como el de la duquesa: era la añoranza de mi anterior condición humana y un cansancio total de esta horrible existencia. Estuve a punto de caer en la más negra locura.

»Llegó entonces el calvario que no ha cesado aún. Bajo una apariencia juvenil, soy en realidad un viejo de setecientos años, desengañado de todo, aburrido de todo, que únicamente aspira a la paz. Me horroriza mi irrenunciable vocación por la sangre, y no puedo dejar de contemplar, horrorizado, los ojos indescriptibles de mis víctimas. ¡Patética situación, la mía!, ya que, a pesar de todo, no puedo evitarlo y he de beber, por maldición satánica, la fresca sangre.

»La duquesa murió. De muerte auténtica, se entiende. Fue horriblemente decapitada y mutilada, en un folclórico —por así decirlo— auto de fe. La profecía comenzaba a cumplirse, puesto que, saqueado, incendiado y conjurado el castillo de Meczyr, no me quedaba otro recurso que Pratdip. Regresé, pues, a mi país natal, sabiendo lo que me esperaba. Por esta razón, por una especie de instinto de conservación, procuré retardar, en la medida que me fue posible, el aniquilamiento de mi singular naturaleza maléfica, a pesar del asco que ésta me causaba. Así se explican las constantes apariciones que ha tenido usted de bestias diabólicas, los atentados de que ha sido objeto, como también otros variados refinamientos. Se explica también, de este modo, la adopción, por mi parte, de una nueva personalidad, destinada a despistarle. Me refiero, naturalmente, a mi conversión en el guerrillero realista el Mochuelo, mascarada trágica y terrible. En el trance de tenerme que disfrazar, elegí aquello que tenía un aire heroico y que estaba en concordancia con mis sentimientos autoritarios y monárquicos.

»Pero todo era inútil. Lo que está escrito, escrito está. Ahora que ha llegado el momento definitivo, sólo deseo una

cosa: descansar. Me parece que ya me corresponde, después de setecientos años de vivir sin vivir; es decir: sin dormir normalmente, sin resfriarme, sin poder comer un manjar delicado, sin poder acariciar a un niño. Deseo, al menos, alcanzar la paz eterna, y que Dios me perdone.

»Para hacerlo factible, y para evitarle la prolongación de una innecesaria búsqueda, le notifico solemnemente que mañana, durante todo el tiempo que va del nacimiento a la puesta del sol, estaré, en posición latente de No Muerto, en la cripta abandonada del castillo de Mataplana, con uno de cuyos antiguos propietarios me unía una estrecha camaradería. No desfallezca. Siga consecuente con toda esta vertiginosa actividad científica suya. Déme la paz que tanto necesito. Es inútil intentar rehuir a lo que ha de venir. Lo que está escrito, escrito está.

»Solamente le imploro una cosa: que me ahorre la espantosa carnicería prescrita por la leyenda. Soy débil para ciertas cosas. Aduzco, en justificación propia, mi edad senil. En sustitución de la carnicería proyectada; y con los mismos efectos, existe, aunque no tan divulgada posiblemente, otra fórmula más civilizada: la del exorcismo. Ha de ir acompañado de la cancioncilla:

Duerme con sol y con luna.

El vampiro está acostado.

Un catafalco es su cuna.

»Bastará para destruir mi abominable existencia. Gracias.

»Y ahora, antes de despedirme, sólo me queda por decir que, contra toda previsión, me ha sido usted y me sigue siendo muy simpático. Le comprendo y le justifico de sobras. Su gran amor a la Ciencia le honra y me produce admiración. Que sea, como se merece, muy feliz.

»Su atento servidor,

ONOFRE DE DIP».

Antonio de Montpalau quedó emocionado tras esta lectura; y, por primera vez, sintió la humana presencia del vampiro. Le invadió una gran compasión por aquel ser miserable, Onofre de Dip, y por su tragedia. Permaneció unos momentos meditabundo.

Horas más tarde tenía lugar una secreta entrevista con Cabrera. Pasaron largo rato encerrados en el despacho del cuartel general. Los ordenanzas lloriqueaban. Cuando salieron, Cabrera tenía una cara rutilante y optimista. Conservaba aún, sin embargo, la lividez vampírica. Se ajustó el pañuelo del cuello y aspiró la fragancia de una flor de ajo silvestre.

Se oyó un ruido de hojarasca. El «áurea picuda» —la ignorada, la suavísima, la tímida— salió de algún lugar oculto, inaccesible a la mirada traidora y baja de los hombres. Se alisó unas plumas, que quedaron nuevas, relucientes. Entonces se puso a entonar su canto. El canto de armonía y de paz, de amor y de libertad, de justicia y de honor. El inaudible canto.

Montpalau escribió una larga carta al canónigo Pascual Matons; una carta en que puso, además de todo su entusiasmo científico, una gran y profunda meditación sobre la caridad y el amor al prójimo. Es decir, puso el corazón y el cerebro. Le pedía un gran favor, no exento de riesgos: un favor que era, no obstante, necesario y sublime. El asunto era urgente. No era necesario añadir más.

Amadeo partió aquella misma noche, disfrazado de campesina —para ahorrarse molestas explicaciones—, hacia Barcelona, con la carta de Antonio de Montpalau. Hizo el viaje a la grupa del caballo de un corredor de comercio, pagado especialmente para esta finalidad. La noche era oscura y pavorosa como boca de lobo.

Montpalau se fue a acostar profundamente triste. Despuntaba el día.

VII

La caída de Berga

Este fue el día fatídico para lo que quedaba de la facción carlista. El día de la toma de Berga. Las tropas liberales comenzaban a tomar posiciones en torno a la ciudad. La ideología constitucional, pues, tomaba la iniciativa, triunfaba. Cabrera concedió la libertad a Antonio de Montpalau, de manera oficial, contando, de todos modos, con que éste no le abandonaría hasta haber liquidado el asunto que traía entre manos, y del cual, él, Cabrera, era parte tan interesada. Montpalau, seguido de su primo Isidro de Novau, salió de Berga y se trasladó a unos cuantos kilómetros de distancia, hacia Pobla de Lillet, en un punto desde el cual pudiese seguir cómodamente la marcha y fluctuación de las operaciones militares.

La batalla tuvo una grandeza épica. Para mejor información de los lectores copiaremos la descripción de este hecho extraordinario de *La vida militar y política de Espartero*, la cual, dejando de lado los exabruptos que dedica al conde de Morella —muy naturales, por otra parte, en un documento de ideología anticarlista—, tiene la ventaja de dar muchos más detalles e información que el político contrapeso de *La vida militar y política de Cabrera*, la cual, como también es muy natural, procura paliar la derrota y pasa sobre este punto con gran ligereza.

La vida militar y política de Espartero dice así:

«Prestado todo el tren necesario para la nueva conquista que iban a emprender las tropas leales partió al frente de ellas el Duque de la Victoria en la madrugada del 4 de julio desde Casserras, en donde había tenido situado el cuartel general después de su salida de Manresa. Apenas llegó a la vista de los numerosos baluartes en que se parapetaban los carlistas resueltos a hacer el último esfuerzo para la resistencia, animados por su general Cabrera, que no escaseaba las ofertas, las exhortaciones, las súplicas y las amenazas; llamó el Duque a su lado al conde de Belascoaín, cuya bizarría y denuedo tenía en gran estima, y le encargó del principal y más difícil ataque con la primera división de su mando, ordenando al propio tiempo que en reserva de ella marchase la brigada de la Guardia Real provincial. Sin reparar en la posición del enemigo, ni en los obstáculos que ofrecía el camino se dispuso el intrépido general León a ejecutar con la fuerza de su mando el movimiento que se le había prevenido, mas apenas hubo llegado al alcance de los fuegos de los carlistas cuando rompieron éstos uno tan vivo desde la altura de la sierra de Nuet, que causó alguna desgracia a los leales. El cuartel general de esta división había llegado a la masía llamada de la Creu de la Peña, en donde formó la primera brigada situándose a su derecha e izquierda y teniendo a retaguardia los húsares, observando los movimientos de dos escuadrones enemigos que ocupaban la izquierda del camino. Déjase conocer cuán crítico y apurado sería el estado del cuartel general en esta posición que le presentaba en primer término a las hostilidades del enemigo. Pero no arredrando éstas al bravo general que dirigía la arriesgada maniobra, hizo que sus tropas contestasen con un fuego doblemente vivo, protegiendo así el establecimiento de una batería de a lomo en la falda de la montaña. En vano trataron los carlistas de impedirlo con sus repetidas descargas, pues constituida, rompió un fuego certero sobre ellos y dio lugar a que las octavas de la Reina avanzasen con celeridad y entusiasmo hacia la primera línea de parapetos. A la vista de tanta decisión y bravura el enemigo los abandonó y se replegó a la segunda, pero allí fue también atacado por los soldados

constitucionales, trabándose una refriega que, aunque de poca duración, fue formidable y sangrienta.

»Los batallones de la Reina marchaban impávidos sobre los parapetos enemigos; el bizarro general que tenían a su frente los animaba a avanzar dando él primero el ejemplo, mientras que el terrible Cabrera observando tanta heroicidad en su adversario y no queriendo ser menos, rugía como una fiera y se dirigía a todas partes impulsándola su gente y precisándola a sostener un fuego vivo que diezmaba las filas de los contrarios. Con tanto denuedo se sostenía el combate por una y otra parte cuando creyendo el intrépido León que duraba demasiado se puso al frente de su cuartel general la escolta y varios jinetes de la de Espartero y acometiendo con ímpetu nunca visto atropelló con los caballos los parapetos enemigos y decidió la acción acuchillando a éstos y obligándoles a abandonar los tres reductos de Nuet, en medio del asombro que les había causado el arrojo nunca bien ponderado del bravo jefe de la primera división de los constitucionales. Estos por su parte tuvieron pérdidas de consideración; pues la mayor parte de los que rodeaban a León fueron muertos y heridos: el caballo de este bizarrísimo general recibió cuatro balazos, no siendo el primero que había montado en la acción y que hubo de abandonar por igual motivo. La desesperación que producía en Cabrera la triste derrota que sufría, la convicción de ser ya cierta su ruina y el destrozo total de la causa que había sostenido, le pusieron fuera de sí y obligaron a arrojarse como un tigre en los puntos donde más encarnizado veía el combate buscando una presa en quien saciar su rabia, o una bala enemiga que terminase su existencia y con ella el furor que le dominaba [esto no es cierto, pues todavía quedaba la cuestión del vampiro]. Olvidando sus males, adquiriendo a pesar de ellos un vigor extraordinario, agitado por un movimiento febril, trabajó con actividad extraordinaria, contribuyendo así con su esfuerzo y con tenacidad tan decidida, a hacer más notable el triunfo de

los constitucionales y más esplendorosa la gloria de que se cubrieron sus armas en este día.

»Ejecutado con tanta heroicidad del conde de Belascoaín el movimiento ordenado por el duque de la Victoria, fueron ocupando sucesivamente sus tropas, además de los tres referidos reductos de Nuet, todos los demás que defendían a Berga, y por último también esta villa, que el despechado Cabrera mandó abandonar a su gente. No obedecieron esta disposición dos compañías carlistas, que llevadas de su ardor continuaron haciendo fuego a los constitucionales desde uno de los prados extramuros de la villa; entonces el bizarrísimo León mal enojado de tanta audacia salió al escape, seguido de algunos jinetes, bajo la protección de los tiradores y dio tan tremenda carga a las dos compañías que cuando éstas quisieron huir se encontraron cortadas y prisioneras. Dueños de esta suerte los constitucionales de la población, baluartes y castillo de Berga, hallaron en todos estos puntos considerables cantidades de municiones, fusiles, pólvora, la maestranza, parques, fundición y dieciséis piezas de varios calibres que Cabrera no había tenido tiempo para retirar ni inutilizar, como anteriormente lo había hecho con otras varias. Al abandonar Cabrera aquellas fortificaciones, último baluarte en que se había refugiado su esperanza y el esfuerzo de la gente carlista, le siguieron varios habitantes de la villa de Berga, a impulsos de sus simpatías los unos, y los otros por miedo al ejército vencedor, de quien tanto temían, sojuzgados sin duda en esto por el grito de su conciencia que les advertía muy próximas las tornas fatales de los desastres que habían causado con su cooperación directa y eficaz o con su criminal consentimiento.

»No bien escarmentados los carlistas con la batalla anterior en que además de muchos muertos y heridos habían perdido dos de sus mejores compañías, continuaron haciendo fuego con las de preferencia y sostuvieron la retirada con tal calor que al sentir de algunos parecía que trataban de reconquistar el baluarte perdido. En vano las cornetas dieron algunas veces el toque de retirada que enfogados aquellos cazadores no

escucharon señal alguna hasta que el mismo Cabrera se puso al frente de ellos y dirigiéndose a los de Tortosa les dijo: «Ea, muchachos, a retirarse». Con lo cual consiguió que lo verificasen al anochecer. El astro enemigo de la humanidad que le había protegido durante algún tiempo se ocultaba ahora para siempre y el abandonado conde de Morella marchaba en retirada, seguido de los batallones segundo y tercero de Tortosa, tres de Mora, cinco de Aragón, y algunas fuerzas catalanas al mando del canónigo Tristany, entre las cuales se contaba el batallón de Pep de l'Oli. Los defensores del santuario de Hort, bien fortificado con seis piezas de artillería, debían sostenerse siquiera para entretener un poco a las tropas constitucionales que picaban vivamente la retaguardia de los que se retiraban; mas no bien divisaron la temible lanza del general León abandonaron el fuerte que este general ocupó sin oponerse. Los tercios que seguían a Cabrera iban enteramente derrotados y en la desmoralización que era consiguiente a su fatal estado. Las deserciones que de algún tiempo a aquella parte habían sido frecuentes se multiplicaban ahora extraordinariamente y los jefes se veían en la necesidad de tolerarlas conociendo que había llegado la hora de la completa disolución del ejército carlista. Los restos de éste pasaron aquella noche en unos pueblecitos del Pirineo, distantes de Berga unas cuatro o cinco leguas.»

Este fue el triste final del ejército de Carlos V. Antonio de Montpalau y su fidelísimo pariente, quienes habían contemplado la batalla desde lo alto de una colina, picaron espuelas y partieron, sin incidente alguno, en dirección a Castellar de N'Hug, lugar donde había quedado citado con el derrotado general. Desde allí habían de emprender la acción definitiva de Mataplana, que libraría a Cabrera y daría la paz a Onofre de Dip, en cuanto fuese de día y una vez hubiese regresado Amadeo con el mensaje.

El manto de la noche se iba extendiendo sobre nuestros amigos. Un mochuelo verdadero dejó oír su voz, oculto en el frondoso ramaje de un roble. Sonaban las invisibles aguas

cristalinas de algún riachuelo serpenteante. El viento que bajaba del Pirineo era frío, y tonificaba las frentes febriles de los barceloneses. La tierra se despertaba con mil encantos y suavísimos ruidos, que se perdían en la lejanía.

Envuelto en una nube de polvo, el príncipe Lichnowsky, a dos horas de Cervera, intentaba, a toda carrera, alcanzar a las fuerzas carlistas que suponía en Berga. Cabalgaba con el corazón golpeándole enloquecidamente en el pecho, recordando todavía el milagro de su salvación en Morella.

De vez en cuando, al pasar cerca de un pueblo, oía unos disparos detrás de él. El príncipe Lichnowsky corría como un gamo hacia el norte, buscando refugio seguro. Iba cubierto de polvo, y suspiraba por un vaso de agua. No entendía nada, naturalmente, de lo que estaba sucediendo.

VIII

Onofre de Dip alcanza la paz

Despuntó el día con grandes masas de nubes bajas y oscuras. Soplaba una fuerte tramontana que obligaba a las deshechas tropas, acantonadas en los altos llanos de Castellar de N'Hug, a taparse cuidadosamente con los capotes. Los rústicos habitantes del pueblecito contemplaban llenos de temor el lento movimiento de las fuerzas, que trataban de resguardarse de la lluvia. Todo eran caras tristes y largas, y una infinita y triste lasitud se cernía sobre aquellos parajes. Había cesado, en cierto modo, la disciplina militar, y los soldados, revueltos con los oficiales, iban por donde querían.

En torno a una mala mesa de la hostería bebían café, muy caliente, el conde de Morella, Montpalau y su primo Isidro. Cabrera tenía el aspecto de un hombre totalmente agotado, y las emociones del día anterior habían dejado en su rostro una profunda huella. De vez en cuando se ajustaba el cuello del capote, como para protegerse del frío. Evidentemente, al conde de Morella le devoraba la fiebre.

A media mañana llegó por fin Amadeo, en compañía del canónigo Matons. Ofrecían también un aspecto lamentable, ya que habían viajado ininterrumpidamente, sobre todo Amadeo, durante dos días, sin descansar ni un solo instante. El canónigo y Montpalau se abrazaron efusivamente. El canónigo hablaba con gran tacto y delicadeza, y su rostro traslucía una bondad innata que proporcionaba a los demás un gran reposo espiritual. Después, Montpalau hizo las presentaciones de rigor. Cabrera parecía emocionado. Todos los presentes tenían

un punto de fiebre, de nerviosismo difuso y alerta, que creaba un ambiente tenso y expectante. En el fondo, todos estaban pensando en lo que iban a hacer al cabo de pocos momentos, con pleno conocimiento de que sería una experiencia única en su vida. El maleficio, por fin, sería conjurado.

A mediodía partieron de Castellar de N'Hug, en pequeña caravana, Cabrera, el canónigo Matons, Montpalau, Novau y Amadeo. Se dirigían al castillo de Mataplana por agrestes caminos de cabras. El paisaje era imponente, de una desolación salvaje, con la flora propia de la alta montaña. Montpalau, herborizando discretamente, encontró un ejemplar rarísimo, apenas conocido, de la «matricaria chamomilla».

El camino trepaba a altitudes considerables, para descender más tarde a umbríos valles de abetos. Encontraron pequeñas cascadas de agua helada, y pozas profundamente misteriosas. A pesar de estar en verano hacía bastante frío, y se les enrojecieron las orejas. Caminaban siguiendo el sendero, y algunas veces veían rebaños de ovejas que pacían aquella hierba pobre y gris. Sobre sus cabezas volaban lentamente seis o siete cuervos siniestros.

Llegaron a Maians, masía aislada en el llano llamado de la Pera o de la Espluga, que por los dos nombres es conocido. A partir de este llano, sobre la cumbre, se iniciaba un impresionante descenso, a través de la sombría Baga Llisa, enorme y tupido bosque de abetos que desembocaba en una majestuosa hondonada, al final de la cual, sobre una colina quebrada, se alzaba el célebre castillo de Mataplana, a poca distancia de la tenebrosa garganta de los Cornudos.

Cuando iniciaron el descenso, Isidro de Novau y Amadeo tuvieron que transportar, con la silla de la reina, a Cabrera, quien desfallecía a la vista del castillo. En efecto, el conde de Morella, entre el cansancio que llevaba encima y la visión del maléfico lugar, no podía resistir más, a pesar de su temple de acero, por lo que se vio obligado a requerir el auxilio de los

dos barceloneses. Estaba pálido como la muerte y tenía bañado el rostro de un sudor frío.

Se habían acumulado grandes masas de nubes amenazadoras. La luz era incierta, como sumergida, lívida. Parecía como si de un momento a otro se fuese a desencadenar una tempestad.

Frente a ellos apareció, siniestro, el edificio en ruinas del castillo de Mataplana y la silueta de la capilla de San Juan de Mata. Cayó un relámpago, seguido de un gran trueno.

El canónigo Matons sacó su breviario y se puso la estola. Los demás expedicionarios se aseguraron las cruces pectorales y se palparon los bolsillos, para comprobar que llevaban los ajos. Cabrera había envejecido de manera considerable.

Iba oscureciendo, y el sol descendía, ocultándose detrás de las montañas. Montpalau decidió que había llegado el momento tan largamente esperado. O ahora o nunca. En efecto, era el momento oportuno. Hizo una señal, indicando la puerta del terrible castillo, y hacia ella se dirigieron nuestros amigos, que mantenían un silencio impresionante. Al penetrar en el recinto se oyó un alarido largo, doliente, funerario, como de un lobo perdido por los alrededores. Se les puso la piel de gallina, espeluznados, y se pararon en seco, interrogándose con la mirada.

Fue unos instantes, tan sólo. Montpalau, temiendo que se hiciera demasiado tarde y anocheciera, avanzó algunos pasos, solo. Esto bastó para romper el sortilegio, y los demás avanzaron como un solo hombre.

Bajaron las escaleras de la cripta, a la luz de unas linternas. Se veía, por las paredes, gran cantidad de sepulcros de piedra, reposando en ménsulas esculpidas, antiquísimas. Podían leerse, por todas partes, inscripciones en un latín indescifrable. Grandes telarañas cruzaban, en todas direcciones, la gran bóveda de la cripta.

Como era de esperar, en el centro había un gran sepulcro destapado, sin losa. Se acercaron cautelosamente, enarbolando los ajos, por lo que pudiese suceder. Dentro del sepulcro, la mirada atónita de los presentes descubrió el cuerpo vigoroso, de gran talla, del que fue embajador de Su Majestad, Onofre de Dip. Iba cubierto con una gran capa, y tenía el rostro fresco y con la característica actitud de los No Muertos cuando no se pueden valer. Era un rostro varonil, en cierto modo noble, velado por una gran tristeza.

El sol debía estar a punto de ponerse. El canónigo Matons avanzó y, con voz solemne, rezó los exorcismos. Se oyó un ruido extraño que salía de aquel cuerpo yacente. Cuando acabó, Montpalau repitió la fórmula del conjuro mágico:

Duerme con sol y con luna.

El vampiro está acostado.

Un catafalco es su cuna.

Entonces sucedió algo increíble. El rostro del No Muerto, del vampiro, reflejó una gran paz y una leve sonrisa se dibujó en los labios. A continuación, la sorprendente frescura se marchitó, la piel se fue resecando y se volvió terrosa, momificada. Era horrible, pero tranquilizador. Aparecieron los huesos y haces de cartílagos. Todo se fue pulverizando poco a poco. Finalmente, quedó reducido a cenizas.

Con un solo pensamiento, todos se volvieron hacia el conde de Morella. Como por arte de encantamiento —y así era, en efecto—, éste sintió que recuperaba sus antiguas fuerzas y los colores volvieron a su cara. Montpalau le examinó y comprobó que los dos agujeritos habían desaparecido totalmente.

La pequeña comitiva cayó de hinojos y rezó piadosas oraciones por el alma del difunto. Se entonaron también acciones de gracias por la gran merced otorgada. A la angustia y la extraña tensión que habían padecido hasta entonces, sucedía una serenidad milagrosa.

El aire fresco les dio en el rostro, cuando, después de colocar la losa sobre el sepulcro definitivo de Onofre de Dip, salieron de la cripta. Habían desaparecido las nubes amenazadoras y una dulce puesta de sol agonizaba detrás del azul horizonte.

La garganta de los Cornudos, un poco más abajo, brillaba con una luz fosforescente, que, poco a poco, se fue apagando.

De pronto, vieron, recortado contra el cielo, al príncipe Lichnowsky, que cabalgaba anhelosamente, dejando atrás la ciudad de Berga. Su rostro reflejaba espanto y un desconcierto total, definitivo. Cabalgaba, lleno de furia, hacia Castellar de N'Hug. A sus espaldas se agitaban las fuerzas infernales.

IX

Fin de la vida heroica

En Castellar de N'Hug aguardaban al conde de Morella los oficiales Fernando Pineda y Luis Adell, que habían ido a la frontera, a negociar con el general francés Castellane, las condiciones del internamiento del ejército en Francia. Estas eran: Primera; los generales, oficiales y la tropa serían destinados a los depósitos que indicase el gobierno francés, y se les asignarían los mismos subsidios que a los otros emigrados por motivos políticos. Segunda; serían recibidos, tratados y respetados como a refugiados. Tercera; todos tendrían derecho a residir en Francia o pasar al país que les conviniese. Cuarta; que la tropa entregaría las armas y los caballos, con la excepción de las de los generales y oficiales, que eran de su propiedad particular.

Cabrera meditó sobre estos puntos y, después de reunir a todos los oficiales del ejército, les dijo:

—Compañeros de armas. Comencé la guerra con quince hombres, de los cuales, la mitad únicamente tenían fusil. Ahora, sin embargo, no me veo capaz de continuarla con esperanza de éxito. En las actuales circunstancias creo que la prolongación de la guerra no tendría otro resultado que un inútil derramamiento de sangre, sin ventaja alguna para la causa legítima. Estoy convencido de que mi deber es salvaros, pasando a Francia, ya que el rey no me ha autorizado a negociar con el enemigo. Os doy las gracias en nombre del rey y, en particular, en el mío propio, por la fidelidad y valor de que habéis dado muestras durante la guerra. Ahora bien, si

alguno de vosotros cree posible proseguirla, yo le autorizo a que lo haga, con quien sea. Yo creo haber cumplido con mi deber; si existe algún cargo contra mí, éste es el momento. Aquí estoy. Todavía pisamos tierra de Cataluña, y no deseo que se me juzgue como a general, sino como a simple voluntario, ya que prefiero la muerte a emigrar con ignominia.

Mientras hablaba el general, guardaban todos un profundo silencio. Cuando acabó, todos los oficiales estaban llorando. Los fieles Forcadell y Llagostera eran los más afectados, puesto que habían participado en todas las campañas del heroico caudillo.

Montpalau presenció esta penosa escena y, a pesar de sus sentimientos y convicciones liberales, sintió una infinita tristeza. Salió al aire frío de la noche. Las estrellas brillaban intensamente. Al cabo de un rato se le unió Novau, que se puso a fumar en silencio.

—Se ha acabado. Todo acaba en la vida. No nos queda ya, amigo Novau, misterio para descubrir. Tú volverás a tus viajes a Malta, y yo a mis plantas y a las botellas eléctricas. A medida que pasen los años iremos teniendo un recuerdo más vago de esta vida que hemos vivido. Pero nunca más podremos volver a vivirla. Nunca más.

Había mucha amargura en estas palabras. Cayó una estrella fugaz en el firmamento. Un grillo cantaba monótonamente. Isidro de Novau respondió:

—La gente nos creerá locos, si contamos la verdad. Tú, especialmente, habrás de mentir si quieres conservar tu prestigio científico. No te valdrá el testimonio del canónigo.

Sonrió por debajo de la nariz. Después escupió sobre una mata de aulaga.

—La vida es así —exclamó.

Estaban apoyados contra la pared. Alguien vino y arrojó un cubo de agua sucia afuera. Entraron nuevamente en la hospedería, donde todos hacían los preparativos para la

marcha. El suelo estaba lleno de papeles y latas vacías. La sala quedó desierta.

Minutos más tarde, cabalgaban cerca de la frontera francesa. Montpalau había resuelto acompañar hasta allí al general, y así lo hizo, en compañía de sus inseparables amigos y del canónigo Matons.

Eran las tres de la madrugada. El ejército seguía tras ellos. Excepto los voluntarios del guerrillero Tristany, que habían determinado continuar la guerra en Cataluña. Se oía un gran rumor de pisadas. El trayecto se hacía interminable. Enfrente se veían las luces del pueblo de Palau, dentro ya de Francia.

De pronto, cuando ya comenzaba a clarear, divisaron a un batallón de gendarmes a caballo que les esperaba, de acuerdo con las negociaciones del día anterior. La visión de las cosas era algo difusa e irreal, entrevistas como en un sueño y, gradualmente, la luz iba tomando un tono harinoso, color de nácar. Los gendarmes permanecían inmóviles y solemnes. A su frente se destacaba un jinete.

Montpalau iba junto al conde de Morella. Cuando estuvieron lo suficientemente cerca comprobaron que el jinete era un comisario de policía. Este, reprimiendo con la brida un movimiento nervioso del caballo, preguntó:

—¿Quién es el señor general Cabrera?

—Yo soy, para servirle —dijo éste, al tiempo que descabalgaba. Entonces se volvió hacia Montpalau, con el rostro lleno de lágrimas. Los dos hombres se abrazaron.

—No podré pagarle nunca lo que ha hecho por mí —exclamó Cabrera—. No conozco la suerte que me tiene reservada la Providencia, y no sé dónde estaré mañana. Ignoro también qué ocurrirá en este desgraciado país. Pero, pase lo que pase, esté donde esté, no olvide que tiene en mí a un hermano. No lo olvide.

Luego, sacando el sable, se lo ofreció a Montpalau, que permanecía silencioso.

—Acepte este sable como recuerdo. Ya lo ve: no tengo nada más. Pero es lo que más quiero. Cójalo.

—Gracias, general —respondió Montpalau. Y se volvió para ocultar el rostro.

Cabrera, enternecido, apretó el brazo del joven naturalista, mientras murmuraba:

—Es usted un liberal campechano. —Y añadió, sonriente —: El único liberal campechano que conozco.

Después, dirigiéndose al comisario francés, le dijo:

—Estoy a su disposición.

En aquel momento se oyó claramente el trote desenfrenado de un caballo que se aproximaba. Todos volvieron la cabeza. Entonces, medio desmayado, apareció el príncipe Lichnowsky, que tuvo el tino suficiente para frenar en la misma raya fronteriza. Después fue resbalando suavemente de la silla. Corrieron a auxiliarle.

Había salido el sol. De las chimeneas de Palau ascendían graciosas espirales de humo. El ejército carlista entraba en Francia.

Montpalau, muy despaciosamente, montó a caballo. Miró fijamente el sable del general. Luego, él y sus amigos, que aguardaban a poca distancia, se adentraron en España.

X

El retorno al amor

Barcelona estaba en fiestas. Había llegado la noticia del fin de la guerra. Cinco días antes, la reina madre e Isabel II habían sido aclamadas por la ciudad condal. Una semana después lo sería el duque de la Victoria. Todo iba a pedir de boca. Las informaciones de la época describen del siguiente modo tan altos acontecimientos:

«La entrada de S.S. M.M. y real comitiva en Barcelona fue solemne y animada. Muchos eran los motivos que coincidían para imprimir un sello de grandiosidad y magnificencia; entre ellas, sobre todo, el deseo de conocer a la joven princesa que ocupa el solio de San Fernando, por cuya conservación tantos y tan heroicos sacrificios había consumado la nación, así como para admirar el lujo y la ostentación que acompañan siempre a una corte. La capital de Cataluña recibió al pie de sus muros a los ilustres viajeros, a las siete de la tarde del día 30 de junio, en medio de numerosas aclamaciones y gritos de entusiasmo. Los cuerpos de la guarnición y los de la Milicia Nacional se habían formado con anticipación, cubriendo el camino que debían recorrer las reales personas; y al oír el primer cañonazo que anunciaba la llegada, la gente que circulaba en distintas direcciones se agrupó en torno de la puerta por donde iban a hacerlo. Poco antes de llegar, y en un lugar llamado la Cruz Cubierta, bajaron S.S. M.M. y descansaron unos momentos en un pabellón previamente preparado al efecto. Recibieron las felicitaciones de las autoridades y personas notables que hasta aquel lugar se habían desplazado, les dieron a besar las manos

y aceptaron con gusto el refresco que les tenían preparado, y recorrieron las habitaciones del pabellón, acompañadas de una dama de honor y del mayordomo principal. A la salida, el Ayuntamiento ofreció, y S.S. M.M. aceptaron, un carro triunfal de bastante lujo y elegancia, con ocho caballos ricamente adornados y conducido por ocho palafreneros fastuosamente vestidos. Precedía a la regia comitiva el escuadrón de lanceros de la Milicia Nacional, que entró después y continuó de servicio en el palacio, junto con la caballería de la guardia real. La excelentísima señora duquesa de la Victoria, el conde de Santa Coloma y el capitán general del Principado, Antonio Van Halen, marchaban también acompañando a Sus Majestades en coches descubiertos.

»En un arco construido en el cruce de la Boquería se hallaban esperando a la regia comitiva diversas muchachas de la población, con vestidos de ninfas. S.S. M.M. se detuvieron un momento, y las muchachas cantaron a coro, recitaron poesías y ofrecieron coronas de flores, mientras de diversos lugares se dio suelta a una multitud de palomas con cintas multicolores. Continuados vítores acompañaron a los reales viajeros por todos los parajes por que transitaron, hasta llegar a Palacio, a cuyos balcones salieron, para presenciar el desfile de las tropas y de la Milicia Nacional. La alegría del pueblo barcelonés era completados particulares se esforzaban y rivalizaban en adornar e iluminar las fachadas de las casas respectivas.»

Entretanto, el canónigo Matons, Montpalau y sus amigos regresaban a Barcelona por la ruta más segura y rápida, es decir, la de Ripoll. El mariscal de campo Jaime Carbó, que estaba al mando del tercer cuerpo de ejército del general Espartero, les facilitó un tílburi, no tan elegante como el que habían dejado en depósito en las ventas de Camposines, pero muy seguro y resistente.

El general Carbó, que había sido compañero de colegio del padre de Montpalau, organizó un acto íntimo para celebrar el fin de la guerra. Se destaparon unas cuantas botellas de

champán francés y se brindó calurosamente a la salud de la reina.

El general Carbó soltó un eructo. Después expuso su teoría de que debía desterrarse a los ministros reaccionarios, enemigos de la libertad, que rodeaban a la reina. Era necesario salvar la Constitución a toda costa, educar al pueblo, ponerse al nivel de las otras naciones europeas. Era preciso, en resumen, rendir tributo al Progreso.

El canónigo Matons le respondió con versallesca cortesía, pero también con firme autoridad:

—Su Excelencia me permitirá que le diga que la Iglesia ha sostenido siempre la misma teoría, documentalmente demostrada, y que los males que pesan, como una maldición, sobre nuestro país son un producto de la descristianización larvada de las clases dirigentes.

El general Carbó le dio la razón e hizo pasar a sus huéspedes al *fumoir*, donde encendieron unos cigarros de La Habana. Reinaba una cordialidad espiritual, fomentada por los gases del champán. El general Carbó les mostró una pistola muy bonita de su colección. Durante toda esta escena, Montpalau se hallaba espiritualmente ausente, pensando en Inés.

El general Carbó despidió a Antonio de Montpalau y compañía en el cruce de la carretera de San Juan de las Abadesas. Pronto se perdieron de vista, en dirección a Vich, la tierra de las longanizas. En todos los pueblos por donde pasaban veían, a la entrada, un arco triunfal con los lemas: «¡Viva la reina!» y «¡Viva la Constitución!». La gente parecía estar muy contenta.

Amadeo, después de tanto tiempo sin hacerlo, conducía el tílburi con gran excitación. En vista de que Montpalau seguía, como aquel que dice, indiferente, el canónigo creyó oportuno llamar la atención a Amadeo, diciéndole que no hiciese

disparates y que continuase la marcha con serenidad y compostura.

Estaban llegando a Barcelona. El canónigo Matons, guiñándole el ojo a Novau, dijo al melancólico naturalista:

—Iremos a casa del marqués de La Gralla. Os tengo reservada una sorpresa.

Estas palabras fueron acompañadas del chasquido de un latigazo, que Amadeo se complacía en hacer sonar con hábil floreo. Sonreía con satisfacción.

Al pasar por delante de la capilla de Marcús, en plena calle de Carders, les causó gran impresión el aspecto de fiesta de las tiendas y la gran cantidad de artesanos que se paseaban con la gorra de sedalina de los domingos y el cigarrillo en los labios. El canónigo, previsor, dijo, quitándole importancia, y como quien no quiere la cosa:

—Cuidado con Segismundo Ferrer. Mucha cautela, Montpalau. Ferrer es un escéptico peligroso.

Esta observación fue oportunamente contestada por el intrépido Amadeo, el cual, desde su asiento en lo alto del carruaje, e influido acaso por el léxico de la soldadesca que acababa de abandonar en la frontera, dijo, volviéndose:

—El señor Ferrer es un chisgarabís.

Todos soltaron una fenomenal carcajada, excepto Montpalau, que dirigió una severa mirada a su cochero. Este, sin embargo, ya sabía hasta dónde podía llegar el enfado de su amo.

Se detuvieron en la portalada de la casa-palacio del marqués de La Gralla. Los lacayos, con peluca y guantes blancos, aguardaban en la entrada. Abrieron la portezuela, y ayudaron a apearse a los viajeros, con grandes reverencias.

En el vestíbulo, al final de la escalera, en artístico grupo, y por orden de jerarquía, esperaban, sonrientes y emocionados, los entrañables componentes de la tertulia científica: el

marqués, Sansón Corbella, Bartolomé Garriga, José Ignacio y Francisco Avinyó. Todos los amigos. Todos, menos Segismundo Ferrer, el escéptico.

Montpalau abrió los brazos. Llevaba la chistera en la mano.

—Amigos —exclamó con voz trémula—. Mis queridos amigos.

Los rodearon en una vivísima manifestación de alegría. Todos hablaban a la vez. «Estaban informados», sí, «estaban informados». La luna. El suceso del siglo. Lo increíble. La noticia bomba. El terremoto. Estaba ante ellos el verdadero «cacumen» científico. ¡Gloria a la ciencia catalana!

Le condujeron a la sala de recepciones, allí donde, tiempo atrás, tocara Chopin. Sobre una mesilla había, montado sobre un pedestal de caoba barnizada, un «vampiris diminutus» de oro macizo, interpretación, artísticamente libre, de un murciélago alegórico, realizada, con su reconocido gusto, por la casa Gumersindo Cortés, de la calle de Fernando.

—Hijo mío —dijo el marqués—. He aquí una pequeña muestra de nuestra entusiasta admiración. En el pedestal están grabados los nombres de todos nosotros. Es de metal noble.

Bartolomé Garriga, el filólogo, ávido de detalles, estaba deseoso de preguntar, deliraba en infiernos vampíricos, se balanceaba angustiadamente, ora sobre un pie, ora sobre otro. Intentó interrumpir al marqués.

—La naturaleza etimológica de…

—Un momento, Garriga. No me hagas perder el hilo. Todo llegará. —Después, dirigiéndose de nuevo a Montpalau, continuó—: Y ahora, hijo mío, la sorpresa que te hemos reservado especialmente, y que supongo te deberá haber anunciado nuestro canónigo.

Dicho esto, el marqués se dirigió, sonriente, hacia una puerta, sin llegar a tocarla. Todos los presentes tenían la vista

fija en Montpalau.

—Sólo es preciso abrirla, y entrar.

Montpalau, con el corazón palpitante, obedeció. Dio unos pasos hacia dentro.

Al fondo, contra la luz de la ventana, aspirando una rosa perfumada, estaba Inés.

—Inés —murmuró entrecortadamente Montpalau.

—Antonio, amor mío —dijo ella, con los ojos llenos de lágrimas.

Nuestro naturalista se arrojó a los pies de su amada, mientras le besaba la mano. Inés sonreía, feliz.

En la lejanía, el «áurea picuda» entonaba el canto perfecto, melódica y armónicamente inaudible.

Era el silencio. El rumor del mundo antes de su creación. La nada.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

AJO. — Enérgico antídoto vampírico. De la familia de las liliáceas. Planta bulbosa, vivaz. Tiene un gusto picante.

ALCOVERRO, José. — Alcalde liberal de Gandesa. No tenía pelos en la lengua.

AMADEO. — Cochero de Antonio de Montpalau. Entró al servicio de la casa cuando tenía ocho años. Se distinguió por la fidelidad a su amo, con el cual, ya de sexagenario, mantenía largas charlas, durante las noches de insomnio, recordando tiempos pasados. Murió a los noventa años, con hijos propios, en Sant Cugat del Valles, en una casa que le legó Antonio de Montpalau.

AMBROSIO. — Santo del siglo IV. Formidable latinista. Escribió el *Himno a la mañana*.

ARDENYA, Martí de. — Famoso naturalista nacido en Altafulla, pueblo de la provincia de Tarragona. Hizo una rectificación a Lavoisier.

ARISSO, Carlos. — Médico de Ramón Cabrera. Fue descalificado por el diagnóstico imprudente que aventuró sobre la enfermedad del general. Falleció, devorado por la envidia, al no poder resistir el prestigio científico de Antonio de Montpalau.

ARNES. — Último pueblo de la provincia de Tarragona, antes de llegar a Aragón. Tiene una casa-ayuntamiento que parece un palacio de Florencia.

ARPA NEUMÁTICA.— Artefacto musical, invención de José Ignacio, el hijo del marqués de La Gralla. Causó fuerte

impresión a Chopin durante su estancia en Barcelona.

ARPIAZU, el cocinero. —Voluntario realista. Enseñó a hablar al saurio volador. Murió loco en el pueblo de Zarauz, durante un temporal de rayos y truenos.

«ÁUREA PICUDA». —Volátil. Especie indeterminada. Su canto era una pura melodía inaudible. Tímida. Conservó un raro afecto a Antonio de Montpalau.

AVINYÓ Y BARBA, Francisco. — Físico. Miembro de la tertulia del marqués de La Gralla. Pagó una merienda en el café del Perú. Tenía una fábrica de tejidos. Se arruinó con el asunto de las selfactinas. Era muy buen hombre.

«AVUTARDA GÉMINIS». — Misterioso animal que obsesionó durante muchos años a los naturalistas. Súbitamente desapareció de la faz de la Tierra.

BARÓN DE MEER, el. — Barcelonés. Fue general de Cataluña y se distinguió en la lucha contra el conde de España o de Espagne. Era hombre sensible.

BARONESA DE NÉZIERS, la. — Parienta de Antonio de Montpalau por parte de madre y amiga de Aurora Dupin, conocida universalmente por el seudónimo de George Sand. Leía a los libertinos franceses del XVIII. Mantenía relaciones íntimas con el pintor José María de Martín, exiliado realista en París.

BARONESA DE URPÍ, la. — Madre de Inés y hermana del marqués de La Gralla. Fue suegra de Antonio de Montpalau. Testó en 1840.

BASSA, el general-Ayudante del general Llauder. Murió trágicamente defenestrado en el llano de Palau.

BONAPLATA, Ramoncito. — Un cretino, hijo de buena familia. Tuvo un bebé de tapadillo con Pepita, la camarera.

BORSO DI CARMINATI, el general. — Militar liberal, de ascendencia italiana, como su nombre indica. Se distinguió

en uno de los sitios de Gandesa.

CABRERA, Ramón. — General en jefe de los ejércitos carlistas de Aragón, Valencia y Murcia. Posteriormente lo fue también del de Cataluña. Célebre en todo el mundo por su valor y sentido táctico. Hacia el final de la campaña contrajo una enfermedad extraña, superada por la oportuna intervención de Antonio de Montpalau, de quien se hizo gran amigo. Posteriormente se casó y vivió en Londres, rodeado de *setters* con pedigrí.

CAFÉ DEL PERÚ. — Café de Barcelona. Merendaron, el día de su llegada a la ciudad condal, George Sand y Chopin, con los contertulios del marqués de La Gralla.

CAFÉ DE LA LIBERTAD. — Café. Radicado en Gracia, en la calle de la Virtud. Se reunían en él los elementos progresistas. El dueño se llamaba Vicentico y era de Sant Sadurní. Poseía la rara y nefasta cualidad de cortar la fermentación del mosto en la época de la vendimia.

CALMET, el monje. — Especialista en demonología y vampirismo. Murió en la región francesa de Bretaña, arrodillado ante un calvario. Sus obras fueron publicadas por la Sorbona.

CANTALUPO, el capitán. — Aeronauta. Dio la vuelta al mundo en ochenta días. Su viaje inspiró a Julio Verne para escribir la famosa novela.

CARBÓ, Jaime. — Mariscal de campo liberal. Era propietario de una envidiable colección de armas. Intervino activamente en la primera guerra civil.

CARLOS V. — El Pretendiente.

COLONNA D'ESTE, el príncipe. — Aristócrata romano. Vestía batas floreadas y era *amateur* del arte. Tenía fama de seductor. Un día, un amigo japonés le regaló una geisha. Era íntimo del príncipe Lichnowsky, a quien presentó a la

bellísima Matilde de Ferrari. Asqueado de la vida se suicidó en la madrugada del 6 al 7 de noviembre de 1847.

CORBELLA, Sansón. — Médico. Vivía en la plaza de Regomir. Contertulio del marqués de La Gralla. Su mujer no comprendía sus íntimas veleidades sentimentales. Huyó a Nápoles con la cantante Teodora Lazzi, y acabó como médico del Gran Turco, en Constantinopla. Se hizo mundialmente famoso por su «Discurso sobre el contagio de las moscas».

CORDELLES, colegio de. — Institución barcelonesa de enseñanza.

CORNUDOS, garganta de los. — Foco de leyendas folclóricas. Según parece, el conde Arnau solía ir a dicho lugar con Adalaisa, durante su idilio. Al producirse la muerte definitiva de Onofre de Dip se volvió fosforescente durante algunos segundos.

«COURRIER DES SCIENCES». — Publicación científica de gran fama.

DESPUIG, Cristóbal. — Escribió una curiosa obra titulada *Los coloquios de la insigne ciudad de Tortosa hechos por mosén Cristóbal Despuig, caballero*. Hace en ella interesantísimas referencias a la Historia Natural.

DIFUNTO, sima del. — Sima del Maestrazgo, pasados los puertos de Beceite, a la izquierda. Antonio de Montpalau hizo en ella maravillosos descubrimientos, entre los que cabe destacar la música petrificadora. No ha sido estudiada posteriormente.

DIP, Onofre de. — El vampiro. Durante la guerra carlista fue también conocido por el Mochuelo. Caballero del rey Jaime I. Se enamoró de la duquesa Meczyr, ser No Muerto, la cual le inoculó la terrible condición. Era señor de Pratdip. Halló la paz a manos de Antonio de Montpalau, después de muchas vicisitudes que se narran en esta novela.

«EL MALLORQUÍ». — Navio. Embarcaron en él, George Sand y Chopin en su viaje a Mallorca.

«EL MOCHUELO». —Véase DIP, Onofre de.

ESCODA, Francisco. — Liberal distinguido de Gandesa.

ESPARTERO. — El vencedor del carlismo. Le fue conferido el titulo de duque de la Victoria, y, después, de Morella. Tiraba a vanidoso. Tuvo graves conflictos con María Cristina, la regente. Desempeñó un gran papel en la política española.

FERRARI, Matilde de. — Nombre de casada: Matilde de Leblanc. Gran amor del príncipe Lichnowsky. Amor imposible. Era amiga de George Sand.

«EL JOVEN OBSERVADOR» «EL VAPOR» «EL GUARDIA NACIONAL» «EL GUIRIGAY» «EL CONSTITUCIONAL» «EL ECO DEL COMERCIO» — Periódicos barceloneses de la época. Se pueden consultar en el Archivo Histórico de la Ciudad.

FERRER, Segismundo. — Descubridor de la coagulación matemática. Carácter escéptico. Negado absolutamente para la poesía. Se enemistó con Antonio de Montpalau, a quien trató de farsante. Murió en Sevilla, de un atracón de gazpacho. Se ganó justificadamente muchos enemigos.

FERRERY, Juan Manuel. —Eminente científico, nacido en Pasajes de San Juan. Hizo donación del cuerpo incorrupto de santa Faustina. Un día, en una recepción que daba el rey de Baviera, pronunció la célebre frase: «Todo es nada». Murió en Bayona de Francia.

FORCADELL, el general. — Ayudante de Cabrera. Estaba considerado como su brazo derecho.

GALVÁN, Antonio. — Médico liberal de Gandesa. Tocaba la campanilla cuando iba a recoger a los heridos.

GANDESA. — Población liberal de Cataluña. Figura en los *Episodios Nacionales* de Galdós. Sus gentes son enérgicas.

GARRIGA, Bartolomé. — Contertulio del marqués de La Gralla. Filólogo. Conoció en su juventud a Jovellanos, con ocasión de un viaje a Asturias. Reía de una manera característica. De viejo se volvió un poco duro de oído, e iba siempre con una trompetilla. Testó en 1858.

GlL, Pedro. — Jesuíta naturalista, nacido en Reus. Es autor de una famosa *Historia natural de Cataluña*.

GOMBREN. — Pueblo de la comarca del Ripollés. Constantes apariciones del conde Arnau. Los viejos aún recitan los versos atávicos: «Si el conde Arnau no hubiese renegado / el Llobregat bañara nuestros campos».

HILARIO DE POITIERS, san. — Santo. Escribió poesía en latín.

HORTA DE SAN JUAN. — Pueblo muy pintoresco del partido judicial de Gandesa. Ha sido inmortalizado contemporáneamente por Picasso en composiciones cubistas, hacia el año 1906. Cuando triunfaron los liberales le llamaban «Horta del Ebro».

INÉS. — Hija de la baronesa de Urpí. Su delicada presencia conmocionaba el alma de las plantas. Vivió en Pratdip hasta la mayoría de edad. Contrajo matrimonio en la primera mitad del siglo XIX. Testó en 1874.

JOSÉ IGNACIO. — Hijo y heredero del marqués de La Gralla. Inventor del arpa neumática (véase) y de la flauta liberal. Músico notable. Cuando heredó título y patrimonio se trasladó a Montmartre y montó espectáculos científico-musicales de gran resonancia.

JUNTA DE BERGA. — Junta realista del Principado, radicada en Berga. Se le atribuye la responsabilidad de la muerte del conde de España, en Coll de Nargó. Dictaba pomposas proclamas.

JUNTA DE COMERCIO. — Institución barcelonesa de gran importancia cultural.

LA GRALLA, El marqués de. — Aristócrata barcelonés. Miembro de la Academia de Ciencias. En su palacio se reunía una famosa tertulia científica. Era hombre de buen talante y gran autoridad. Tenía entre manos un estudio sobre la aclimatación y explotación del avestruz en el llano del Llobregat. Era hermano de la baronesa de Urpí y, por lo tanto, tío de Inés.

LABORDE, Alejandro de. — Viajero francés que escribió *Voyage pittoresque de l'Espagne* e *Itinéraire descriptif de l'Espagne*, muy documentadamente. Tenía los ojos azules. Hizo grandes elogios de la salsa mahonesa.

LAMMARCK-BOUCHER ET DE LA TRUANDERIE, el caballero de. — Pariente de Montpalau por parte de madre. Botánico famoso. Poseía cafetales en Haití. Enviudó en el año 1813.

LAS CUATRO NACIONES, Fonda de. — Fonda. Se albergaron en ella George Sand y Chopin. LEBLANC.—Véase FERRARI.

LESSEPS, Fernando de. — Cónsul de Francia en Barcelona. Hombre de sólida formación científica. Tenía un gran futuro por delante.

LICHNOWSKY, el príncipe. —Voluntario realista, emparentado con la familia imperial. Muy sagaz. Enamorado sin esperanza de Matilde de Ferrari. Tocaba delicadamente el flautín. Tenía gran éxito entre las mujeres y estaba dotado de una finísima sensibilidad. Tuvo un fin trágico.

LO GAYTER DEL LLOBREGAT. — Seudónimo de Joaquín Rubio y Ors, uno de los padres de la Renaixenca. Sus versos eran celebradísimos. Instauró una dinastía de hombres de letras.

LLAGOSTERA, el general. — Otro ayudante de Cabrera. Valeroso. Sufrido.

MADOZ Y FONTANEDA. — Naturalista. Residente en Sevilla. Mantenía contactos con naturalistas de las Américas. Era una autoridad en mamíferos voladores, y descubrió, después de laboriosas investigaciones, el huevo de una lagartija

anfibia. Una noche, en una fonda de Madrid, le robaron el reloj parlante, de un valor extraordinario. A consecuencia de este hecho tuvo un altercado con el ministro de la Gobernación.

MAGRINYÁ Y DE SUNYER, Antonio. — Ex presidente de la Diputación de Tarragona. Polígrafo. Escribió una historia de los sitios de Gandesa que el consistorio de esta villa acordó publicar. Este acuerdo no se ha llevado nunca a cabo, por falta de dinero.

MANI, Oriol. —Voluntario liberal de Gandesa.

MARINA, Santa. — Santuario situado en los alrededores de Pratdip. Centro de gran fervor popular. Se hacen romerías.

MARTÍ, Juan. — Médico fracasado de Cabrera.

MAS, Bernardo. — Botánico notable.

MATAPLANA, Castillo de. — Antigua corte trovadoresca de Hugo de Mataplana. Encontró en él la paz Onofre de Dip, el No Muerto. Actualmente en ruinas. Lugar pintoresco.

MATONS, Pascual. — Canónigo liberal y contertulio del marqués de La Gralla. Leía a Horacio a ratos perdidos, y preparaba un índice de autores catalanes antiguos. Acabó siendo obispo de Murcia. Escribió una oda latina dedicada al progreso, que se publicó en *El Vapor*.

MECZYR, duquesa de. — No Muerta. Húngara y bellísima. Fue decapitada y descuartizada. Inoculó el vampirismo a Onofre de Dip.

MILÁ Y FONTANALS, Manuel. — Erudito. Maestro de Menéndez Pelayo. Influyó decisivamente en la Renaixença.

MINOSCA, Pedrito. — Habitante de Pratdip. Fue víctima del vampiro.

MOLES, Enriqueta. — Víctima, pedante, del vampiro.

MONTPALAU, Antonio de. — Científico de extraordinario valor. Miembro de la Academia de Ciencias. Racionalista en su juventud, acabó diciendo que había descubierto la poesía de tres cosas: el Amor, el Misterio y la Aventura. Es el protagonista de la presente novela. Murió en Amsterdam, de una angina de pecho.

MORELLA. — Ciudad. Capital del Maestrazgo. Catedral magnífica. La guardan canónigos coléricos. Morella tiene mucho carácter.

NAVARRO, Rafael. — Artillero. Defensor liberal de Gandesa.

NICOLÁS, el Pez — Pez terrible. Es el «Pesce Cola» de los genoveses.

NOVAU, Isidro de. — Capitán de barco. Primo de Montpalau. Acompañó a éste en sus extraordinarias aventuras. Tuvo un fin misterioso: cuando viajaba por aguas de Malta vio, por segunda vez, al espantable pez Nicolás. Entonces, encerrándose en su camarote, desapareció sin dejar rastro, por lo que el segundo oficial tuvo que hacerse cargo de la navegación. Legó su fortuna a Antonio de Montpalau.

NÚÑEZ, Leopoldo. —Víctima vampírica. Castellano. Cartero de oficio.

OCAÑA, Manuel. — Notario. Defensor liberal de Gandesa. Le gustaban las polcas.

O'DONNELL, el general. — General de la reina. Era pariente del coronel carlista O'Donnell, que la chusma exaltada asesinó en la Ciudadela.

«OTORRINUS FANTASTICUS».—Animal inexplicable.

PASCUAL, José María. — Casuista. Defensor liberal de Gandesa.

PEP DE L'OLI. — Guerrillero realista. Sucio. Hacía lo que podía.

PEUDERRATA, Magín. — Alcalde de Pratdip. De una ojeada descubría el rastro de las liebres y perdices. Cuando enviudó se trasladó a Barcelona, donde regentó un burdel. Murió ahorcado en la Mola de Mahón.

«PHAIXUS IMPÚDICUS». — Seta vergonzante. Muy rara. Se decía que curaba la alopecia.

PLANCY, Collin de. — Tratadista en demonología y vampirismo. Le gustaban los brocados y las blondas. Fue consejero de la Inquisición, en Cahors.

PRATDIP. — Pueblo de la provincia de Tarragona, sujeto a la señoría del Dip. Véase esta novela.

PRIM Y PRATS, Juan. — Capitán del ejército de la reina. Tuvo papel de primera categoría en la política española, cuando llegó a general. Trajo al rey Amadeo a España. Nacido en Reus. Murió asesinado en la calle del Turco, en Madrid, el 30 de diciembre de 1870.

RIERA, Narciso. —Uno de los rectores del Colegio de Nobles de Cordella. Pronunciaba discursos en un castellano académico.

SABATER, Matías. — Defensor liberal de Gandesa.

SALVADOR, Jaime. — Uno de los fundadores de la ciencia catalana. Botánico excelente. Coleccionó un herbario del que aún hoy se habla.

SALLENT, el marqués de. — Liberal exaltado. Murió luchando como un león en una emboscada carlista, en Campdevánol.

SAND, George. — Seudónimo de Aurora Dupin. Iba vestida de hombre. Escritora célebre. Escandalizó a los mallorquines.

SAURIO VOLADOR, el. — Reliquia prehistórica. Hablaba como un loro. Era lento y siempre estaba somnoliento; ahuyentaba a los perros con su presencia.

«SCOLOPENDRA MARTIRIALIS». — Insecto monstruoso y terrible. Mortal de necesidad. Parece un ciempiés gigante.

SEGARRA, el general. — General carlista del Principado. Formaba parte de la Junta de Berga. Se pasó al enemigo, y dirigió, desde Ripoll, una famosa proclama invitando a sus colegas a rendirse.

«SIMIUS SALTARINUS». — Mono saltarín. El pelaje se conserva con naftalina.

SOL, José. — Comerciante de Gandesa. Tomó parte activa en la defensa.

SOLANES, José. — Veterinario del ejército de Cabrera. Certificó la muerte *in extenso* de la caballería a causa de diarrea galopante.

SOLANÍ, el guerrillero. —Guerrillero realista que operaba a orillas del Ebro.

TÆNIA INTESTINALIS. — Parásito de los intestinos en forma de grandes lombrices. Es ciega. Causa un adelgazamiento general de la persona.

TORREBADELLA, el canónigo. — Maquiavélico canónigo de los apostólicos. Presidió temporalmente la Junta de Berga. Era enemigo personal del canónigo Matons. Fue destituido por el conde de Morella, y se vio obligado a dar lecciones de maquiavelismo práctico en el exilio, en Grenoble.

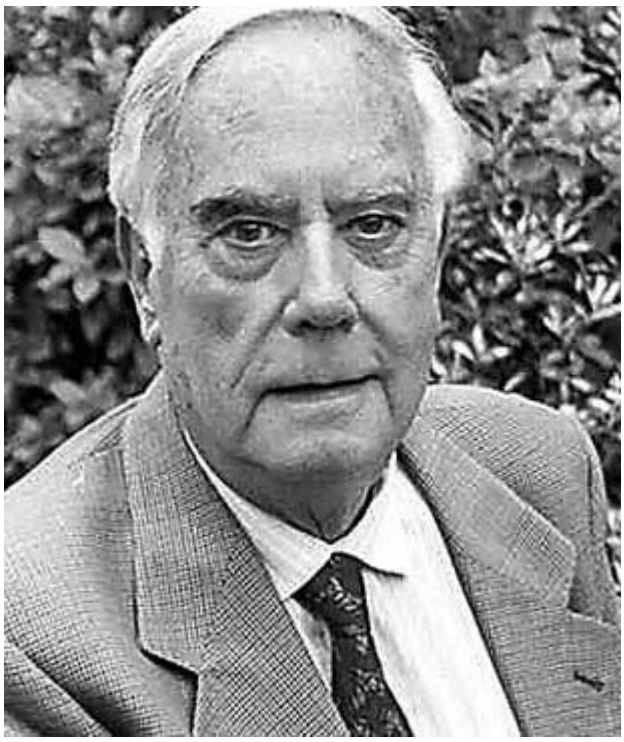
VALLBONA DE LES MONGES, Abadesa de. — Preocupada por problemas económicos. Restauró la tumba de la reina Violante de Hungría. Tenía el tratamiento de monseñora y conocía la fórmula secreta del delicioso hojaldre conventual.

VECIANA Y SARDÁ, José. — Nacido en Reus. Corresponsal de la Academia de Ciencias de Barcelona. Era padre de dos hijas en edad de merecer. Cantaban delicadamente *Il baccio furtivo* y *La lacrima viva*.

VILLANUEVA, Jaime. — Religioso erudito. Escribió el *Viaje literario a las iglesias de España*.

VINYES, Paulita. —Víctima del vampiro.

ZURBANO, el general. —Valeroso general de la reina. Fue fusilado, sin formación de causa, el 21 de enero de 1845, con sus dos hijos. Tristísimo episodio de la política del siglo XIX.



Juan Perucho nació en Barcelona en 1920. Ha sido uno de los escritores españoles más internacionalmente reconocidos, comparado a menudo con Borges y Calvino, y fue precisamente a raíz de la publicación en Estados Unidos de esta obra que su obra empezó a traducirse a las más diversas lenguas. Harold Bloom lo incorporó a su famoso canon de autores indispensables. Recibió por su amplia obra numerosos y prestigiosos premios entre los que destacan: el Ciudad de Barcelona (1953), el Ramon Llull (1981), el Nacional de la Crítica (1981), el Nacional del Literatura (1996) y el Nacional de las Letras (2002).

Murió en Barcelona en octubre de 2003.